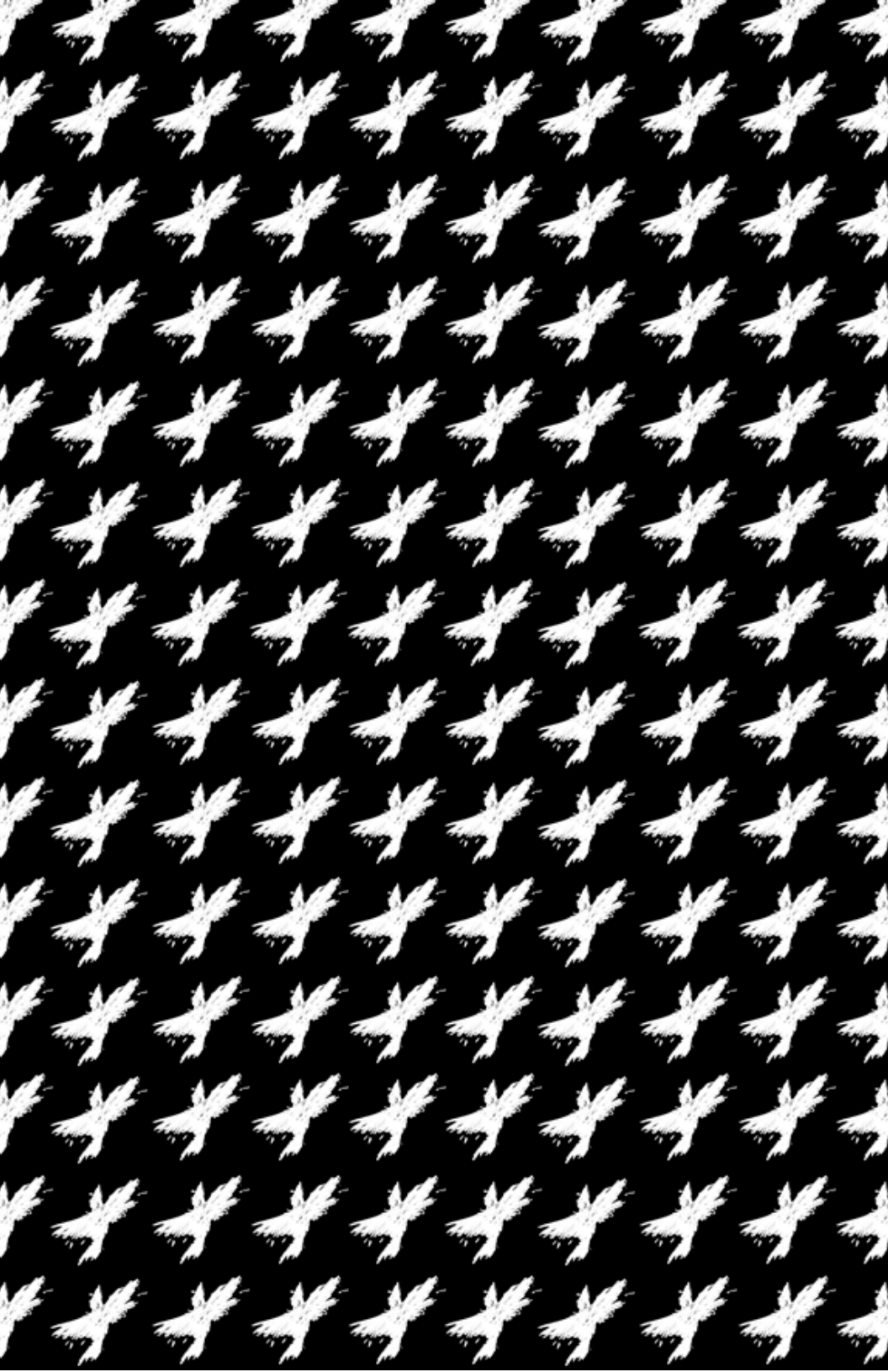
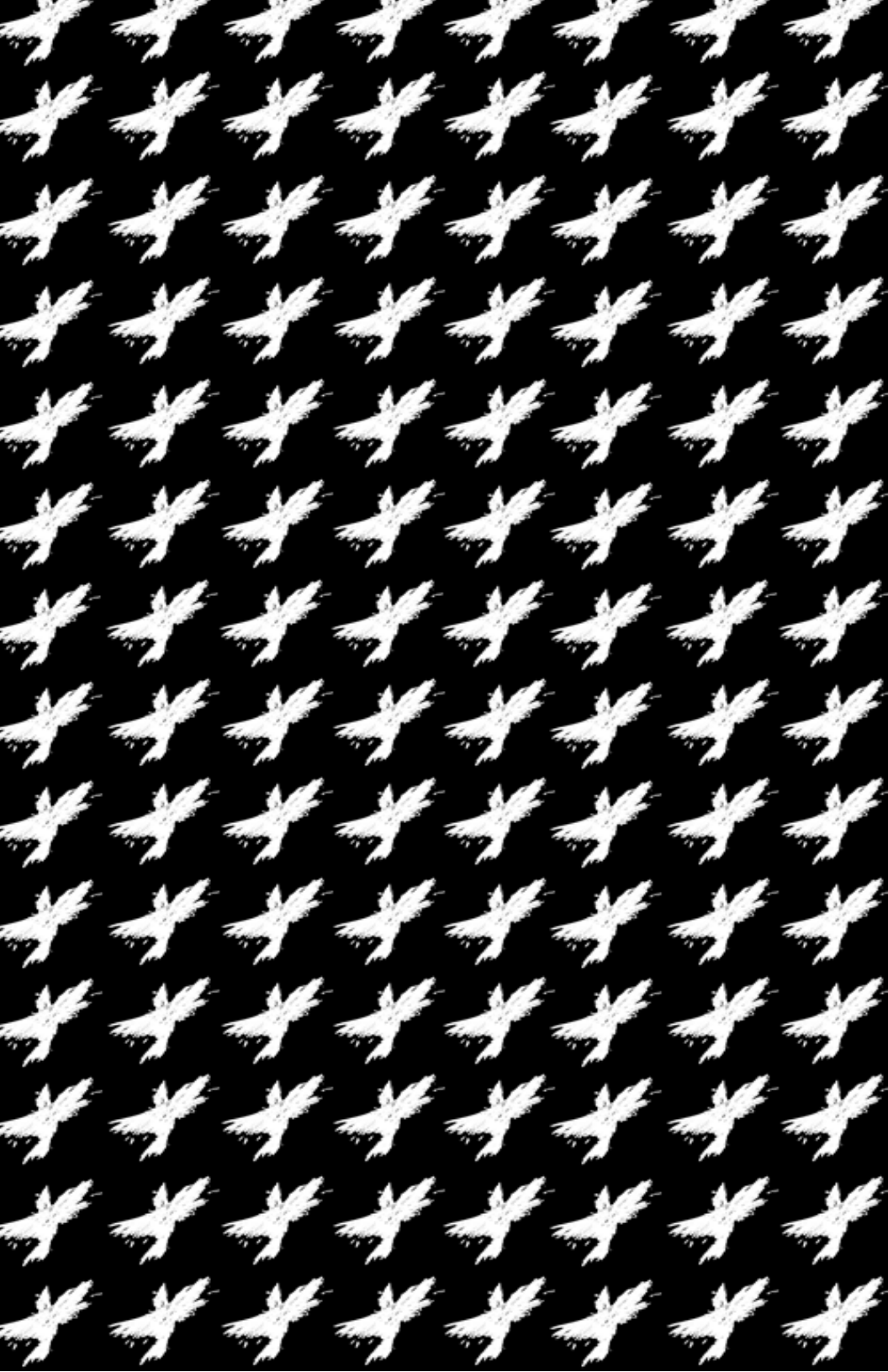






**ÁNGELES
ABANDONADOS**

JOSÉ SERVÍN

**ÁNGELES
ABANDONADOS**



El Grupo Editorial Letras Negras agradece su respaldo al comprar este libro original. Con su apoyo nos motiva a seguir trabajando para llevar más libros a nuestros lectores. Gracias por honrar a nuestros autores al no reproducir, escanear ni distribuir total o parcialmente y sin autorización previa de la editorial esta obra.

© 2023 *Ángeles abandonados*

© 2023 Grupo Editorial Letras Negras S.A.S.

Autor: José Servín

Diseño de cubierta e ilustraciones: Mariana Sánchez y
Lady Carmona Uribe

Revisión y edición: Víctor Alfonso Agudelo

ISBN: 978-628-7680-20-3

www.alasdecuervo.com

1ra edición

A Mauricio Carrera, por la luz
A Fernando Del Ángel, por la paz

PARTE I

La otra vida

*«...sopla el polvo, y las motas danzan
en un rayo de sol como si los muertos,
que ahora son polvo, pugnaran
por contarle sus destinos y predecir el suyo»*

THOMAS HARRIS

Se suponía que las tragedias estaban prohibidas los domingos.

Hacía menos de media hora que la familia descansaba en su letargo dominical. La cómoda penitencia de tener que regresar a los trabajos y escuelas al día siguiente. Armando y Anel Montaña, tomados de la mano, reían de la película. Ella recargaba su cabeza en el hombro del marido. En el sillón al lado, junto a la ventana, Liliana, la hija, ignoraba la película con especial obiedad. Que los demás se dieran cuenta de lo poco que le importaba el pasatiempo familiar. Celular en manos, escribía a su novio. En el sillón frente a ella, Carlos, el hermano e hijo menor, acostado, abrazaba un cojín. Veía la película sin verla, listo para dormir.

A Anel, las películas le aburrían, prefería caminar o platicar. Ese momento de la semana, sin embargo, era su favorito. Representaba todo aquello por lo que había luchado. No prestaba atención a la televisión. Saboreaba su satisfacción, cuando por mera intuición, volteó al ventanal que daba a la calle y vio la silueta del hombre que rondaba su casa. Algún Testigo de Jehová, pensó. No quiso interrumpir la diversión del esposo. Se levantó y fue a la puerta.

La familia no prestó demasiada atención. No pasó un minuto para que la mujer regresara. Nadie notó su palidez.

—Voy por helado —anunció.

—¡Chocomenta! —gritó Carlos, en medio de su modorra.

—¡Qué asco! Compra de café, como gente normal —exigió Liliana.

—¡Vainilla para mí! —gritó Armando, imitaba el tono demandante de su hija.

Anel no los escuchó. Tomó las llaves de su camioneta y salió deprisa.

No pasarían quince minutos. La familia, inmiscuida en los restos de domingo. Cada uno saboreando el helado que nunca llegaría.

El teléfono suena. Sin parar la película, Armando contesta.

El mundo se derrumba.

Armando Montaña no alcanza a ponerse bien los tenis, los talones quedan afuera. Sin colgar ni soltar el teléfono, abre la puerta y emprende carrera. No explica nada a sus hijos. El verde del césped de la entrada parece irreal. La forma en que aún brilla la luz solar, pese a ser las siete de la tarde, se le antoja parte de una fantasía. Demasiado perfecto para lo que le acaba de informar el vecino.

Corre como nunca lo ha hecho. Ayuda que su condición física no es la peor, gracias a las partidas de squash con los demás jubilados, cada jueves por la mañana. Un par de parejas trotan en dirección contraria a él. Lo saludan, Armando responde. Aun sabiendo lo que sabe, se siente obligado a ser amable. Al ver su expresión, la vecina del setenta pregunta si todo está bien. Armando no contesta; si lo hace, la pesadilla puede hacerse realidad. Sólo debe correr tan rápido como pueda, llegar y desmentir al cabrón vecino que se atrevió a espantarlo de esa manera.

Su mente no puede permanecer ahí. Se va a ese mismo día, por la mañana. Nueve y media. La hora del placer, de sentirse joven de nuevo. El único momento seguro de amor con su esposa. Sexo bueno, siempre bueno, apelmazado por la costumbre. No puede esperar menos de un matrimonio de veintidós años. Anel encima de él. El poder en sus caderas.

El control, suyo y de nadie más. Ambos cómodos en la piel del otro. Los mismos púdicos gemidos de cada domingo por la mañana.

Un tenis sale volando y hace que Armando caiga de rodillas. La salida a la avenida principal, frente a él. Tiene miedo de asomarse, de que la llamada escupa verdad.

Deja de correr para caminar lento, tembloroso.

La puerta de la entrada se azota hacia afuera. Liliana se queda parada frente a ella. Ya no piensa en la insulsa compañera de clase que se puso borracha en la fiesta del día anterior. Ya no planea dónde publicar sus fotos vomitada. De pronto, tiene la responsabilidad de la casa. Su padre se ha esfumado, su madre también. La llamada. Algo escuchó, algo que no es verdad, algo que su mente traicionera quiere hacerle creer.

Ahora sí quiere ver la película. Es una de esas estupideces de acción, de esas donde las leyes de la física no importan. Tampoco qué tan horribles sean los problemas. En ese mundo no pasa nada en verdad desastroso, no como lo que alcanzó a escuchar.

No suelta su teléfono. Jamás lo hace, lo tiene cosido a la piel. Lleva dos minutos sin responder al último mensaje del novio. El tipo escribe frenético, incluso le marca. Liliana rechaza la videollamada.

Su hermano es el único que sigue en la sala. Liliana siente su mirada, pesada, desde el sillón. Detrás del niño, una explosión gigante acapara la televisión. Son bolas de fuego, demasiado reales para una historia tan inverosímil.

—¿A dónde fue papá? —pregunta el niño.

Hacía media hora, Liliana hubiese lanzado una de sus groserías: *No estés chingando*. El veneno se le queda suspendido en la punta de la lengua.

En lugar de eso, por primera vez en su vida, siente unas ganas terribles de proteger a su hermano de la negrura escupida por el teléfono.

—No tarda. Ve la película.

Vuelve a rechazar la videollamada del novio. Cierra la puerta.

Carlos, once años, espera. Siempre lo ha hecho. Al ser el menor, está acostumbrado. El pequeño de la casa, el último en enterarse de lo que sucede. Solo con su hermana. Su padre salió corriendo después de una llamada. Su cara se había transformado, igual que ahora la de Liliana. No es su hartazgo de siempre, tampoco su eterno enojo adolescente. Es algo más, algo que Carlos nunca ha visto y ahora le revuelve el estómago. Un nudo imposible de desbaratar.

Como con todo niño, la intuición es guía, esa que lo mueve en un mundo donde no se le toma en cuenta. Piensa en la única persona que podría explicarle lo ocurrido, la única capaz de calmarlo. La que se fue por helado.

Su hermana da vueltas por la casa. Su teléfono no deja de sonar. No deja de enrollar dos dedos en su largo cabello negro.

Carlos no sabe que le gusta el control y el orden. Que su vida, buena y tranquila, aunque manchada de uno que otro niño que lo molesta por ser más bajito y callado, necesita dirección. En ese momento, la estabilidad desaparece. El suelo se mueve, se esfuma.

—¿Dónde está mi mamá?

Armando no siente las piernas. Avanza porque tiene que hacerlo, porque parar sería desastroso. Parar significaría vivir por siempre con ese dolor.

Lleva varios minutos en la avenida principal. El sol amenaza con ocultarse. En los demás hogares, los padres empiezan los preparativos de la nueva semana. Se aseguran de que los niños hayan terminado la tarea, que los uniformes estén limpios y planchados. Cuando Armando ve, a lo lejos, las luces de la ambulancia y patrullas, lo primero que hace es preguntarse si Carlos habrá terminado su maqueta; después de todo, cuenta como cincuenta por ciento de su calificación bimestral.

No piensa en Anel. No la piensa porque sabe que está enterrada bajo las luces, la bulla y el tráfico que ha generado lo que el vecino le contó.

Los tenis han quedado atrás. Camina en calcetines, alguna vez blancos, ahora apelmazados en tierra. Tampoco lleva el teléfono, no sabe dónde se le resbaló. Sigue sin pensar en Anel. Piensa en que nunca se acuerda de los nombres de los vecinos. Se da cuenta que ese va a ser un problema cuando tenga que pedirle a alguien que cuide a sus hijos, que les eche un ojo mientras él arregla lo que tenga que arreglar. La burocracia de la tragedia.

La tragedia.

Piensa y piensa y no se da cuenta que camina entre fisgones y oficiales, que al ver su cara, derramada en *shock*, saben que es familiar de la accidentada. No presta atención al vecino que quiere alejarlo de la escena. Se detiene hasta que el rojo de la camioneta de Anel le grita que se merece todo lo que viene.

Ambos se lo merecen.

Es como si volviera a abrir los ojos. Como si se despidiese de una pesadilla pasajera, directo a una nueva. Una más real. Una que no incluye el pase a despertar.

La camioneta da cara al sentido contrario. Está destrozada del lado del conductor. Dos pasos más, los suficientes para ver un brazo. No, no está salpicado de la pintura de la carrocería. En ese instante, recuerda su vida antes de la familia electa. Antes de la colonia segura y los hijos con los que sí quiso quedarse.

No llora. Todavía no. Primero se asegura de que la única opción sea entregarse al dolor.

—Anel, ¿estás bien?

La casa flotaba. Globo gigante, sin el peso para permanecer en sus cimientos. Una neblina de dolorosa paz los envolvía. Respiraban ausencia. Polvo y silencio difuminaban los muebles, las fotos, los recuerdos. El olvido amenazaba.

Los Montaña restantes se alistaron en silencio. El viudo apenas pudo ponerse la corbata sin ayuda de Anel. Mientras se arreglaba el cuello frente al espejo, se exigió no convertirse en un bueno para nada. Fue el primero en bajar. Caminó por la sala, por la cocina. Se detuvo en el comedor. Vio el sobre amarillo en la mesa. Su esposa se encargaba del correo. Esa sería su primera nueva responsabilidad.

—¿Estás listo?

Liliana usaba un corto vestido negro. El mismo que tenía contemplado para su fiesta de graduación de la preparatoria. No llevaba maquillaje, su piel chapeada no lo necesitaba. Los ojos cafés, hinchados, bajo un par de lentes de sol de su madre. No se alcanzaba a ver la tristeza, ni el enojo escondido detrás de su insatisfacción adolescente. El cabello negro, recogido en una simple coleta. Carlos la tomaba de la mano. Sin corbata, vestía su único traje, gris, un tanto apretado, el mismo de la boda de su tío hacía un año. Su cabello rebelde y negro sin peinar. La cara redonda, carente de expresión. Quizá triste, quizá confundido.

Armando aguantó el llanto. También la orfandad de sus hijos. En la espalda, en los hombros. Ahí la dejó cuando subieron al coche, ahí la mantuvo al llegar a la funeraria. Los tres, adheridos uno al otro. La familia tullida, abofeteada por la tragedia, por la inevitabilidad de lo inesperado. Se mantuvieron juntos para que el mundo no los viera frágiles, para que el viento no los deshiciera. Tampoco los lamentos de los más cercanos.

El cuerpo de Anel permanecía escondido en el ataúd cerrado. Liliana pensaba en cómo se vería. Su madre, tan vanidosa, incapaz de mostrar su coquetería una última vez. Carlos no se le acercó. Le tenía miedo, pese a saber que era su mamá. El hecho de estar guardada le hacía imaginar que la caja se la había comido, que podría comérselo a él también.

A sus sesenta y tres años, Armando parecía más encorvado. No se paró de su silla. Saludó a gente que no reconocía. Su tristeza iba y venía. Por momentos, quería gritar a todo pulmón, después veía a sus hijos y se entregaba al resignado orgullo de la creación.

La sensación perduró. Se extendió más allá del funeral. Más allá del surreal entierro. No logró impregnarse del drama de ver a su amada descender, el instante en que la misma tierra le arrebatara lo poco que quedaba de calma. Armando sólo tuvo fuerza para sostener las manos de sus hijos, mientras los sentía despedazarse.

Sus lágrimas humectaron de dolor la tierra.

Sólo los muertos tienen derecho a descansar. Los vivos se tropiezan con lo habitual. La banalidad de pagar cuentas y comprar comida. De levantarse por la mañana porque no hay otra opción.

Armando, contador retirado, era un hombre de necesidades simples. No llevaba un año jubilado y ahora tenía que vivirlo solo y ver a sus hijos continuar con sus vidas heridas.

Liliana regresó enseguida a la escuela. Necesitaba a sus amigos y a sus enemigos, caras que no le recordaran lo per-

dido. Regresó con el único propósito de molestar a los vulnerables, hacerles la vida lo suficientemente miserable para que la suya pintara mejor en comparación. Lo primero que hizo fue publicar las fotos de la amiga vomitada en redes sociales. Desde una banca lejana al salón, junto a su novio, se dedicó a verla llorar y sufrir.

—Te pasaste, Liliana —dijo Julio en voz baja, temeroso de despertar la ira de su novia.

—Se lo merece. Al parecer, todos nos merecemos las peores mierdas.

Las lágrimas de la víctima eran las suyas. Arruinaban el maquillaje ajeno, jamás el suyo.

Carlos, por otro lado, no tuvo a dónde escapar. El miedo al ataúd de su madre infectó lo demás. La escuela, la gente. Armando no quería que su hijo sufriera, tampoco tenía la energía de adentrarse en su dolor. Lo obligó a recuperar la rutina, a intentar sanar con los hábitos. Así que el niño pasó de ser callado a mudo, de retraído a antisocial. Más nervioso, como si la tragedia le pisara los talones en todo momento.

Diciembre se inmiscuyó como animal herido. Preparativos navideños, festividad en el aire. La dulzona cursilería no cabía en la casa. El arbolito de navidad fue puesto entre lágrimas y mal humor. Requisito que nadie deseaba cubrir y que nadie se atrevió a abandonar.

Subestimaron el frío y su poder contra el recuerdo, contra la sensación en la piel con la que se habían quedado antes de que la señora de la casa partiera. Esa fue el arma principal del tiempo. El calor de hogar, mismo que mantenía el aroma de Anel, se fue. La casa se hundió en penumbra, tosca tristeza. Poco antes de las vacaciones, Armando sintió el peso de la soledad atarlo a la cama, a las alfombras.

Fue así que un día terminó derrumbado en el comedor. Una enorme pila de correo acumulado frente a él, monumento a la ausencia. Lloró por buen rato. Le reclamó a Anel lo injusta que era. Le pidió perdón por no saberle sufrir. La torre de cartas se tambaleó hasta vencerse. Se desparramaron por la mesa. Soltaron polvo y amargura.

Ante el desastre, Armando vio una nueva oportunidad para hacer sentir orgullosa a su muerta. Con un *sixpack* de cervezas a un lado, abrió uno por uno los sobres. Cuentas por pagar, la mayoría vencidas, revistas de sociales a las que su mujer estaba suscrita.

Al final, el sobre amarillo.

La letra descuidada e infantil señalaba que era para él. Más tranquilo, concentrado en su tarea, la abrió y se encontró con dos hojas cuadriculadas. Cada letra ocupaba cuatro cuadros. Leyó el primer par de líneas con ligereza. Al entender de quién era, se detuvo. De un trago se terminó la tercer cerveza.

Vació en el estómago. Karma. Lo que se hace se regresa.

Consideró romper la hoja y olvidarse del asunto, del pasado enterrado hacía tantos años. La pesadez de su realidad lo impidió. Era más fácil enfrentar que huir. Así que suspiró y empezó de nuevo. Una mano temblorosa sostenía la carta, la otra apretaba la botella vacía, como antes lo hacía la mano de su esposa. Al terminar, dobló el papel y lo guardó de vuelta en su sobre.

Se dijo que, a pesar de la tristeza, había logrado levantarse cada mañana. Podía andar por su callada y tranquila vida sin pudrirse. Lo que la carta pedía le era imposible. Tales decisiones, sin Anel, eran complicadas. Ella llegaba con su actitud decidida y lo obligaba a actuar. Sin ella, ignorar sus viejos pecados parecía insoportable.

Sus hijos llegaron al poco rato. Lo encontraron en la mesa, la carta hecha bola en sus pantalones. Lo abrazaron. Armandó se sostuvo en ellos.

La idea no lo dejó en paz. No pudo dejar de leer el mensaje. La noche antes de navidad, se acostó en la soledad de su cama. Afuera, escuchó a sus vecinos, una pareja algunos años más joven que su difunta y él. Oyó risas y besos.

Se echó a llorar. Abrazó a la almohada, exenta de aroma. Antes de quedarse dormido, se decidió a enfrentar su pasado.

La navidad, la más fría de todas, arribó como un invitado incoherente y maleducado. El espíritu era espeso. Liliana, con cara larga y furiosa dedicación, preparó un pavo gigante, relleno de carne, pasas y nueces. La primera vez que cocinaba sin su madre. La receta, obsesivamente igual a la de cada año. Carlos puso la mesa, la vajilla especial. Se sentaron y recitaron forzados rezos por la ausente. Comieron poco, no hubo tema de conversación. Pusieron música para callar la felicidad de los vecinos. Carlos jugaba con las pasas, las que su madre apartaba para comer al final.

La cena finalizó, y como en cada año, se fueron a la sala. El árbol encendía y apagaba sus focos, obstinado bufón. Hicieron lo posible por disfrutar la calma. Evitaban el sillón individual donde Anel solía sentarse con su copa llena de vino. A esa hora, en años anteriores, Carlos la recordaba medio adormecida, riendo de cualquier cosa, un tanto apenada de su borrachera, otro tanto feliz de sentirse libre. Libre, como siempre le decía a su hijo que fuera:

«No vale la pena esconderse, no cuando estás hecho para ser libre».

—Tengo que hablar con ustedes. —Empezó Armando—. Les tengo que hablar de algo que puede cambiar cómo me ven. Eso me da miedo. No quiero que odien al único padre que tienen.

Liliana y Carlos se vieron. Armando se hizo pequeño en su sillón. Las canas que se teñía de castaño habían mostrado sus raíces en las últimas semanas.

—Su madre y yo les contamos del pueblo donde nos conocimos.

—Villa Hundida. —Se adelantó Carlos.

—Les contamos que su madre era mi secretaria y nos habíamos enamorado, que decidimos casarnos e irnos de ahí para criar una familia en la ciudad. —Dio un trago a su cerveza—. La verdad es que nos fuimos por otra razón. —Hizo una pausa dolorosa, parecía que fuera a vomitar—. Yo tenía una familia. Una esposa y dos hijos... y los abandoné.

Los villancicos se burlaron de la confesión. Carlos se llevó las manos a la boca, genuina sorpresa. Liliana esperó unos segundos, antes de pararse y meterse a la cocina, igual que hacía su madre para no explotar frente a los niños.

Armando no bebió más. Se quedó quieto, hundido en ese sillón, demasiado grande para su lánguido cuerpo.

—¿Por qué ahora? —preguntó Carlos, su voz temblaba.

Liliana salió de la cocina. No llegó a la sala. Se sentó en una silla del comedor a escuchar.

—Porque uno de mis hijos me escribió. Dijo que quiere verme. Su mamá murió hace tiempo y...

—¿Va a venir? —preguntó Liliana, autoritaria, desde la oscuridad.

—Voy a ir. Tengo que hacerlo. A ustedes los amo más que a nada, pero lo que hice estuvo mal.

—Lo que hicieron —interrumpió Carlos, ojos clavados en el lugar vacío de la sala.

«En esta casa no mentimos, Carlitos. En esta casa hay valores».

Armando no se atrevió a proteger la memoria de Anel.

El niño se levantó. Hombros arriba, mirada encendida. Se limpió las lágrimas y subió a su recámara.

Liliana tomó una copa y la llenó de vino. Dio un trago y regresó a la sala.

—Siempre me pareció raro que nos tuvieras tan grande.

Armando vio a su hija beber sin tapujos. Toda una mujer, orgullosa e imponente. Se sorprendió de verse intimidado ante ella. Había un aire de rectitud con el que no podía pelear.

—No me arrepiento de nada. Si no hubiera hecho lo que hice, no habrían llegado ustedes. Estoy viejo. Sólo quiero arreglar lo que pueda ser arreglado.

En medio de un suspiro, Liliana se deslizó del brazo del sillón al asiento de su madre. Los mismos ademanes, la misma actitud orgullosa.

—Te vamos a acompañar. Lo haremos juntos. Será más fácil y entonces podremos regresar a nuestras vidas.

Dejó la copa en la mesa de centro. Dio un beso en la frente de su padre y desapareció en las escaleras.

La navidad en el aire de afuera, en los vecinos. La música y las risas. El silencio vertiginoso de Armando. Su vergüenza, atorada en la garganta. Solo con su cerveza, el árbol navideño a un lado. Triste compañía.

Se sentía la ausencia de Anel. También de algo más. Algo parecido a la seguridad.

Los viajes familiares habían sido la especialidad de Anel. Partían de Villa Alta por las autopistas más alejadas de Villa Hundida. Tomaban caminos alternos y llegaban a pueblos poco concurridos. Liliana se estresaba por la falta de planeación. Carlos disfrutaba del sentido de aventura de su madre.

El último viaje lo habían hecho en noviembre del año anterior. Llegaron a Villa Hayedo, un pueblo famoso por sus árboles, sus leyendas y su Día de Muertos. Lo disfrutaron, cada uno a su manera. Carlos y su madre subieron uno de los cerros, enlodado y repleto de aves cantoras. Liliana y Armando visitaron los museos y compraron artesanías.

Al final, los cuatro se juntaron para ver el festival de los muertos. Luces hermosas y poderosas. Ofrendas gigantes a difuntos que no conocían. No tenían que hablar, sólo disfrutar.

Poco más de un año después, Anel era la candidata perfecta para una de esas ofrendas. Para todas, si hubiese justicia en el mundo. Sus aventuras esporádicas pertenecían al ayer.

El siguiente viaje, el primero sin ella, causó todo menos expectación.

Los tres en el auto tornasol de Armando. Los cielos fríos de enero, ominosos bajo la luz de la misión a la que se dirigían. Amarga, triste. Salieron de su hogar, de la colonia. Carlos fue el único en esforzarse por guardar la imagen de su casa. Sus miedos infundados persistían. Dejaba el único lugar donde se sentía seguro, para entregarse a una aventura de culpas y

traiciones que nada tenía que ver con él. La única ventaja ya-cía en faltar a la escuela ese viernes. Un día menos en ese infernal microcosmos del mundo adulto, cruel universo sin escapatoria. Los miedos se esparcían por las butacas, por la despiadada naturaleza de los demás niños. Olían su falta de madre. Los apodos eran rugidos amenazantes; los dedos acusadores, burlonas flechas con puntas venenosas. Carlos se encorvaba. No había Anel que lo obligara a pararse derecho. Se encorvaba con la esperanza de sumergir la cabeza en su propio pecho y desaparecer.

Liliana tomó las riendas del plan. Investigó las rutas para llegar a Villa Hundida. La tarea le dio algo en qué ocupar su mente. No le dedicó energía a juzgar a sus padres. Hacerse cargo era lo único que la mantenía lejos de despedazarse. Pocas lágrimas dedicadas a su madre, días enteros a la excursión que haría que su padre cerrara viejos ciclos.

El único en darse cuenta de su actitud maniaca fue su novio. Un día antes de la excursión, Julio la abrazó fuerte en la cama de su habitación. Las sábanas cubrían la desnudez de ambos. Disfrutaban del aire que entraba por la ventana y refrescaba sus pieles sudorosas.

—No es tu obligación.

—Alguien tiene que hacerlo. —Jugaba con el cabello rizado del tipo. Quería arrancarle las opiniones.

—Deberías arreglarte a ti, no a tu papá. No es justo.

—¿Justo? Eso no existe. No para Carlos. Tampoco para la otra familia.

—Tampoco para ti.

—Tampoco para mí.

Se despidieron sin besos. Julio se aferró a ella, a sus pechos, como niño que quiere que su madre se quede a cuidarlo a él, no a los demás. Ambos acariciaron la ironía.

—Eres una buena hija.

Con Carlos fue más complicado. El niño dócil y callado bullía de enojo.

—Nos quitan a una madre. Ahora nos dan más hermanos. No tengo nada que hacer allá.

—Papá nos necesita. —Liliana intentaba convencerlo sin mucho esfuerzo.

—Son unos mentirosos. Los dos. ¿Y si hubiéramos sido nosotros los abandonados?

—No lo somos.

El enojo de Carlos nacía en la garganta y se almacenaba en los brazos hasta adormecerlos.

Liliana, la fría y cruel Liliana, lo abrazó como si fuera un cachorro y le besó el cabello despeinado.

—Velo como uno de los viajes de antes. Nos ayudará.

Armando se mantuvo callado y siguió las instrucciones de su hija. Al llegar el día de partir, recorrió la casa como si se despidiera de la familia que habían construido por años. En el coche, al salir de la calle, tranquila y familiar, sintió que algo importante se quedaba atrás.

Liliana de copiloto, los lentes oscuros de su madre puestos. Su teléfono plagado de rutas a su destino, repletas de caminos bloqueados e inseguros. Armando optó por tomar el rumbo que conocía, aquel que ponía nervioso a cualquier conductor.

—Leí que el camino original a Hundida es peligroso.

—Es horrendo —dijo el padre—. Igual que el pueblo.

En su auto recién lavado, con sus maletas, tabletas electrónicas y teléfonos rebosantes de batería, juegos y música, pasaron por las calles habituales de Villa Alta. La avenida

principal, soleada y rodeada de frondosos parques. Los edificios corporativos, montañas protectoras de la paz despilfarrada de la ciudad.

Carlos se puso sus enormes audífonos y se entregó a un juego de ajedrez contra su *iPad*. A Liliana, el asiento de enfrente le parecía grande, cómodo también. Intercambiaba mensajes con Julio sobre el último chisme de la escuela. La compañera vomitada y expuesta en redes sociales, abandonaba la escuela.

«Dicen que hasta la tuvieron que medicar para que no se hiciera daño».

«Eso le pasa por pendeja».

Nadie pidió bajar al baño, estirar las piernas o comer algo. Los tres, decididos a acabar con el pendiente; entre más rápido, mejor. Armando veía a Carlos por el retrovisor.

—Dale tiempo —dijo Liliana.

—No sé con qué nos encontremos. La madre de mis hijos... de esos hijos. No sé cómo los encontremos.

Liliana no preguntó. No porque no tuviera dudas. No quería oír a su padre hablar de la otra mujer.

Tomaron la salida a Villa Hundida. Una autopista amplia en un principio, casi siempre vacía, con la excepción de esporádicos camiones de pasajeros o camionetas cargadas de mercancía. Los cielos anunciaban un cambio de aires. El sol quedaba atrás, receloso de su ciudad. Las nubes, no tan esponjosas, no tan blancas. El frío de la autopista y el campo adormiló a Liliana y mareó a Carlos.

La pista se hizo más angosta. Los árboles desaparecieron, los pocos sembradíos que encontraron estaban secos. Liliana se puso un suéter. Armando bajó la velocidad y se dejó llevar por los recuerdos. Se vio abandonando Villa Hundida, su difunta esposa a un lado. La promesa de una vida nueva. Poca culpa, mucha esperanza.

Carlos abandonó su partida y se quitó los audífonos, tenía los oídos tapados. El camino era demasiado angosto. La sensación era de descenso. De su lado izquierdo se alzaba una formación rocosa. Tapaba el cielo, aprisionaba las corrientes de aire.

—Entre más bajamos, más frío hace —dijo Liliana, frotando las manos contra sus piernas.

Llegaron a curvas cada vez más marcadas. Un par de camionetas destartaladas pasaron muy cerca de ellos. Armando no dejaba de pisar el freno. Carlos, con el cuello del suéter tapándole la boca, fue el único que entendió lo que ocurría.

Villa Hundida no era más que una arena movediza gigante. Se estaban hundiendo.

A lo lejos, un viejo letrero hizo aparición, cubierto de tierra y suciedad, esquinas oxidadas y filosas. El tétanos era visible. El dibujo antiguo y poco discernible de un minero, pico en una mano y diamante en la otra. La sonrisa amable, en medio de una violenta curva, les daba la bienvenida a Villa Hundida.

Piedra rojiza donde voltearan. Armando sintió su realidad arrancada de tajo. Sus hijos no encajaban con ese paisaje rocoso y frío. Se sintió culpable por aceptar que lo acompañaran.

Carlos veía sus tenis para no enfrentarse a los filos rojos por todas partes. Liliana, aferrada a su asiento, suprimía los nervios.

En algún momento, el camino dejó atrás las amenazas rojas y se encontró con planicies en total sequía. El camino era igual de angosto, aunque sin la terrible sensación de bajar y bajar.

Estaban dentro del pueblo.

A un par de kilómetros, divisaron la primer señal de vida. La central de camiones. Liliana suspiró aliviada al ver de nuevo el cielo. Carlos subió la mirada, le interesaba ver a los pobladores. El pueblo tenía famas dignas de morbo.

Gente salía de un anticuado autobús. Conforme se acercaron, Carlos y Liliana se toparon con la principal característica de los *hundidos*, como se les decía en Villa Alta. Eso que veían de vez en cuando en la gran ciudad. Algo que no cuadraba en sus rostros. Pálidos, amarillentos. Piel de cera fundida, cabellos negros y orejas amplias. Todos parecidos, como si fueran de la misma familia. Otro de los mitos del lugar.

Armando veía triste a la gente que parecía no tener un buen día desde hacía años.

— ¿Por qué están enojados? — preguntó Carlos.

— Enojados, tristes, desesperados. Debes ser infeliz para vivir aquí.

Armando explicó las carencias del pueblo. El rechazo y el prejuicio. Después del fracaso de las minas, el comercio había sido el único sustento del poblado. Los habitantes iban a Villa Alta o a otros pueblos por mercancía. Diario se les veía entrar y salir con enormes bolsas y mochilas.

La familia, en total azoro, se vieron los unos a los otros, preferibles a los rostros de afuera, que los veían como si fuesen sus peores enemigos. Ojos mortecinos, cargados de apenas una pizca de vida. No se dieron cuenta que el camión había arrancado. Por ello, cuando Liliana volteó y vio al tipo con ambas manos en el cofre, ahogó un grito. Bajito y rechoncho, orejas saltonas, boca abierta y mirada fija en ellos.

— Nos va a asaltar — soltó Carlos.

Armando, con las manos en el volante, lo vio un rato. Entonces exhaló el nervio.

— Ese es mi hijo mayor.

Liliana vio a su padre y después al tipo. No había nada que pudiera delatar los lazos de sangre. El supuesto hijo parecía una rata, gorda y pálida; Armando, delgado y chapado, las orejas en su lugar. Carlos, en cambio, sí lo notó. Algo en su rostro. La expresión de solemnidad, debajo de la palidez, era la misma que en su padre.

El tipo, mezcla entre viejo y joven, se inclinó para ver a Armando más de cerca. Al sonreír, una hilera de pequeños dientes amarillos aparecieron.

Liliana se unió al miedo de Carlos cuando su padre bajó del coche con cansino esfuerzo. Con lágrimas en los ojos, su boca abierta no lograba formar una sonrisa completa, como si temiera la reacción del karma.

El supuesto hijo se acercó con lentitud. Parecía cojear de una pierna. Pasaba dos de sus dedos rechonchos por el coche. Al detenerse frente a Armando, Liliana sintió que se vomitaba.

—Hijo —dijo Armando, voz entrecortada.

—Mi viejo.

Se le abalanzó. Carlos brincó en su asiento. No era un ataque. Era un abrazo, uno fuerte. Uno que dejó a los hijos del coche repletos de escalofríos y ganas de regresar a su casa incompleta, a su palacio de ausencia y recuerdo.

Tenía en frente, después de más de veinte años, esa misma mirada, tierna y necesitada. Esa que lo hizo ignorar, al menos por un tiempo, los gritos de su primer mujer. Fue extraño abrazar a su hijo, hombre hecho y derecho, cuando la última vez había estrechado un cuerpo tan pequeño.

No formularon oraciones completas. Un «*perdón*» por aquí, un «*te extrañé*» por allá. Era tan incómodo como emocionante. Se veían a los ojos y no aguantaban la mirada del otro. Rieron carcajadas nerviosas, antes de decidirse a trasladarse.

Carlos se deslizó en su asiento hasta quedar pegado a la puerta. Trató de no ver a su hermano perdido treparse a su lado, los ojos rojos por haber llorado. Su extraño cuerpo blando, salchichones por dedos.

—Lili, Carlos —comunicó Armando, afectado—. Este es Herminio, el... el mayor.

Liliana enrollaba un mechón de su pelo en un dedo. Un tanto intimidada por dejar de ser la primogénita, se volvió y dio la mano libre a su medio hermano. Mantenía la barbilla alzada, mirada fría. Soportó el asco de sentir la piel sudada del otro.

—Mucho gusto. —Herminio hablaba sin abrir del todo la boca. No lograba verla a los ojos.

—Hola —dijo Carlos y regresó al limitado paisaje de la ventanilla.

Armando se tomó un minuto para controlarse. Volvió a arrancar el auto. Sus manos temblaban.

—Es la misma casa, ¿verdad?

Herminio bajó la mirada. Tardó en contestar. Su voz se apagó un poco más.

—La misma. Mamá nunca quiso dejarla.

Armando condujo por las últimas calles descendientes hasta el centro de Villa Hundida. El camino fue tenso. La pesada respiración de Herminio los acompañó durante el trayecto. El mareo de Carlos se intensificaba.

El pueblo abrió paso a la familia. Parecía que hubiesen viajado al pasado. Nadie desechó la idea hasta que vieron un vehículo de la década actual. Las calles eran pequeñas, los locales viejos. La gente presumía su mórbida palidez, el mismo tono cenizo y enfermizo, ojeras idénticas. Parecían pacientes terminales. El olor también cambiaba. Algo parecido al azufre, directo a nariz y garganta. Liliana y Carlos tosieron antes de aclimatarse.

Pasaron por una lechería, un pequeño supermercado sin nombre y una tienda de abarrotes. Lo demás eran casas, algunas abandonadas, otras a punto de caerse. No había una sola estructura alta. Todo hundido, succionado por la tierra. Un pueblo incapaz de enderezarse.

Carlos veía de reojo a Herminio. Era como si no estuviera ahí. Le faltaba presencia, identidad. Ni su gordura ni la preocupante palidez le daban sustancia.

—Aquí a la derecha —pidió Herminio.

Armando refrescaba su memoria. Sentía la pesadez de los años, cuando se acercaba a su casa, a su cruel esposa. Cuando dejaba atrás a la amante, la divertida secretaria.

—¿Sólo viven ahí ustedes dos?

—Sólo nosotros.

Armando se detuvo justo cuando Herminio abría la boca. Le costaba estar ahí. Su cuerpo se sacudía. Liliana puso una mano en su hombro.

—¿Estás bien?

Armando asintió y salió del coche. Los demás le siguieron. Estaban frente a una pequeña casita cuadrada. La pintura azul cielo, descarapelada, un pasado en ruinas que Armando reconocía muy bien. Él había aplicado esa capa de pintura hacía más de veinte años. Ambas ventanas, cubiertas por viejas cortinas de encaje amarillento. La puerta de lámina, apenas de pie.

Herminio sacó las llaves de su chaqueta de pana. Al pasar junto a la familia citadina, los envolvió de su fuerte olor a sudor. Su cojera era apenas perceptible. Abrió la puerta.

Liliana se aventuró primero, la prisa por terminar la aventura. La siguieron su padre y hermano. La casita olía peor que Herminio, mezcla entre cochambre quemado y sudor. La falta de ventilación no ayudaba. El ambiente era sofocante. Diminuta sala de estar, dos sillones amontonados en las paredes, pilas de revistas de moda de los ochenta. Un par de sillas de madera vieja. Las paredes, igual de maltratadas que la fachada.

Para Armando, era como estar en uno de los sueños recurrentes de cuando acababa de llegar a la ciudad. Donde, pese a dormir junto a la mujer que en verdad amaba, en una ciudad con promesa, despertaba en esa pocilga a la que había jurado jamás volver.

Se oían golpes de ollas y sartenes. Liliana tomó a su hermano de los hombros, no les prestaba atención a sus mareos. La cocina no tenía puerta, sólo una apertura de cemento. Una sombra ansiosa iba y venía. Cuchicheaba y se quejaba.

—¡Están aquí, Haroldo! —gritó Herminio.

El ruido de trastes cesó. Escucharon pasos lentos, dramáticos. De la cocina, una figura delgadísima y alta salió. Haroldo tenía el cuerpo de una cincuentona con problemas de alimentación. Un tanto encorvado, largos brazos cubiertos con una camisa a cuadros, demasiado grande para él. Piernas flacas, largas y lampiñas. Un pequeño short de mezclilla las

mostraba con orgullo. Color pantano en los ojos. Sus orejas no eran tan amplias como las de Herminio. Su rostro chupado dejaba ver un par de pómulos sobresalientes y cejas finas, seguramente depiladas. Era la única persona con un distinto color en la piel. A simple vista, parecía muy bronceado. Al acostumbrarse, uno podía afirmar que su piel era *roja*.

Armando no disimulaba su conmoción. La última vez que lo había visto era un bebé. Le había dado un beso en la frente, antes de partir. Ahora su mirada, el andar, el cuerpo. Toda su persona le recordaba a alguien más.

—Lo sé —dijo Haroldo, su voz era un susurro frágil y claro—. La viva imagen de mi mami.

Liliana le ofreció la mano con la misma actitud de superioridad. Los dedos huesudos del tipo se le clavaron en la palma. Sus miradas se cruzaron y ahí se quedaron por un rato. Haroldo sonrió, Liliana no. Carlos no se atrevió a ofrecer su mano, un leve asentimiento fue su saludo.

Armando lo abrazó. Haroldo lo correspondió. Sus brazos, tentáculos, patas de araña, alrededor de su padre, cada vez más viejo.

—Papi —susurró al oído de Armando—. Mi papi querido.

Herminio derramó más lágrimas. No parecía que fueran de felicidad.

¿Cuánto arrepentimiento? ¿Cuánto golpe de pecho? Armando no lo sabía. Sin plan alguno, se dedicó a recibir las atenciones de sus hijos. Los hermanos sirvieron una limonada demasiado dulce. Carlos, aún mareado, veía a Haroldo correr de un lado a otro. Pasitos cortos y acelerados, como un ama de casa de caricatura. Cuando por fin se sentaron, Liliana rompió el hielo. Un deje de superioridad en su tono.

—Villa Hundida se ve tranquila. ¿A qué se dedican?

—Comercio —marmulló Herminio.

Haroldo, penetrante mirada en Liliana, sonrió con todos los dientes, completos y cuidados, en comparación a los de su hermano.

—No es fácil vivir aquí. Liliana, ¿verdad? ¿Puedo llamarte Lili?

Liliana contestó con una sonrisa torcida.

—Aquí hay pobreza, Lili. Las minas dejaron de ser negocio hace décadas. ¿Qué te digo? Ya nos acostumbramos.

Armando se aclaró la garganta, las miradas se posaron en él. En todos esos ojos vivía un pedacito de él.

—Quiero... —empezó Armando— quiero pedirles perdón. Sé que no debió ser fácil crecer sin papá. No tengo pretextos. Hay razones que les puedo compartir, si así lo quieren.

Haroldo respiró fuerte, como toro. Cruzó una pierna con dramática indignación.

—Yo sí quiero —pidió Herminio, hecho ovillo en su silla—. Quiero saber por qué.

—Su madre era una mujer fuerte y dedicada. Gracias a ella sobrevivíamos. También era posesiva. Tenía problemas y nunca se dejó ayudar. No nos llevábamos bien. Hizo cosas, cosas que me acabaron poco a poco.

—¿Como qué? —preguntó Herminio.

—Hortencia me insultaba. Me golpeaba y amenazaba. — Vergüenza en sus palabras—. Los últimos años fueron terribles. Me hizo considerar *cosas*. Mi vida no iba a durar si me quedaba aquí. —Hizo una pausa. Suspiró con fuerza—. Entonces, conocí a alguien...

—La secretaria —soltó Haroldo, altanero.

Liliana y Carlos sintieron sus estómagos estrujarse. Hicieron lo posible por no reaccionar.

—No podía quedarme un segundo más. Ustedes necesitaban a su madre. Tú eras un bebé, Haroldo.

Haroldo apretaba la mandíbula. Meneaba la cabeza como señora nerviosa.

—La partida de mi esposa me hizo pensar en mi propia muerte. En la importancia de arreglar lo pendiente. Entonces encontré la carta de Herminio y supe que tenía que verlos y pedirles perdón.

Armando lloraba con vergüenza y algo de paz.

Herminio se acercó a su padre y lloró junto con él. Liliana también derramó un par de lágrimas, más por su madre que por la situación. Carlos se enfocaba en sus mareos.

—Creo que no conocías a mi madre. —Haroldo los veía con ojos fríos—. Era una mujer fuerte, sí. También amorosa. ¿Sabes qué es lo que pasa con ella? Mi mamá sabe cuando alguien le miente. Es instinto. Sabía que le mentías, que eras malo con ella, con nosotros. Mi madre es una buena mujer.

—Era —intervino Herminio—, era una buena mujer.

Armando veía la porte de la exesposa en su hijo. Los mismos ojos crueles, las palabras mustias. Sabía que no habría manera de reconciliarse con él. No sólo aceptó la merecida derrota, sino que la agradeció. No quería nada más de ese muchacho que representaba aquello que deseaba olvidar.

Liliana no soportaba ver a su padre empequeñecerse, por ello se paraba más derecha. Si Herminio le producía asco, Haroldo le hacía sentir un coraje muy especial hacia esa primera camada.

—Creo que voy a vomitar —anunció Carlos con arcadas.

Hasta entonces, los demás repararon en el semblante del niño.

—Que no se vomite en la sala —exigió Haroldo.

Herminio se levantó, y con un penoso movimiento de cabeza, indicó a Carlos que lo siguiera. Juntos se internaron en el pasillo, angosto y oscuro. Herminio encendió el baño, dejó que Carlos entrara y cerró la puerta. Apenas logró el niño subir la tapa del escusado, cuando su ligero desayuno, bañado en jugo gástrico, salió disparado.

El alivio fue inmediato. Se lavó las manos y enjuagó la boca. Mientras lo hacía, inspeccionó el baño. El espejo era un gabinete. Dentro, varias cajas con medicina para el dolor advertían la presencia de alguien muy enfermo.

De vuelta en el pasillo, escuchaba a su padre murmurar. Las otras dos puertas estaban emparejadas. De la última, creyó escuchar algo, un quejido. A través de esa oscuridad con olor a humedad, distinguió movimiento. Sin atreverse a averiguar más, regresó a la sala a paso acelerado. Liliana consolaba a su padre. Herminio lo veía con pena. Haroldo estaba de vuelta en la cocina, reanudaba la agresiva sinfonía de ollas y platos.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Herminio sin verlo a los ojos.

—¿Ya nos vamos?

—Nos invitan a comer —dijo Liliana, nerviosa con su dedo en el pelo—. Acabamos y nos vamos. ¿Te sientes mejor?

Carlos no contestó.

No había dos platos iguales. Plástico de colores, viejo y des-pintado de tanto uso. En cada uno, un caldo de grasosa superficie. Escasos trozos de carne seca, pedazos de elote y uno que otro garbanzo. Haroldo servía con supuesta elegancia, como si los platillos estuviesen colmados de la virtud que representaban los invitados. Un vaso más de empalagosa limonada junto a cada porción.

Liliana, tensa y derecha, probó el caldo y reprimió el asco al sentir la grasa pegársele en el paladar, sólo lo suficiente para que Herminio notara el rechazo. Lanzó una sonrisa de supuesta gratitud. Los demás la imitaron. Dos familias unidas por un poco de sangre. Las ropas contrastaban, las pieles pintaban distinciones. Las miradas, unas orgullosas y asqueadas; las otras, defensivas y un tanto avergonzadas.

Haroldo presenció satisfecho el éxito de su guiso. Carlos se acercaba la cuchara y fingía comer. Su estómago jamás estaría listo para tal bodrio. Herminio engullía como si no poseyera papilas gustativas. Una cucharada tras otra.

Armando no empezaba. No planeaba hacerlo hasta salir de una duda.

—Necesito saber qué pasó con su madre.

Herminio tragó su caldo y bajó la mirada. Haroldo interrumpió el trayecto de su cuchara y la devolvió al plato, atento a las flores pálidas del mantel.

—Bueno... —empezó— es una larga historia. Triste también.

—Derrame cerebral —dijo Herminio.

—Perdió movilidad en el cuerpo. Tenía que aprender a caminar de nuevo. No quiso. Mami siempre fue una mujer orgullosa. —Se dirigía a sus medios hermanos como si hablara de una tía querida—. Así que se quedó tumbada y deprimida, todo por culpa tuya y de la secretaria esa, papi querido.

—La secretaria esa tiene nombre —escupió Liliana.

—Perdóname, hermanita. Aquí sólo la conocimos como la puta secretaria arrastrada que se llevó a papi.

Liliana se levantó y su silla cayó hacia atrás.

—Put a tu madre loca que nadie quiso, naco de mierda.

Haroldo soltó agudas carcajadas mientras señalaba a Liliana como niño burlón. Herminio no se atrevía a intervenir.

Liliana estaba por arrojarle la cuchara a Haroldo, cuando su padre la sostuvo del brazo.

—Basta. Vámonos.

Armando se puso de pie. Liliana jaló a Carlos para que hiciera lo mismo.

—¿Tan rápido se van? —preguntó Haroldo entre risas.

—No sé si venir haya sido buena idea —musitaba Armando, confundido con su pena. Vio a Herminio por un segundo. Era la misma mirada de hacía años, durante el primer abandono—. Perdóname, por favor.

—¿No querías saber lo que había pasado con mami, papi? —preguntó Haroldo.

—A nadie le interesa —rugió Liliana—. Lo que sea que le haya pasado, se lo merecía.

Haroldo dejó de reír. Con una mirada ordenó que Herminio, nervioso, se levantara y bloqueara la entrada.

—Hijo, tenemos que irnos. Dame permiso.

—¡Que te quites! —gritó Liliana.

—Papi —dijo Haroldo, niño a punto de confesar una travesura—, esto me da un poquito de pena. —Soltó una risita que cubrió con sus manos—. Verás, mami es una mujer trastornada.

—Era —dijo Herminio.

—Ha sufrido mucho por tu culpa. Yo la amo. Eso no significa que no sea una hija de la reverenda chingada. Verás, le prometí que juntaría a la familia. Que recuperaría a papá. —Su mirada vagaba lejos de ahí—. Tuvimos que decirte que

mami estaba muerta. Sólo así vendrías, sólo así le demostraría que yo podía hacer lo que ella no había podido: Recuperar a nuestra familia.

Era la clase de sorpresa que Liliana no sabía que esperaba. Carlos se aferró a ella como antes hacía con su madre. Armando, en cambio, permaneció inmutado. La idea le había cruzado la cabeza.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —no más tono apologético. Era la voz de la adrenalina.

—No te has dignado a vernos las caras por más de veinte años. Merecemos tu paciencia.

Haroldo se puso de pie. De abajo de la mesa sacó un largo trozo de metal. Carlos tardó en reconocerlo. Nunca había visto un arma de fuego en vivo.

—¡Papá! —gritó Liliana.

El arma apuntó directo a ella.

—Por favor, cálmense —pidió Herminio, la cabeza gacha.

—Están en Villa Hundida. —Haroldo disfrutaba del miedo ajeno—. A nadie le importan los balazos. Son nuestros fuegos artificiales.

Armando no se movió. No actuó como el padre responsable y aguerrido que creía haber sido. No. Lo que hacía era tomar decisiones insulsas, como no volver a llorar. No lo merecía. No si algo le sucedía a Liliana y a Carlos. No si una de esas balas terminaba en alguien que no fuera él.

La turbulencia desenmascaró intenciones. Las realidades, desperdicios que el mar de polvo rojo rechazaba, salieron a flote. Armando y Carlos se toparon con terrores paralizantes. Liliana, en cambio, sintió una explosión en el estómago, extendida por brazos y piernas, burbujeo caliente en la cabeza. El arma, frente a ella, tan cerca del rostro de su hermano. Nunca se había visto como protectora. Siempre la hija de casa. La señorita, merecedora de todo y todos. Ahora, la muerte ante ella y los suyos. Trágica e irónica. Injusta.

Armando, viejo y cobarde saco de huesos, escuchaba a su hijo, envuelto en el delantal floreado. Su voz lastimaba.

—Si estamos tranquilos, todo saldrá bien. —Vio a cada uno. Sonrisa nerviosa, también entusiasta—. Jamás pensamos que vendrían los tres. Jamás creímos que papá tuviera los huevos. Siempre lo conocimos como un cabrón mandilón. Las ideas que mami nos metió. No importa, entre más seamos, mejor.

Herminio se rascaba los brazos. El ruido era el de una rata escondida en un armario.

—No los necesitas a ellos —balbuceó Armando—. Yo me quedaré para lo que necesites. Pero ellos no, por favor.

Haroldo se acercó a su padre. Su mano parecía demasiado flaca para el peso del arma.

—En algo tiene razón mami. Eres patético, pequeño hombre. Pequeño hijo de pu...

Como si le prendieran fuego, Liliana empujó con toda su fuerza la menuda figura de su medio hermano. Un grito femenino y el tipo fue a dar contra el librero atestado de casetes y figuras de cerámica.

—¡Vámonos!

Sin soltar a Carlos, Liliana golpeó a Herminio hasta tirarlo, cuando Haroldo alzó el arma.

Tres disparos colmaron la casita de estruendo. Una bala pasó entre Liliana y Carlos. Otra fue a dar a la pared. La tercera, escurridiza y vengativa, atravesó carne.

Sin pensarlo, Carlos se soltó de su hermana y corrió en dirección contraria, hacia el pasillo de las habitaciones. Liliana no paró. Salió de la casa y corrió. La tierra roja se levantó a su paso.

Armando no pudo acudir al rescate de sus hijos. Incapaz de hacer algo por su familia, cayó al piso. La bala en su pierna propiciaba estallidos de dolor. Iba a gritar por ayuda, cuando el pie de Haroldo le oprimió el cuello. No era más que un pobre animal cazado.

—Seremos una familia feliz, papi. —Mechones de cabello negro cubrían parte de su cara encendida—. Aunque me temo que mi hermanita acaba de perder su oportunidad.

Herminio deseaba quedarse tirado. Su cuerpo le pedía no moverse, no inmiscuirse.

Al oír los gritos de Haroldo, no tuvo opción más que actuar. Se puso de pie y de su chamarra sacó una segunda arma.

—No lo dejes ir. Voy por la hermana.

La silueta largucha de Haroldo salió disparada de la casa. Sus piernas, largas y flacas, mostraban inusual agilidad. Buscaba y registraba todo a su paso.

Liliana no dejaba de correr. No sabía del disparo de su padre, tampoco dónde estaba su hermano. La ausencia de gritos le decía que no estaban heridos, o bien, que un tiro en sus cabezas se había adelantado a los alaridos. Corría entre casas igual o más pequeñas que la de sus medios hermanos.

Fachadas a medio pintar, basura por doquier. La tierra roja lo cubría todo.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Las súplicas producían el efecto contrario en Villa Hundida. La gente se escondía. Toda puerta cerrada. A lo lejos, una madre metió a su niño a su casa y cerró con un portazo. Liliana se detuvo y golpeó con ambos puños. Se asomó a la ventana, al momento en que la madre, mujer pálida y pequeña, cerraba la cortina sin siquiera verla a los ojos.

—¡Ayúdenme! ¡Qué les pasa! ¡Ayúdenme, chingada madre!

A lo lejos, una pequeña mancha roja crecía con rapidez. Era Haroldo, a toda velocidad, directo a ella.

Liliana quería ser niña de nuevo. Tirarse en la tierra, llorar y ser consolada por sus padres. O bien, que le disparara, que la golpeará, lo que fuera. Pero que terminara.

Sus piernas no estuvieron de acuerdo. Se activaron y reanudaron la marcha. Lloraba mientras corría, no entendía qué sucedía. Rápido, abrupto. Ya no gritaba. Nadie en Villa Hundida le tendería una mano.

Salió de la comuna de casitas para encontrarse en un terreno olvidado, hierba larga y seca que le llegaba a las caderas. Electrodomésticos viejos, autos desmontados. Se acercó para esconderse en una cajuela, cuando reparó en la casa abandonada, más allá del terreno. Quiso correr, la hierba la hacía más lenta. Aun así, llegó. Quedó inmersa en la oscuridad de la construcción de cemento, ventanas tapadas con periódico. Sus jadeos hicieron eco. Por donde pisara había basura, cadáveres de animales, restos de velas y hierba. Nada apto para esconderse. Se dirigió a la puerta trasera de la cocina, cuando escuchó la entrada abrirse, los pasos decisivos y amenazantes. No se dignó a perder el tiempo en voltear. Corrió.

—¡A la chingada, Lili!

La voz chillona de Haroldo rebotó en la casa. No tanto el disparo, que empujó a Liliana hacia afuera. Sintió la bala clavársele en un costado. Soltó un grito infantil, de niña consentida, antes de caer en la hierba crecida.

No sintió el dolor esperado. Calor y nada más. Torpe y confundida por no estar muerta, se puso de pie. Tenía los brazos y rodillas raspados. El dolor, apenas escozor, le palpitaba el cuerpo entero. Aun así, corrió. Nada más que la hierba y el bosque frente a ella.

Se internó en la espesura de un verde pálido. La única vida que se dignaba a acogerla. Mientras corría entre los árboles que tapaban el sol, lloró. Lloró como nunca lo había hecho. Por su mamá muerta, por los pecados de su papá. Por su hermano. Por la ira que no cabía en su cuerpo.

Veneno mortal. Veneno veloz.

Herminio, estatua mal hecha, estudioso del dolor de su padre, de los gruñidos al apretarse la pierna con las manos. Herminio sabía observar. Encontraba poca emoción en los rostros pálidos y demacrados de Villa Hundida. A su padre se le veía la desesperación. La humillación.

—Mis hijos... —rugió a medias— no dejes que les haga nada.

—Yo también soy tu hijo.

Armando quiso levantarse. Sus movimientos eran los de un anciano. Uno que no existía hacía meses, antes de que Anel muriera. Herminio no dejaba de apuntarle con el arma.

—¿Qué carajos quieres?

—Ya lo dijo Haroldo.

—Sé qué quiere Haroldo. No sé qué quieres tú.

—Yo... —Herminio se quedó pensando. De pronto, el arma pesaba más— Yo...

Un grito retumbó en la casita. Ambos se estremecieron. Era Carlos.

Como si Armando recuperara fuerzas, se tambaleó tras su hijo. Los gritos venían de una de las habitaciones del pasillo. Herminio bajó la pistola y lo siguió, resignado y pesado.

Carlos estaba en la habitación principal. Embarrado en un rincón, entre bolsas y cajas de cachivaches. El aire encerraba una peste a orines y mierda. La ventana estaba tapada por una cortina de terciopelo. La poca iluminación mostraba un bulto en una mecedora de madera podrida.

Armando entró con gruñidos. Carlos saltó y le abrazó las piernas. Sus manitas se bañaron de la sangre de la herida, caliente y pegajosa. Armando aguantó el dolor. Estaba pasmado. No necesitaba luz para identificar a la amenazante criatura. Era lo que despedían los ojos, verde pantano, verde ponzoña.

—¿Hortencia?

Como si le hubiesen suministrado una descarga eléctrica, el bulto se convulsionó en su silla. La madera amenazaba con caerse en pedazos.

Herminio veía al niño temblar. Las lágrimas eran lo de menos. Era ese terror que la infancia no puede procesar. Miedo que destruye los huesos, que desmorona el cuerpo. Era la misma escena en la que él mismo se había visto en más de una ocasión. Sintió una náusea especial.

La mujer, envuelta en sombras, gemía quejas rancias. Armando se acercó, esperando que lograra dominar su lengua para insultarlo. Reírse en su cara por su triunfal venganza, más de veinte años cocinándose.

—¿Qué quieres de mí?

En lugar de eso, se topó con la desgracia que trae el odio. La mujer no era más que una masa viviente. Sus ojos, poco iluminados, eran bolas de billar, golpeados hasta alcanzar

una falsa ceguera debido a la hinchazón. Su carne se despa-
rramaba en un vestido azul, desgarrado y sucio. Abajo, sus
piernas no parecían piernas. Lo que se asomaba eran huesos
rotos cubiertos de piel. Al final, los pies, inservibles, adorna-
dos con un par de desgastados zapatos negros de tacón de
aguja. Armando los recordaba, se los había regalado en uno
de sus aniversarios.

La mujer abrió la boca. Un chorro de fétida saliva amari-
llenta cubrió su barbilla y cayó en el escote. El tufo a podrido
era tóxico. Balbuceaba algo incomprensible, por lo que Ar-
mando tuvo que acercarse. Esperaba una amenaza, un in-
sulto. Lo que obtuvo fue una última pestilente sorpresa.

—Corre... huye...

El tiempo en Villa Alta era cruel en su agresiva tristeza. La
única constante era que el sol no tenía lugar. El mundo giraba
en torno a las sombras del frío y nubes sin blancura. El viento
enfermizo, cargado de tierra roja, incrustada en la piel, en los
ojos, en la garganta. En las venas.

Herminio, a las afueras de Hundida, a un lado del auto de
su padre, veía el pueblo, el bosque tupido a sus pies. Las mi-
nas clausuradas al otro extremo. Su escasa presencia, su alma
de aura débil. El día estaba por terminar. Haroldo no había
encontrado a Liliana. Podría estar internada entre los árboles,
o bien de regreso en Villa Alta.

Una u otra, todos perdían.

Se metió al coche. Celulares y tabletas, vida de privilegio.
Arrancó el motor, quitó el freno, salió y cerró la puerta. Dejó
que avanzara, lento, inocente, como un gran e ignorante ani-
mal al matadero. No tardó en caer al vacío. Herminio no se
asomó. Se limitó a escuchar la carrocería despedazarse, inter-
narse en la oscura maleza de secretos ancestrales. Pensaba en

otro auto. Otro de carrocería destrozada. Uno manchado de sangre. Uno que hacía no mucho había dejado huérfanos a un par de jovencitos en Villa Alta.

Liliana no supo en qué momento dejó de correr. No sintió su cuerpo caer de boca en la tierra húmeda, cubierta de hojas secas y delgadas ramas.

La noche apelmazaba la tierra y las plantas. Su mente no paraba. Su cuerpo, por otro lado, decidía que era tiempo de detenerse.

Si era para siempre, mejor.

Liliana se estremecía. Los ojos entrecerrados, el cuerpo rendido.

Al oír los pasos en la hierba, despertó. Esperaba un final sin tanto dolor. Su mirada enfocó un par de botas negras, cubiertas por una larga falda de colores apagados. La figura se acercaba sigilosa. Cuando quedó a pocos centímetros de su cara, una voz la regresó a la vida. Una voz parecida a la que la había mantenido en paz durante su vida. La misma que ahora estaba muerta.

—Tranquila —le dijo—. Ya te tengo...

PARTE II

Los abandonados

*«Y el odio se hacía tanto más espeso,
tanto más denso, tanto más pesado,
tanto mejor cuanto más restringido
era el espacio»*

GEORGES SIMENON

Veinte años atrás, antes de tanta violencia y venganza, antes de que la sangre se pintara corrupta, los primeros Montaña creían que eran unidad y que así seguirían.

Eso cambió una mala mañana.

A falta de nubes en los cielos, nubes en la tierra. Nubes de polvo rojo. En la boca, en los ojos, picazón y ardor. El auto azul que se alejaba a toda velocidad, como si la casa de Herminio Montaña estuviese en llamas. Incendio que sólo su padre pudo ver.

La mañana no terminaba de caer. La fachada gris de Villa Hundida aún no se bañaba de la efímera luz del día. El frío se hizo uno con el polvo que el coche levantó. Herminio, cinco años, pálido y bofo, incapaz de comprender que la vida cambia, tosió y se talló los ojos. Tuvo que regresar a la casita, al incendio invisible.

En la eterna oscuridad de su hogar, escuchó los murmullos hirientes de su madre. No eran los gritos acostumbrados. El bebé no lloraba. Se quedó parado un momento, trataba de decidir qué hacer. Sabía que su labor era no molestar y pasar desapercibido. La única forma de sobrevivir.

Se adentró al pasillo, sus pies descalzos dejaban rastros rojizos. Se detuvo en la puerta de sus padres. La necesidad de abrazar a su madre era la misma de huir de ella.

Su inútil fe lo obligó a entrar al cuarto.

El alba entraba por la ventana, alumbraba las partículas de polvo. Ropa regada. Dos cajones del ropero, abiertos y vaciados. Un frasco de colonia de su padre hecho pedazos, su líquido derramado en el piso. Su olor en todo rincón. En el fondo, en la cama, su madre, sentada, envuelta con una cobija. Haroldo en brazos.

Los cabellos negros de Hortencia le tapaban el rostro. Caían largos y uniformes en el bebé. Haroldo no lloraba, cosa rara en él. Jugeteaba con los mechones de su mamá, sumidos en uno de sus momentos de intimidad, convertidos en uno solo. Las tristezas de la madre eran las del hijo. Los deseos del bebé los de su mamá.

Herminio no lo envidiaba. Prefería la conexión con su padre, por más delgada y forzada que fuera. Sabía que cuando su papá lo veía, veía los ojos de su madre. Sabía que no los quería como los otros padres a sus hijos. Aun así, jugaba con él y de vez en cuando lo abrazaba.

Hortencia tardó en ubicarlo en la habitación. Sus ojos verdosos brillaban a través de la cortina de pelo.

—¿Se despidió de ti? —Su voz era rasposa, apagada.

—Papi se fue.

—Y no regresará. —Alzó el rostro y el pelo le abrió paso. Palidez mordaz. Facciones esqueléticas, nariz aguileña. Las lágrimas, más oscuras que su piel, trazaban cicatrices en sus mejillas—. No fuimos suficientes.

Herminio dio dos pasos atrás. Iba a refugiarse en su habitación, a esperar que su madre encontrara con quién desquitar su inmenso enojo.

—¿También tú te vas? Son iguales. Parásitos. ¡Parásitos!

El grito terminó de jalar la débil luz del sol. Herminio brincó y vio a su madre, alumbrada por el rojo del amanecer, de la ira. Haroldo se sacudió y comenzó su berreo. Su llanto agudo y punzante llenó la casa y la cabeza de Herminio.

—Tú no, mi bebé hermoso. Tú no. —Hortencia arrullaba a su hijo con brusquedad—. Tú sí me quieres. Tú jamás te irías. Tú sí te mereces todo. Todo el mundo para ti.

Herminio aprovecharía para salir de la recámara y meterse a la suya. Se echaría en su cama, cobijas encima, en espera del regreso de su padre. El mismo que le acariciaba la cabeza y con triste sonrisa le decía que era buen niño. El

mismo que al verlo esa mañana, con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta, y sin despedirse, se fue.

El pequeño Haroldo no hubiese recordado la existencia de su padre de no ser por su madre. Desde el momento en que tuvo fuerza para limpiarse las lágrimas, Hortencia se dedicó a dejar claro a sus hijos que su padre los había abandonado. Ya no llevaban el apellido Montaña. Ahora eran los Mendieta, como su madre.

Desde el nacimiento de Haroldo, Hortencia vio en su segundo bebé todas las características de los suyos. Un aliado. El pequeño compartía su nariz y su insatisfacción. No veía a Armando en él, no como con Herminio, embarazosa mezcla entre el hombre de Alta y la mujer de Hundida.

Herminio y Haroldo se querían. Eran cómplices de soledad, sin padre y con una madre odiada por el pueblo. Aun así, Haroldo sabía de las ventajas de ser él.

—Mami no te quiere. ¿Tanto te pareces a papi?

Herminio veía sus manos rechonchas y sudadas, su cuerpo uniforme de adulto con la edad de un niño.

—Sólo nos parecemos en que yo no grito ni odio al mundo.

—Deberías. El mundo nos odia a nosotros.

Haroldo no estaba del todo equivocado. En la escuela, en la calle, nadie aceptaba al hijo menor como su madre. Nadie pasaba por alto su femenino caminar, sus delicados modos y aguda voz. Los habitantes de Hundida lo señalaban. Le hacían saber que algo malo ocurría con él.

—¡No abandones a tu hermano! —le gritaba Hortencia a Herminio—. Si alguien le dice algo, tú le rompes la cara. ¿O qué? ¿Te crees mejor que él? ¿Que nosotros?

Cuidadito si alguien se metía con el hijo rarito de la puta loca de Hortencia.

Lo de puta no era sólo un insulto. Herminio sabía que su madre se dedicaba a algo *raro*. Siempre arreglada. Su cuerpo flacucho, en minifaldas, mostraba sus piernas de pollo. Los escotes hacían asomar sus senos como pasas, bien juntos para verse más grandes. Un picahielo en el bolso. *Precaución nada más*, decía.

—Qué bonita te ves, mami —decía Haroldo.

—Como una reina, ¿verdad?

Ambos en las nubes, donde nadie veía la mugre en cada esquina. Tampoco la pobreza. La desesperación que se respiraba en esa casita, sin papá. Sin nada.

—¿En qué trabaja mami? —preguntó Haroldo, mientras los hermanos comían solos, después de que un auto viejo pasara por Hortencia.

—Pregúntale a ella —contestó Herminio y engulló el arroz desabrido de todos los días.

—Alguien en la escuela me dijo que le pagan por besarle las *cosas* a los señores.

Herminio tragó y se quedó callado. La imagen en su cabeza. Los labios carmesí de su madre en las vergas pálidas y sucias de los comerciantes. Si era cierto, no entendía por qué su madre se rebajaba tanto. Había un hombre que la frecuentaba desde el momento en que se supo que era una mujer abandonada. Fermín, uno de los empresarios aún exitosos en el pueblo, igual de pálido que los demás. Flaco y panzón. Tipo jovial, poco atento a los chismes, y por alguna razón, interesado en Hortencia.

El señor bien podía hacerla su esposa y sacarlos de pobres. Lo único que Hortencia hacía era lanzarle sonrisas traviesas y agradecerle sus infinitos gestos. Lo corría y se iba al misterioso trabajo que decía odiar.

La mujer no tardó en llevar a sus clientes a casa. Haroldo dejó de hacer preguntas. Herminio lo encontraba pegado a la puerta de su madre. Hambriento de escuchar y averiguar lo que ocurría en la oscuridad de la transacción.

Herminio no lo impedía. Aprovechaba para estar solo. Salía y se sentaba en la banqueta polvorienta. Veía el cielo, en busca de nubes blancas, no grises ni enfermas. Soñaba despierto con escapar y alcanzar a su padre, que seguramente vivía aventuras como Indiana Jones. Pensaba en dejar atrás su jaula de dos piezas, Hortencia y Haroldo. Se imaginaba dejándolos solos para que bailaran por días enteros, sin percatarse de su ausencia.

El cliente salía, refunfuñaba mientras se subía los tirantes y acomodaba los pantalones. Escupía al piso y el gargajo se quedaba atrapado en la tierra roja. Herminio lo veía irse, igual que su padre. Le llegaban los gritos de su madre, harta, enojada por hacer lo que hacía. La voz chillona de su hermano al consolarla.

La jaula.

Desde el principio, Haroldo basó sus gustos en su madre, en sus cosas. Los zapatos. El taconeo, música para sus oídos. La forma en que las escasas caderas de Hortencia cambiaban su forma y movimiento al estar trepada en un par de tacones de aguja. La mujer tenía pocos zapatos, los cuidaba como si fueran joyas. Haroldo le ayudaba. Los ordenaba por color y tipo de tacón. Lo hacía mientras su madre descansaba en su cama. Mientras se lamentaba por tener que hacer ese trabajo asqueroso, todo porque Armando los había dejado.

—No lo necesitamos, mami —se atrevió a decir alguna vez—. Estamos mejor así.

—No sabes lo que es que un hombre te deje. —A veces, Hortencia olvidaba que hablaba con su hijo de seis años—.

Que te falte su caricia, su protección. Que nadie te quiera por tener hijos. Estar tan sola.

Haroldo subió su flacucho ser a la cama, junto a su madre. Limpió sus lágrimas, para después saborear su salado néctar.

Hortencia vio a su hijo, tan parecido a ella. Iluso, en un mundo de astutas alimañas. Un mundo empeñado en hacerla sentir lo que fuera, excepto amor. El niño tenía derecho a saber lo que ella se perdía. Lo que a él se le negaría también.

—No sabía que necesitaba un hombre. Mi cuerpo me decía que algo faltaba. Los hombres son puercos, animales estúpidos que no saben lo que quieren. La vida es injusta, Haroldo. Pero aunque sean bestias, tienen aquello que nosotras necesitamos. Su tacto. —Pasó un dedo por el antebrazo de su hijo, suave y delicado—. La protección que nos da. Ese era Armando. Pendejo en muchas cosas. En otras, lo era todo. —Ahora acariciaba la pequeña pierna huesuda de su niño—. Junto a él el mundo era mejor. Me hacía soportarlo.

El pequeño Haroldo entendió a su madre. Lo que anhelaba y le faltaba. La idea de sustituir a su padre, de ser hombre para Hortencia, apenas le rozó la cabeza. Para el niño, la idea, más obligación que deseo, se le antojó asquerosa. No. No era eso lo que había despertado en él. Lo que él quería era a su propio Armando. Uno sólo para él.

Esa misma noche, su madre salió a ver a un cliente nuevo. Las pocas veces que no los traía a la casa. Haroldo se encerró en la habitación vacía. Ahí, los seis pares de zapatos brillaban con la luz de la luna a través de las cortinas de la ventana. Suspiró y tomó su par favorito. Eran de aguja, rosas y delicados. Los puso en el piso y con solemne lentitud introdujo su diminuto pie descalzo en uno. Le quedaba enorme. No importaba. Lo sintió como guante hecho a su medida. Al subirse al otro, su equilibrio quedó echado a la suerte. Podía caer y romperse el cuello. Sin embargo, sus tobillos adquirieron

fuerza. Sus flacuchas piernas se encargaron de mantenerse en pie.

Haroldo se volvió al espejo y lo que vio fue hermoso. Levantó la mirada en un gesto de inédita y dramática dignidad. Su sonrisa era cruel, igual a la de su madre.

Herminio terminaba de preparar la cena. Frijoles revueltos con salchichas a punto de echarse a perder y tortillas secas. Los platos atiborrados y un poco en la sartén para su madre cuando regresara.

Estaba por gritarle a su hermano que fuera a cenar, cuando lo escuchó salir de la recámara. Sirvió los platos en la mesa y se sentó a devorar. Fue el torpe taconeo lo que le hizo levantar la mirada. Su hermano menor tambaleaba su camino a la mesa.

—¿Qué crees que haces? Mi mamá te va a matar si te ve...

—Ella no se va a enterar.

Disfrutaba de la mirada desconcertante de Herminio. Se paseó por la casa, cada vez más cómodo en las alturas. Hacía sonar los zapatos con decisión. Su postura cambiaba. Se paraba más derecho. Un poder especial nacía de los tacones y se le metía por las piernas.

El niño alzó los brazos como si fuera una estrella de cine, en su propia alfombra roja.

—¿Crees que papi hubiese abandonado a una mujer como yo?

Acostumbrarse a lo podrido fue fácil. Imaginarse un mundo distinto, sin dolores, se volvió fantasía. Hortencia jamás dejó de quejarse. Eso no impidió que continuara con su vida. El odio a Herminio y el amor a Haroldo fueron engranes de una vida normal. Los hijos crecieron. Herminio sólo de los lados, no se sentía con permiso de estirarse hacia arriba. Su postura gacha, hombros hacia adelante. En cambio, Haroldo se fue a los cielos. Alto y flaco, facciones casi esqueléticas, idénticas a las de su madre.

Los papeles se acomodaron. Hortencia traía el dinero a la casa, Herminio lo administraba. Había dejado la escuela, no soportaba la idea de superarse. Compraba la comida y los hermanos se turnaban para cocinar. Los guisos nunca mejoraron, mucho aceite y poco entusiasmo.

Haroldo seguía en la escuela. Había tenido que repetir un par de años de preparatoria. *Problemas de concentración*, decía el director. Si tenía suerte, este año sí lo pasaría. Aprendió a defenderse solo. Su estatura desmedida ayudaba. Tenía nuevos intereses, nuevos y ocultos objetivos. Pese a no quererlo, empezaba a descuidar la simbiótica relación con su madre. Para no hacerlo evidente, se esforzaba por llegar temprano y acostarse en la cama con Hortencia.

—Tú ya no me quieres. —Le reclamaba y le daba la espalda en la cama.

—Cállate, mujer.

Haroldo sabía ganársela. Sus caricias tiernas, de pronto sensuales. Los juegos de luchas, él encima de ella y viceversa. Los tacones ordenados por milésima vez.

Mientras Herminio esperaba que la cecina terminara de asarse, escuchaba las risas de su madre y hermano. *Pinches noviecitos cachondos*, pensaba. Con el asomo de la adultez, la

imagen de su padre aparecía con frecuencia. ¿Qué estaría haciendo? ¿Podrían reírse igual que los de la recámara de al lado?

No tardó en decidir que tenía derecho a saber qué había sido de Armando. Temía que hubiese muerto, que se aferrara a la idea de un cadáver.

—¿En qué piensas, hermanito? —preguntó Haroldo mientras los tres cenaban.

—Si lo digo, ¿prometes no enojarte? —Se dirigía a Hortencia.

—Embarazaste a alguien. Nunca falta la chamaquita pen-deja o drogada.

Hortencia rio como si hubiese contado el mejor de los chistes. Haroldo fingió su carcajada. Herminio esperó a que las risotadas se apagaran.

—Pensaba en mi papá. Quiero saber qué es de él.

Herminio no disfrutaba del dolor ajeno como su madre. No obstante, la manera en que la sonrisa burlona de Hortencia se convirtió en una mueca dolida y patética, lo llenó de dicha. No le temía como antes. Era ahora más fuerte que ella. Sus golpes ya no dolían, no tanto. Si en uno de sus trances violentos la mujer se le iba encima, Herminio le sostenía los brazos, sólo lo suficiente para hacerle entender que no podía salirse con la suya.

—Eres un asqueroso malagradecido, igual de hijo de puta que Armando. Tú te preguntas dónde andará, yo me pregunto por qué no te llevó con él. Espera, lo sé. No te llevó porque le dabas igual. Eras un estorbo en su nueva vida, y la que se chingó contigo fui yo.

Hortencia se metió a su habitación. Su tristeza y el humo de su cigarro fue lo único que permaneció en el comedor.

Herminio siguió con su cena. Masticó como si nada pasara. Ignoró la mirada de Haroldo, igual de penetrante que la de Hortencia.

—No lo dice en serio. Te gusta encabronarla.

—Esa mujer vive encabronada.

—¿En serio quieres saber de ese señor? Nos abandonó.

—¿Lo culpas?

—Mami es una puta loca. Lo sabemos. —Haroldo hablaba con naturalidad. Usaba sus manos para hacerse entender, de aquí a allá—. Aun con eso, nos ha cuidado. Nos mantiene. No puedo extrañar a ese señor porque no lo recuerdo. Si tú quieres saber de él, deberías hacer algo.

Haroldo se cambió a la silla de su madre y rodeó con ambos brazos a su hermano. Le dio un beso en la mejilla.

—Búscalos. No le diré a mami.

Haroldo, cuando aún poseía la palidez de Hundida, antes del rojo sangre en su piel, jugaba en ambos bandos sin que Hortencia lo supiera. Apoyaba a su hermano, le daba la razón. Hacía lo mismo con su madre. Se sabía el pegamento de la familia. Los beneficios eran que ambos lo dejaban en paz. Podía disfrutar de su amigo sin que nadie lo molestara.

De su amigo. Su Mateo.

—Tu familia está bien pinche rara, *flacuchito*.

Más bajo que él, la piel más maltratada, robusto. Sus brazos se rozaban al caminar, deliciosa sensación. Igual a las caricias que su madre usaba para explicarle el tacto de su padre. Haroldo no se daba cuenta de su sonrisa. Una real, no la de su máscara de hijo mimado.

—Qué le hago. Así son, *robustito*.

Tomaban largas caminatas y recorrían los mercados de Hundida. Bromeaban, hablaban del futuro. Haroldo disfrutaba escuchar los planes de Mateo. Entusiasmo infantil del iluso que no puede esperar a ser adulto.

—Acompañaré a mi papá a Villa Alta. Puedo encontrar mi propio producto. He pensado en comida chatarra. Algo atascado y grasoso. Necesitamos comida que nos haga sonreír. Eso voy a hacer, *flacuchito*. Voy a hacer sonreír a la gente con comida.

—No me queda la más mínima duda, *robustito*.

—¿Tú qué vas a hacer? ¿Aparte de hacerme rico comprando mis porquerías?

—Tengo que cuidar a mami. No debe estar sola. En cuanto pueda mantenerse, Herminio dejará la casa. No puedo pedirle que se quede. Se merece una buena vida. Me ha cuidado. Así que quedo yo. Me llevo bien con mami, puedo mantenerla en paz.

Los ojos aguosos. El futuro gris y estático.

Con el tiempo, los recorridos se alargaron. Atajos nuevos. Sin tenerlo del todo consciente, poco a poco se dirigían a las minas abandonadas. La hierba más alta, la tierra roja en el ambiente, más densa que en el resto del pueblo. Basura por todas partes. Aire desolado y decadente. Haroldo lo disfrutaba. Tierra abandonada para hacer suya, sin rostros pálidos y amargados que no fueran los propios. No tardaron en dejar de ir a la escuela. Se encontraban en la entrada e iniciaban sus caminatas, cada vez más extensas, más adentradas a esas partes que los demás sabían no debían visitar.

Más allá de esas minas abandonadas por su alta toxicidad, se encontraban las únicas edificaciones de más de dos pisos en Hundida. Nadie las recordaba ocupadas. Eran de los empresarios mineros, los que habían hallado el extraño mineral de Hundida. Convencidos de que podrían sacarle provecho, como a todo lo que extraían de las profundidades, le dedicaron sus recursos y construyeron sus suntuosas casas a un lado.

—¿Sabes por qué nadie vive aquí? —preguntó Mateo. Utilizaba el tono de cuentista que copiaba a su padre.

—Porque la gente salía hueca.

—Es más que eso. Es la piedra roja. Abrieron la tierra exactamente en su origen. El más rojo de los rojos. A nosotros nos hace pálidos, una que otra deformación. Aquí, los volvía locos. Decían que habían abierto las puertas del infierno, que la tierra roja pertenecía a los pecados convertidos en ríos. Hundida era la fuga del inframundo. Los dueños y los socios enloquecieron. Vieron la maldad en todo, esposas y esposos, hijos e hijas. Se asesinaron unos a otros. Los trabajadores encontraron los cuerpos. Cada una de las casas tenía su propia masacre. Por eso lo abandonaron. No se atrevieron a regresar ahí. Decidieron cavar lejos del origen, lejos de las puertas rojas.

—¿Te crees todas las pendejadas que te cuenta tu papi?

—No te metas con mi padre.

—Ay, mi papi, mi papi.

Haroldo le sacó la lengua y se echó a correr. Mateo lo persiguió. Esquivaban carrocerías oxidadas, cementerio de desechos. Pasaron junto a las minas originales, protegidas por altos muros de lámina. Haroldo reía y corría. Sus piernas largas le permitían avanzar más rápido y con menos esfuerzo. No tardó en llegar a la calle donde los primeros empresarios mineros habían tomado residencia. Construcciones altas, estilo cargado, adornos por doquier. Casas góticas, como diamantes grises, en medio de la nada cargada de basura.

Bajo el cielo gris, Haroldo no pudo quitarle la mirada de encima a la primer casa. Un pequeño castillo negro. Alto como un gigante de hombros anchos y finas facciones. Hermoso, pese a su descuido. Sin haber visto nunca una casa más grande que la de Mateo, con dos habitaciones más que la suya, Haroldo quedó hipnotizado. Abrió la puerta, y con un amenazante rechinar, se inmiscuyó en la oscuridad.

Mateo le siguió. Al entrar, tuvo que ponerse en cuclillas para recobrar el aliento. Su cuerpo era trabajado, atlético. Sin embargo, nadie tenía la condición de Haroldo en cuanto a correr se refería. En la casa permanecían todos los muebles. La amplia sala se abría paso ante el par, junto con la imponente escalera con barandas de metal y madera. Los sillones grandes, suntuosos. Tapices de terciopelo, contornos de la misma madera oscura. Techos altos y exagerados. Casas diseñadas para lo ostentoso.

Todo mueble, toda pared y escalón, estaba cubierto por la sustancia. Algo rojo. En un principio, Mateo pensó que se trataba de la tierra de siempre. Esto era algo más. El mismo color, diferente textura. Una enredadera de venas gruesas y altisonantes, como un sinfín de alarmantes patas de araña que se aferraban a todo lo que encontraban. Subían por las escaleras, por las paredes. Intrusos bien acomodados. El olor era el más azufrado de todos.

Una neblina carmesí, como nube caída, envolvía el aire.

—¿Haroldo? —Al hablar se dio cuenta que le ardía la garganta—. No deberíamos estar aquí.

Al pie de la escalera, Haroldo admiraba la casa. Pasaba sus dedos por el cuello. Una mano en la baranda, sobre las venas rojas.

—Ahora la entiendo. A mi madre. Esto es lo que siempre ha querido. Y mira, nosotros lo tenemos y sin tener que salir de Hundida.

—No llamaría esto un lujo. No toques esa porquería.

—No me digas que no te gustaría vivir aquí. Levantarte tarde, arreglarte y pasear. Tú podrías salir a hacer ejercicio. Yo me encargaría de armar el menú del día para la cocinera. Me pondría mis mejores zapatos y me sentaría en la terraza a ver la vida pasar.

—¿Como una esposa?

Haroldo salió de su trance. No había pensado en sus palabras. Avergonzado, vio a Mateo subir las escaleras. Sus zapatos hacían crujir la materia roja.

—Te gané. Eres lento.

—Eso de la esposa no suena mal.

Ninguno de los dos pensaba en la casa, tampoco en las venas alrededor. Haroldo quiso bajar. Mateo lo detuvo. Le sonrió.

—¿Qué me harías? —preguntó Haroldo, sufrido susurro.

Mateo contestó tomándolo de la cintura. Lo pegó hacia él y lo besó. Tierno en un principio, tembloroso y nervioso. En cuanto Haroldo subió los brazos y rodeó al tipo, la pasión se desbordó.

Los cubrió, igual que las raíces a la casa.

Las manos y bocas reclamaron el tiempo que parecía haberse perdido en indirectas y poca acción. Las manos por debajo de la ropa. La piel caliente y sudorosa. Carne perfecta.

Avanzaban por los pasillos, una sola masa. Los grandes ventanales, tapizados del mineral venoso. La poca luz de sol entraba como una manta transparente y roja, filtro que pintaba las pieles pálidas de los tórtolos de un tono rosado. Chocaban contra paredes, sus lenguas unidas, incapaces de dejarse en paz. Se asomaron a una habitación, sin más que muebles hechos pedazos. Trozos de madera fina, hundidos en el mineral. Pasaron al siguiente cuarto, donde Haroldo dejó el manoseo para respirar la hermosura del lugar.

Era la habitación principal. La de los señores de la casa. En esos aposentos su madre se soñaría a diario, fue lo primero que pensó Haroldo. Entró a la penumbra carmín del tamaño de su casa entera. Se sintió más delicado, más frágil.

Las paredes, cubiertas de un tapiz verde que no lograba descifrar por la enredadera adherida. Un pequeño candelabro colgaba, alguna vez blanco perlado, ahora café y rojo.

Un tocador de madera y enorme espejo en un extremo. Al otro, un ropero gigante, capaz de guardar más ropa de la que Haroldo podía imaginar. Al fondo, un gran ventanal, cubierto de las lianas rojizas. En medio de todo, la cama. Postes en cada esquina sostenían una tela amarillenta, hecha jirones. Hacía ver los aposentos como un antiguo recinto sagrado.

Aun con el edredón, alguna vez blanco, e incluso con el mineral sobre ella, a Haroldo le pareció el lugar más hermoso que hubiese visto.

— Ahí está. Mi cama — dijo y se volvió a Mateo.

— ¿Planeas que nos acostemos ahí? — Su asco era evidente.

Haroldo no hizo caso. Lo tomó de la mano. Un beso nuevo. Una mano bajo sus pantalones. La dureza del deseo. La ropa voló, carcasa inservible. Haroldo jaló a Mateo hacia la cama. Sintió su espalda desnuda romper las raíces. No hacía falta más luz que la que lograba entrar.

Se hundieron en el colchón. Una nube, rojo sangre, se elevó sobre ellos. El polvo, casi líquido, se esparció por la habitación, por sus cuerpos. Los amantes aspiraron, gimieron y tosieron. No podían ver más allá del placer del otro. No distinguieron la curiosidad del mineral.

La curiosidad de El Rojo.

Hortencia no era una mujer que viera hacia abajo. No le dignaba un momento de atención a la tierra, a la suciedad revuelta de Villa Hundida. En ese momento, su mirada se alzaba a las alturas, obstruidas por el techo de lámina. Le añadía estrellas, brillantes y fulminantes. Hortencia había perdido muchas cosas con los años. Su imaginación no era una de ellas.

Le dio un sorbo a la cerveza fría. Disfrutó de sentirla recorrer su garganta. Siempre al tanto de lo que ocurría dentro de ella, del vacío y lo que pudiera llegar para llenarlo.

No acostumbraba a ir a los bares del pueblo. No se sentía bienvenida más que en su habitación. Sentada en la última mesa, en su minifalda negra y entallada blusa roja, las luces imaginarias le hacían compañía. No la abandonaban.

Ignoraba los chismes a su alrededor. Sabía que la criticaban por puta, por venir de gente mala. Por el hecho de que uno de los pocos hombres decentes y adinerados del pueblo se fijara en ella.

Fermín era un buen tipo. La apoyaba cada que ella se lo permitía. Su desventaja, enorme desventaja, era su amor por Hundida.

—No sé qué le ves a Villa Alta. —Le decía Fermín—. Te pierdes, te acaloras. Los edificios no te dejan ver el cielo. ¿De qué les sirve tener sol si lo tapan con sus construcciones pretenciosas?

—Los edificios son altos para subirse a ellos —contestaba Hortencia—. Para dejar de ensuciarse y así codearse con las nubes. Lo que a ti te pasa es que te da miedo cambiar. Ser hormiga allá cuando aquí eres león.

Fermín no se lo tomaba a mal. Le aguantaba los ratos de felicidad extrema y los de triste violencia. Estaba para ella, a

la hora que fuese. Se hacía de la vista gorda cuando los rumores de su oficio llegaban a sus oídos.

Entró al bar con su usual torpe andar. Flaco y panzón, bigotón y cincuentón, nariz ancha. Le sonrió a Hortencia desde lejos. Era una sonrisa honesta que la mujer apreciaba. Se sabía querida, aunque fuese por segundos.

Le plantó un beso en la mejilla, pidió una cerveza y se sentó bien pegadito a ella.

—Nunca habías llegado tarde. Hay otra, ¿verdad?

—Nada de otras, chiquita.

—No te culparía. Eso hacen los hombres de mi vida. Agarran lo que necesitan y se largan.

Fermín la rodeó de la cintura. Le dio un beso en el cuello, su bigote raspaba.

—Hoy te pido que calmes los dramas, chiquita. Te tengo una propuesta que te va a gustar. Necesito que estés contenta. Si no, ni vale la pena.

Sin quitarle a Fermín la vista de encima, Hortencia bebió de su cerveza. Le divertía ver al hombre, triunfador y respetado en Hundida, hablar y moverse como un completo imbécil. Se sentía la única que podía ver detrás de su pobre porte.

—Me ofrecieron un nuevo negocio. Más producto. Mejores ganancias.

—No oigo nada nuevo.

—En Villa Alta.

Hortencia supo mitigar su sorpresa, sus ilusiones. Dejó su cerveza. Recargó la cara en una mano y vio a Fermín con triste cautela.

—Te iría bien.

—Me iría bien si vas conmigo. —Le apretó la mano—. Tú ganas. Vámonos a vivir a la ciudad. A la presumida y caliente ciudad.

Hortencia volvió a ser la adolescente cansada de la tierra roja y las miradas insatisfechas. Era de nuevo la princesa merecedora de algo más. No necesitó terminar su cerveza. Drogada de fantasía, se dejó llevar de la mano callosa de Fermín a su camioneta. El viento frío y terroso le pareció cosa de un ayer sin mucha nostalgia.

Una vez en casa del tipo, paredes y piso de cemento gris, se dejó llevar a la cama. Fue hasta que tuvo al hombre encima, listo para reclamar su recompensa, que recordó a sus hijos. Haroldo primero, por supuesto.

—No puedo dejarlos.

Fermín, como siempre que Hortencia hablaba de Haroldo, aguantó y asintió condescendiente. Se le quitó de encima y se dedicó a acariciarle los pequeños pechos con la punta de los dedos.

—No les haré lo que les hizo su padre. No soy esa clase de madre.

—Pues que vengan. Encontraremos una casa grande. Recámara para cada uno. Quién quita y hasta jardín.

—¿En serio? ¿No me estás cotorreando? No te lo perdonaría, cabrón.

—En serio. Pero si nos vamos todos, entonces tenemos que poner reglas. Dejar un par de cosas claras antes de empezar de nuevo. La gente habla, chiquita. Haroldo es la comidilla de varios.

Hortencia se recargó en la cabecera. Ahí, con los senos al aire, escuchó los chismes del pueblo. La incomodidad de Fermín lo empeoró todo. De pronto, se sintió descubierta. Mala madre.

—Mi hijo no es ningún maricón.

—Yo sólo digo que hay que aclararlo.

—¿Quién es el escuincle con el que se va?

—El hijo de Don Arnulfo.

—Mateo...

Una madre siempre sabe. No así Hortencia. Imaginó las mil y un perversiones que Mateo le enseñaba a su pequeño. Debía haberlo sabido, ver más allá de la inocente cara del muchacho.

— Es él. Él es el cerdo. No mi hijo.

— ¿Estás segura?

— Conozco a mi niño, Fermín. Es bueno, sensible. Es un hombre recto y haría feliz a cualquier mujer.

Fermín se incorporó. Con el porte de macho protector, rodeó a Hortencia y le besó la sien. Un hombre como él, alguna vez pobre y rechazado por el mundo, sabía lo que el poder significaba. Lo que representaba ser la solución.

— Yo puedo encargarme de que ese joto no se acerque a tu hijo.

— No quiero problemas.

— No tiene que ser un problema. Un susto y lo deja en paz.

Hortencia vio a Fermín y su cara de estúpido. Tan noble. Asintió sin estar segura. Asintió y se acomodó en los brazos de su novio mientras se convencía de que era lo mejor. Tenía que salvar a su hijo de la perversión, de Hundida y sus trampas.

Por primera vez, los miembros de la familia no se estorbaban entre ellos. Cada uno vivía su vida, su protagonista. Las prioridades cambiaban. Los sueños de ayer morían, nuevos nacían.

Herminio decía que buscaba trabajo. En realidad, pasaba sus días averiguando el paradero de su padre. No tenían familiares en el pueblo. Nadie de confianza a quien preguntar. Sólo la hermana vieja y loca de la pérvida que se había robado a su padre. Jesusa, la hierbera. Bruja, según los rumores.

Herminio la visitó, temeroso y expectante. Tocó a su puerta de madera podrida, en su casita al fondo de una comuna con olor a orines. La mujer abrió después de una bulla adentro. En cuanto lo vio, con sus pequeños ojos que parecían ver lo que nadie más, sonrió socarrona. Dientes amarillos y chuecos, cabello enredado y esponjado. Las ropas viejas, vestido sobre vestido. La piel pálida con dos enormes chapas rojas.

—¡Que Dios me coja! ¡Visitada por un Mendieta!

Al pasar, Herminio se sorprendió al considerar su casa un palacio en comparación con la de la mujer. Plantas por doquier. Paredes llenas de humedad. Torres de libros viejos, como ancianos abandonados e inmóviles.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Se dejó ir en un sillón salpicado de la tierra de sus macetas, acomodadas en estantes clavados en las paredes.

—Yo... yo quería...

—No soy paciente, chinga. Habla ya.

—Quiero encontrar a mi padre.

Jesusa mostró las encías negras en una sonrisa de inesperada compasión. Estudió a Herminio de pies a cabeza.

—¿Para qué? Ha pasado tanto tiempo...

—Necesito saber por qué me dejó aquí.

—Se fue porque estaba enculado con mi hermana. La hija de la chingada no tuvo respeto por tu familia y se lo llevó.

—Quiero oírlo de su boca.

La mujer tardó un rato en decidirse. Se puso de pie y desapareció en la única habitación de la casa. Otra bulla de cachivaches arrojados. Regresó con un sobre de carta doblado por la mitad. Lo veía con cariño.

—Mi hermana y yo nos escribimos un par de veces al año. Ella se rehúsa a saber mucho de Hundida. —Le tendió el sobre a Herminio—. No vayas a hacerle un desmadre. Obtén respuestas y déjalos en paz. No vas a recuperar a tu padre.

—Eso ya lo veremos. —Herminio tomó el sobre, la dirección de Villa Alta anotada. Lo guardó en su chamarra—. Gracias.

Haroldo, deslumbrado con Mateo, no imaginaba lo que su madre y Fermín planeaban para él. Contento con su nueva vida, lo único que importaba era su tiempo en la mansión del área prohibida, junto a su hombre adolescente. No había ido a la escuela en semanas. Ni siquiera se molestaba por aparecerse. Despertaba y se iba directo a su nueva casa.

Al principio intentó limpiar, quitar el mineral rojo de paredes y ventanas. Lo único que logró fue bañarse aún más de las nubes rojizas que entraban en sus ojos y oídos. Se le incrustaban con lenta perseverancia en la piel. Al día siguiente, se encontraba con que lo poco que había logrado limpiar amanecía cubierto de nuevo. Así que desistió y se dedicó a explorar la casa, a bailar y hacer pasarelas por los pasillos.

Por la tarde, Mateo se aparecía. Él había regresado a la escuela. Eso no impedía que diario visitara su hogar de fantasía. Corría escaleras arriba y entraba a la recámara predilecta. Ahí lo esperaba Haroldo, desnudo, postrado en las ramas rojas.

—A ti ya te gustó esa porquería.

—Cállate y cógeme.

Mientras Mateo obedecía, la fantasía crecía. Haroldo dejaba de ser, abandonaba su cuerpo esquelético y poco grato para convertirse en una mujer completa. En su cabeza, sus pectorales adquirían la forma de voluminosos y hermosos senos, perfectos para las manos largas de Mateo. Sus caderas se ensanchaban, su cintura se encogía. Se convertía en una versión mejorada de su madre. El hombre encima se sentía como el padre que nunca había conocido.

Al terminar, los tórtolos sufrían al tener que separarse. Mateo decía adiós con un beso fuerte y apasionado. Haroldo abandonaba la cama y se despedía desde el poco espacio que las venas rojas dejaban en la ventana. Entonces el dolor de cabeza comenzaba, el de los huesos. El escozor en la piel. Se echaba en el sofá y dormía. Soñaba locuras. Soñaba que su madre quemaba su mansión, que la gente del pueblo le arrancaba los brazos y piernas mientras cantaban incoherencias.

Soñaba y se retorció. Todo, mientras los nubarrones rojos de la casa se cernían sobre él, como si lo protegieran, como si se aferraran a su presencia, a lo que representaba.

Fue en ese momento, con su vieja mochila lista, que Herminio entendió lo poco que lo ataba a su casa. La ropa vieja, las cientos de películas piratas. Un vacío que gritaba. Ese no era hogar.

Quizá su padre pudiera cambiar la sensación.

Era domingo. Un poco de más sol. La casita, a las once de la mañana, se calentaba e iluminaba con tenues rayos inmiscuidos. Herminio dividió su dinero ahorrado. Una parte en la mochila, otra dentro de sus calcetines y la última en la cartera. Se fajó la camisa y suspiró.

Esperaba que su madre durmiera. El mejor escenario era partir sin que nadie se diera cuenta. En lugar de eso, al asomarse, se topó con el reflejo de Hortencia en el espejo de su tocador. La mujer, en su bata amarillenta, se aplicaba una innecesaria capa extra de lápiz labial rosa mexicano. Sus párpados, mejillas y pestañas de colores pesados, altisonantes. Herminio pensó en un payaso desahuciado.

—¿Qué piensas? —la pregunta fue amable, sin gritos—. ¿Crees que encaje en Villa Alta?

—¿Villa Alta? —Herminio se sintió descubierto.

—Les tengo una sorpresa a tu hermano y a ti. —Dejó el tocador y se acercó a su hijo—. Este pueblo es malo, Herminio. Se mete en tu cabeza y te hace hacer cosas malas. —Acarició el rostro de su hijo—. Estaremos mejor. Ya verás. Sere-
mos una familia otra vez.

La atención duró poco. En sus ojos, Herminio pudo ver a su madre irse a su mundo de ensueño. Se alejó, como si flotara, de regreso al espejo, a los alarmantes colores que le devolvía su reflejo.

Prendado de la mínima muestra de cariño, Herminio quiso contarle su plan. Que la mujer fuera madre y le impidiese irse a los peligros de la ciudad. No se atrevió. Optó por conservar la caricia, lo más preciado que se llevaría.

En la sala, Haroldo ataba las agujetas de sus tenis. El tipo no era el mismo, algo le había ocurrido. Parecía más alto, más flaco. En cuestión de días, Haroldo acariciaba la adultez. También se mostraba más pálido. Era la clásica falta de color de Hundida, pero acentuada. Los aros rojos alrededor de sus ojos lo hacían parecer enfermo. El muchacho sonrió al ver a su hermano.

—¿A dónde vas? —preguntó atento a la mochila.

—A Villa Alta. Voy a buscar a papá.

Había una diferencia más. Haroldo parecía feliz. Se levantó, y sin más, abrazó a su hermano. Lo rodeó con sus brazos flacos y apretó tan fuerte como pudo.

—Espero que lo encuentres. Que sea todo lo que esperas. Sólo prométeme que tendrás cuidado. Si se porta culero, no lo tomes personal. No es tu culpa.

Herminio asintió. No sabía si soltarse a llorar o gritar el miedo que le daba encontrar lo que buscaba. Haroldo tomó su mochila, y con la misma urgencia con la que se iba desde hacía un mes, se apuró. Antes de salir, Herminio se vio preocupado por su hermano menor. Por abandonarlo a su suerte, a su alocada y secreta suerte. Igual que su padre a él.

—Tú también cuídate —le dijo sin saber si su hermano oiría.

Fue directo a la estación de camiones. Recorrió las calles llenas de tierra. El sol, aun con su levedad, le hizo sudar. Compró su boleto y subió al camión. Se aseguró de llevar el preciado sobre con la dirección. Cuando arrancaron, vio a los pálidos familiares de los demás despedirse con desgano. Sin pensarlo, alzó la mano y se despidió también.

Los cuerpos se conocían. Albergaban lo que al otro le faltaba. Dirigían gemidos y un sudor teñido de rojo. El apetito voraz de Haroldo retorció a Mateo. Le arrancaba la piel. Abría los ojos y veía el techo plagado de la enredadera roja. La nube a su alrededor. Entonces, la punzada en la cabeza, igual que siempre en esa casa. Tuvo que alejar a Haroldo del arte que hacía con su boca.

—¿Qué te pasa?

—El cerebro. —Se apretaba el cráneo con las manos—. Me arde. Es esta tierra. —Haroldo se acercó para besarle el cuello. Mateo lo alejó—. ¿A ti no te duele?

Claro que le dolía. En Haroldo no llegaba de vez en cuando, sino que era una molestia permanente. A veces quemaba, a veces escocía. Comezón debajo del cráneo. No le hacía caso. Por primera vez era feliz. Estaba enamorado. Una jaqueca era insignificante comparada con tener a Mateo y esa casa a su merced.

—No es nada. Relájate...

—Por algo está prohibido venir acá.

—Está prohibido porque todos son una bola de mediocres. Les da miedo vivir en una casa de verdad. A Hundida le da miedo ser feliz.

Permanecieron sentados en la cama. Sus pieles sudadas, el polvo encendido adherido a ellas. Mateo respiró profundo cuando las punzadas bajaron y abrazó a Haroldo. Sus cuerpos desnudos se hacían uno. Reyes de su castillo, rojos de pasión. De amor.

Horas después, se vistieron y anduvieron por los pasillos y demás habitaciones. Se correteaban, resbalaban y se atrapaban para hacerse cosquillas. Anduvieron por la cocina y la sala de estar. Ahí se toparon con la puerta del sótano, entreabierta, debajo de las escaleras. Cubierta por la enredadera,

se camuflajeaba con la pared. Parecía una entrada secreta a un mundo de rebosante oscuridad.

— Es lo único que nos falta explorar —jadeó Haroldo, curioso.

— Yo no entro ahí. Los sótanos son para locos con algo que esconder.

En la tarde, Haroldo obligó a Mateo a seguirlo al comedor. La enorme mesa rectangular de caoba estaba cubierta por la enredadera. Juntos hicieron espacio y Haroldo sacó de su mochila un par de botes viejos y despintados de yogurt, así como cubiertos. Los abrió y colocó con solemnidad frente a cada silla de los extremos.

Se sentaron y comieron el guiso viejo de Herminio como si de un sofisticado manjar se tratase. Haroldo comía pequeños bocados, sonriente y orgulloso. Mateo disfrutaba del placer de su novio. De jugar a la casita.

— ¿Cómo te fue en el trabajo? —preguntó Haroldo. Cosquilleo en la cabeza.

— ¿Esto te gustaría?

— ¿Una familia? ¿A quién no?

La luz del sol en retirada realzó el rojo de la casa, cada espina era visible. Los novios recogieron sus cosas. Con la melancolía de cada despedida, se abrazaron y besaron por última vez en el día.

— ¿Mañana a la misma hora? —preguntó Haroldo.

— Sabes que sí, *flacuchito*.

Salieron en ese momento de todo domingo donde la paz del descanso termina. La casa, decadente y hermosa, era todavía el único lugar donde Haroldo podía tomar la mano de Mateo, donde podía dejarse abrazar y besar. Afuera, el viento era hostil. El frío calaba y era seco. Al subir y bajar por las

torres de basura y troncos de árboles caídos, sus manos se rozaban.

Estaban por salir de la zona prohibida y abandonar su paraíso, cuando los crujidos de las hojas y los susurros les hicieron saber que no estaban solos.

Se vieron de reojo y aceleraron el paso. Mateo, más nervioso. Haroldo, aún lleno de la adrenalina de su romance.

—¿Nadie les dijo que está prohibido meterse aquí?

De entre los árboles más gruesos, tres tipos emergieron. Un par de años más grandes que Mateo y Haroldo. Cuerpos macizos y reacios. El líder era un tipo rapado de brazos musculosos, venas en el cuello y ojos grandes. Haroldo reconoció su asco, la confusión que conlleva la rabia. Los otros dos eran gemelos, casi tan flacos como Haroldo, cabello al ras, encorvados y cargados de incómodas sonrisas desafiantes.

Un cuarto hombre apareció delante de ellos. Mayor, panzón, cara de estúpido. Fermín evitaba la mirada de Haroldo. Veía a Mateo.

—¿Qué tanto hacen en esas casas, muchachos?

Mateo, intimidado, planeaba su explicación, cuando Haroldo se puso entre Fermín y él.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me preocupas, muchacho. —Seguía sin verlo—. Debes cuidar con quién te juntas...

—A mí no me recomienda ni madres. —El cosquilleo en la cabeza se transformaba en pinchazos de dolor, de ira. Sus manos temblaban.

—Tu mamá está preocupada. La gente habla...

—¿Usted cree que porque se coge a mi mamá tiene derecho a decirme qué hacer?

—Haroldo, vámonos.

Mateo lo tomó del brazo. Fermín quiso interponerse. Fue lo que Haroldo necesitó para lanzar el puñetazo deseado contra la boca de Fermín. El hombre tropezó y cayó de espaldas. Los otros tres lanzaron insultos mientras se acercaban. Hienas hambrientas.

—Ahora sí, putitos —dictaminó el líder. Infló el pecho y bufó mientras metía las manos en sus pantalones. Las armas que sacó captaron la luz del sol y deslumbraron a Haroldo — ¿Les gustan? ¿Las quieren? ¿Una para cada quién?

Los jóvenes amantes se vieron. Mateo no era más el hombre que Haroldo amaba. Era un niño asustado y confundido.

—¡Vámonos! —Haroldo lo jaló y echaron a correr, de vuelta a las tierras de su paraíso.

Antes de que el rapado saliera disparado tras ellos, Fermín alcanzó a ver sus armas. Gritó que las soltara, que parara, que ese no era el trato.

Gritó con todas sus fuerzas.

Nadie lo escuchó.

El sol, a media retirada. Los árboles y la basura de las minas se difuminaban con el alba. Parecía un dibujo lejano y tramposo. Haroldo y sus brincos largos, de liebre. Mateo y sus pobres trompicones. El miedo lo agotaba. El trío corría tras ellos. El rapado mantenía su atención en Haroldo.

—¡El flaco es mío! —gritó al saltar una torre de palas viejas.

El grito desconcentró a Mateo. El tobillo se le dobló y se desplomó en un montículo de chatarra. Al querer incorporarse, los gemelos le saltaron encima.

Haroldo escuchó el grito ahogado de su novio. No pudo voltear. No pudo parar. El disparo a pocos centímetros lo impidió. El tipo y sus armas no era lo que más le preocupaba.

Era la mirada de Mateo. Su arrepentimiento por estar con él, por arriesgarlo todo. Mientras corría, gritó enfurecido. El rapado, cada vez más cerca. La mansión de sus sueños frente a él.

El único lugar seguro.

Se metió y cerró la puerta. Empujó un sillón para bloquear la entrada. La madera podrida despidió una nube roja. El rapado chocó con la puerta.

—¡No te salvas de mí, joto hijo de tu puta madre!

Haroldo daba vueltas, se decidía por un escondite. A lo lejos, la puerta del sótano le llamó. La enredadera cubría la manija. La oscuridad rojiza le daba igual o más miedo que el tipo de afuera. No tenía muchas opciones.

Se internó con ojos pelados, miedo infantil. Aferrado a la poca luz de afuera, inexistente ahí dentro. Bajó las escaleras, blandas, como cartón mojado. Sin hallar un barandal para sujetarse, se sumergió en los escalones, el último más inestable que el anterior, hasta que uno no lo aguantó y se deshizo como papel. Las astillas blandas encontraron la manera de rasgar su tobillo. Haroldo gritó y se fue de boca.

Entre madera podrida, lianas y tierra, cayó a un abismo prohibido para sus ojos. Único escondite de la purulenta hostilidad de allá arriba.

Cuando el desplome por fin terminó, los ojos de Haroldo no captaron nada más que rojiza negrura, como si el mundo ahí abajo no existiese. Los pasos arriba se escuchaban distantes. Entonces, un débil rayo de luz se coló. El rapado, imponente y furioso, al pie de la escalera, intentaba discernir el movimiento de abajo.

—Ya te vi, puto miserable. Ya te vi...

Bajó con lentitud. Haroldo, guiado por la poca luz, vio sus manos. Estaba tirado sobre un montón de raíces, rojas como la sangre. No lograba ver más allá de sus pies. El eco de su aliento le decía que el sótano era grande; sus dimensiones, un

misterio. Se puso de pie y las raíces tronaron. El rapado tropezó con el mismo escalón roto, mas no cayó. Aceleró el paso hacia el final. Haroldo retrocedió. No podía callar su respiración.

El rapado no se detuvo. A oscuras, parecía olfatear a Haroldo.

—Te siento. Yo siento a los maricones como tú. Sus ganas de que les den por el culo, sidosos de mierda. Sé lo que hay que hacer con ustedes. Sé lo que...

Estiró los brazos. La punta de las armas, serpientes de un solo ojo, a escasos centímetros de la nariz de su presa.

Haroldo aguantó la respiración y dio un último paso atrás. Uno que no halló tierra firme, sino líquido, espeso y profundo. Sin equilibrio, se fue de espaldas, no sin antes, por instinto, agarrarse de la pistolas del rapado.

Los disparos, uno de cada arma, fueron a dar al líquido. Iluminaron, por cuestión de milisegundos, el sótano y su infinito abismo. Su laguna vasta y latente.

Cayeron a un estanque, a un mar de sucia espesura. Pesada, y por alguna razón, caliente. Se hundieron. Haroldo, aferrado al brazo del rapado, y el rapado, a la superficie, a la invisible salvación de afuera. No pudieron aguantar la respiración. El líquido entró en sus narices y oídos. Respirar se volvió imposible. El pánico lo cubrió todo.

Todo.

La espesura hundió a Haroldo, igual que la arena move-diza de las películas en blanco y negro que veía su hermano. Al intentar gritar, el líquido se le metió a la boca, a la garganta, a los ojos. Las únicas señales que su cerebro enviaba eran de supervivencia.

Tenía que salir de ahí.

El mundo, hiriente y malvado, lo rechazaba. No era parte de él. Lo único coherente era el líquido en su cuerpo que, sin poder ver, sabía que era del rojo más intenso que pudiera

imaginar. Tan rojo como su pasión por Mateo. Tan rojo como su odio a Villa Hundida, a Fermín, a su padre. Ahora también a su madre.

El odio fue más fácil de digerir que el pánico. Así dejó de pelear, así se dejó hundir.

El rapado, acostumbrado a las peleas, a la necesidad de salir de apuros, usó la fuerza en sus piernas para impulsarse hacia arriba. Parecieron horas, mas pudo emerger al aire sucio del sótano. Arrojó sus pistolas a la tierra firme. Utilizó un par de raíces para ayudarse a salir del mar subterráneo. No se permitió recuperarse hasta que sus piernas salieron. Boca-bajo, tosía con furia, luchaba por deshacerse de la inmundicia que había entrado a él, a su garganta hinchada. Le ardían los ojos, igual que los oídos. Vomitaba chorros que no podía ver.

Pasó un rato para que lograra respirar con algo de normalidad.

—Puto de mierda. —Tosió, enojado y asustado—. Malnacido...

No oyó al puto de mierda emerger con dramática gracia de las espesas aguas. No escuchó sus pasos húmedos. Tampoco se percató de que arrancaba una raíz del piso.

—Me voy a bañar de tu sangre, maricón. —Se ponía de pie y se sacudía—. Te lo juro.

—Júrame más.

No alcanzó a voltear. La rama rodeó su cuello, apretó y cortó. Sintió las espinas, filosas y venenosas. La garganta que apenas se recuperaba, se tensó e inició su desangre.

Haroldo apretó. Apretó y soportó los manotazos. Sintió la fuerza ajena apaciguarse, el cuerpo aceptar su derrota. Antes de permitírsele, lo arrojó de nuevo a la densa laguna. Un último rugido y el tipo se volvió a hundir.

Haroldo se quedó quieto, raíz en mano. Respiraba agitado, recién nacido. El líquido en sus ojos le permitía ver lo

que había ahí abajo. La inmensidad del sótano. La vida y grandeza de El Rojo.

Dejó sus lágrimas salir. Lágrimas de vergüenza, lágrimas inservibles en medio de ese odio, inmenso y omnipotente. Odio que reclamaba su cuerpo, su ser completo.

Mateo también lloraba. Chillidos de niño indefenso, rendido ante los golpes de los gemelos, que corrían entre risas y gritos de adrenalina. Estaba bañado en sus orines, helados con el viento de la tarde.

Mateo no pensaba en Haroldo, sino en sí mismo, en los rumores que no sabía que corrían en el pueblo. En su padre y en cómo lo decepcionaría si se enterase.

Se puso de pie con todo y dolor. Las costillas y los brazos le quemaban. Iba a iniciar el camino a su casa, cuando a lo lejos vio una figura acercarse. Primero, pensó en el rapado. Después logró enfocararlo. Haroldo no era más que una silueta roja de ojos negros. Lo esperó, y cuando lo tuvo enfrente, quiso huir. Haroldo parecía un muerto en vida. Sus lágrimas formaban líneas blancas en su rostro. Lo demás era rojo.

—¿Qué te pasó?

—Nadie se mete con nosotros. Nadie. —Su voz temblaba, igual que su cuerpo. Sostenía la rama roja y espinada, la sangre se perdía en la tierra—. ¿Dónde están?

—Se fueron.

—¿Para dónde?

—Déjalos, Haroldo. Vete a tu casa. Estamos pendejos por creer que esto no pasaría.

Mateo se dio la vuelta, cojo y abrazado a sus costillas.

—No quiero ir a mi casa. Quiero ir contigo.

—No mames. Eso no se puede. No aquí. Quizá en ningún lado. Déjame en paz. No quiero que me... no quiero que nos maten.

No tardó en unirse con la noche. Entre los sonidos de los grillos, del viento y la soledad.

Haroldo escuchaba el cosquilleo en su cabeza. Lloraba por dentro. Aprendía a odiar más, a encontrar culpables.

Sintió las armas del rapado, serpientes frías, escondidas en sus pantalones. Era hora de que él también regresara a casa.

Fermín no entendía la violencia. Fermín también había aprendido a adaptarse, la única forma de sobrevivir en Hundida. Se consideraba afortunado, su perseverancia lo había conducido por un camino de prosperidad y respeto. Los días en que era golpeado por su torpeza y fealdad eran cosa del pasado. Ahora lo veneraban por ser una fuente de trabajo. No se consideraba mala persona. Hacía lo que podía para que no fuese evidente lo mucho que disfrutaba de su pizca de poder.

Sabía que haría cualquier cosa por Hortencia. Ponía su posición en juego por ella. Villa Alta era un mundo distinto al de su tierra. En la ciudad no sería más que un pueblerino con suerte. Podía significar regresar a los días de pedradas y apodos.

Nada de eso importaba ahora. La había cagado. Su trío de chalanes, hijos de la chingada los tres, no podían haberse limitado a zapes. No sabía del estado de Haroldo, tampoco quería averiguarlo. El escuinle se lo había buscado por joto.

Ahora, por su culpa, podía perder a Hortencia para siempre.

No permitiría que su chiquita se enterase. Le ganaría a Haroldo en llegar a su casa, la recogería y la llevaría a su adorada ciudad.

Guardaba su ropa en una petaca mientras se hablaba a sí mismo:

—Dile que te dio su bendición. No, dile que huyó con el noviecito...

Trepó a la camioneta y anduvo a toda velocidad por las angostas calles de piedra y terracería. No había rastro de los putitos ni de los rufianes. Una tarde de domingo como cualquier otra.

Al llegar a casa de Hortencia, se alegró de ver las luces apagadas. Su preciosa estaría dormida. Tocó a la puerta, nada sucedió. Abrió y entró al olor de frijoles y cochambre en la oscuridad. Desde el pasillo, una tenue línea de luz se escurría del baño, así como el sonido de la regadera.

Fermín suspiró, aliviado. Se asomó por la ventana, en busca de Haroldo.

—¿Chiquita? Te tengo una sorpresa.

La regadera dejó de sonar. El baño se abrió y apareció una silueta larga y flaca.

—Chiquita, qué bueno que te encuentro. —No tuvo que acercarse demasiado para reconocer las sutiles diferencias entre el cuerpo de madre e hijo—. ¡Haroldo! Pensé... perdóname, muchacho. Sólo quería ayudarlos. Tu mamá... ella estaba preocupada.

Los restos de una estatua mal hecha, eso parecía Haroldo. Sus manos temblaban. Su respiración era pesada.

—¿Ella te lo ordenó?

Fermín escuchaba el mismo tono de Hortencia. Autoritario y enfermizo.

—¿Qué te hicieron esos cabrones? —Se acercó, cauteloso—. Están mal de la cabeza. Tú no te preocupes. Dime qué te hicieron y yo me encargo de que nos la paguen.

De cerca, apreció la desnudez de Haroldo. Su piel, teñida de rojo, brillaba con el agua. Parecía que quisieran brotarle un par de discretas caderas. Tenía cintura, un tronco largo y esbelto. Sus piernas flacas, iguales a las de su madre. Cuando por fin se dignó a verlo a los ojos, encontró algo faltante. Algo que Hortencia aún no había perdido.

—Ella... ¿te lo ordenó?

—Olvídate de todo. Les tengo una sorpresota. Nos vamos a Villa Alta. Los cuatro. Te va a encantar, muchacho. Allá todo es mejor...

—¿Dejarías todo? ¿Por ella?

Haroldo puso una mano en el pecho de Fermín.

—La quiero hacer feliz.

—Feliz —repitió—. ¿Qué hay de nosotros? ¿De mi felicidad? ¿De la tuya?

Se vieron a los ojos. Haroldo tomó la mano del hombre y con lentitud lo jaló hacia él. Fermín se zafó indignado y bufó como animal, más confundido que enojado. Haroldo le sonrió con esa mirada que prometía pecado.

—Acompáñame, papi —su voz era rasposa—. Acompáñame para que no le cuente a mami que por tu culpa casi me matan.

Se dio la vuelta, y con lentitud que lo hacía flotar, se metió a la recámara de su madre. Fermín vio sus nalgas flacas y rojas contonearse hacia la penumbra de la habitación.

Confundido y acalorado, las siguió.

En Hundida se decían muchas cosas de Hortencia. Jamás nadie habría afirmado que era una soñadora, lo único que en verdad era. Soñadora eterna, esclavizada a una realidad que no se atrevía a aceptar. Una que sabía no merecer.

Desde niña aborreció el hecho de nacer y vivir en Hundida. Sus padres, alguna vez comerciantes exitosos, presumían sus conexiones con Villa Alta. Las pocas veces que llevaron a Hortencia a la gran ciudad, los tres se desvivieron con los cielos despejados, el eterno sol, la gente con color en la piel. Sin tierra roja ni pestes azufrosas.

Los tres eran odiados en el pueblo. No ayudaba que su apellido tuviera sus orígenes en gente astuta y malintencionada. Todos sabían que los abuelos paternos de Hortencia Mendieta habían sido asesinos a sueldo.

Hortencia no los conoció. El abuelo y la abuela Mendieta murieron abatidos durante un trabajo mal llevado. Balazos

por todo el cuerpo. La pareja murió bajo una laguna de sangre de su propia creación.

Si a esas historias se les añadía la pretenciosa actitud de la flacucha Hortencia, resultaba fácil comprender a cualquiera que asegurara no soportarla.

Todos excepto Armando Montaño.

Un par de décadas atrás, Armando era el nuevo del pueblo. El único con pigmento en la piel. Sin familias entrecruzadas. Sin necesidad de ocultar las manchas en su apellido. Llegó a trabajar para los padres de Hortencia, directo de Villa Alta. Parte de otro sueño delirante de los Mendieta por hacerse de un buen negocio para poder llevarlo a la ciudad del sol eterno.

Hortencia quedó enganchada con el tímido emprendedor. No le interesaron sus maneras respetuosas, tampoco el cariño y la esperanza que sus padres le depositaban. Armando era su boleto de salida de Villa Hundida.

Más de veinte años después, echada en el toldo oxidado de una vieja camioneta de carga, la mirada hacia el cielo sin estrellas, Hortencia volvía a sentir esa misma esperanza. No dejaba que el obrero ebrio, encima de ella, la distrajera. No se preocupaba de que pudiera lastimarla. No sentía nada abajo, nunca lo había hecho. Tenía una mano dentro de su bolso. Sujetaba el picahielo, por si el cabrón se pasaba de pendejo. Podía enfocarse en la falsa ilusión de pertenecer.

Lo único que rescataba de su trabajo era el frágil momento en que el cliente la penetraba. La llenaba por un par de minutos, la hacía percibirse menos vacía. Merecedora de bondades perdidas, imaginaba una vida en Villa Alta, en una de las colinas más hermosas, con esas casas flamantes, espacios ridículos, cúpulas vigilantes en los techos. Cielos propios.

Por fin ocurriría. Fermín era el indicado.

El obrero rugió y su cuerpo sucio y febril se tensó. Hortencia apenas sintió su culminación. Como siempre, el orgasmo del cliente la trajo de vuelta al terreno de hierbas secas manchadas de rojo. A la camioneta fría. A la realidad que no se dignaba a ver a los ojos.

—Es cierto lo que dicen —dijo el tipo al bajarse de la mujer y subirse los pantalones—. Eres más frígida que la tierra de este maldito lugar.

—No me interesa —respondió Hortencia sin abandonar el cielo negro, petróleo estancado. Se subía la tanga deslavada—. Págame y a la chingada.

El obrero le arrojó el billete al piso. Sin decir nada, subió a su camioneta y arrancó. Hortencia tuvo que hacerse a un lado para no ser atropellada. Al partir, una nube roja se elevó sobre la prostituta. Sintió su piel sudada tapizarse de aspreza.

—Cabrón, hijo de puta.

Se sacudió el cabello y la cara. Sacó su celular apenas funcional. Era tarde. Suspiró y comenzó su camino de regreso a casa. Cuarenta minutos de caminata en sus tacones negros. Las ampollas de los pies sangrarían esa noche. Caminar en la mañana sería una tortura, preferible a rogar por aventón.

Aprovechaba esas caminatas para cantar canciones de antaño. Las que su padre dedicaba a su madre cuando se emocionaban por estar a punto, según ellos, de conseguir lo necesario para iniciar una vida en la gran ciudad. Como cuando Armando les presentó el plan de negocios. Artículos de limpieza sin los impuestos excesivos que los mayoristas les aplicaban por ser del pueblo minero de retrasados deformes.

—¿Nos vas a hacer ricos? —le preguntó un día a Armando. Chupaba una paleta de hielo de limón—. ¿Harás que nos mudemos a la ciudad?

Armando le sonrió. Le dijo que tendrían que trabajar duro.

Hortencia veía que al paso de los meses, la piel de Armando perdía poco a poco su color. Sus manos adquirían la textura callosa de los demás. Era la tierra, el mineral desconocido, en el aire, en el alma del pueblo.

El primer día que Hortencia se atrevió a besarlo, fue el día que abrieron la tienda. Una inauguración espléndida para los estándares del pueblo. Armando invirtió en edecanes y equipo de sonido. Incluso contrató a una jovencita con energía y gracia para atender. Lo que fuera necesario para que la gente no relacionara los maravillosos precios con el apellido Mendieta.

El primer beso fue delicado, como bien lo planeó Hortencia. Armando le correspondió. Una cosa llevó a la otra. Mientras sus padres festejaban, Hortencia hacía lo mismo en la azotea del negocio. Veía el cielo, al mismo tiempo que le entregaba su virginidad a Armando. No sintió dolor. Nada más que dicha al vislumbrar su futuro en Villa Alta.

Miradas y cuchicheos. Pocas cosas cambiaban en Hundida. Algunos árboles lograban crecer. Casas se caían, casas se construían. Negocios se creaban, la mayoría fracasaban. Padres festejaban, padres morían sin gloria alguna. La gente era la misma, siempre inconforme, sin fuerzas para hacer algo al respecto. La desidia, el pesimismo en cada piel pálida. Hortencia se bañaba de las miradas juiciosas. Sabía que nadie era capaz de pararse frente a ella y gritarle lo que pensaba. Era odiada, sí, pero también temida.

Sin embargo, los murmullos más recientes no se trataban de ella, sino de uno de los suyos. En un pueblo tan pequeño, los secretos eran lujos. Duraban poco, se esparcían con rapidez.

Desde que se lo dijo Fermín, Hortencia notaba la femenina manera de Haroldo. Su delicada forma de caminar, de dirigirse a ella. El muchacho le recordaba a ella misma a su edad. La personalidad fuerte y seductora. Los ojos, profundos e intensos.

No sabía que había dejado la escuela, que se escabullía a las minas del sur.

Cansada y harta, llegó a su casa. Se bajó de los zapatos, el frío del piso se sintió bien. Su apetito era feroz, estaba lista para engullir y criticar la comida de Herminio. Se sorprendió de encontrar las luces apagadas y los frijoles del día pasado, así como el leve gimoteo proveniente de su habitación.

De inmediato pensó en Herminio. Pensó en que por fin se había entregado al placer de la carne. No pudo imaginar que alguna chiquilla aceptara acostarse con él. Esperaba ver el forcejeo, la violencia. Estuvo a punto de sonreír ante la humillación que estaba por provocar.

Al inmiscuirse por la puerta entreabierta y encender la luz, se encontró con algo distinto.

Lo primero que vio fue el rostro de Fermín. El buen Fermín, tan dispuesto a ayudarla. Su expresión era nueva. Los ojos entrecerrados, la boca abierta. El placer emanaba del hombre sentado en su cama. Abajo, de rodillas, se vio a sí misma. Se reconoció por el vestido, azul con flores rosas. Uno que usaba en ocasiones especiales. Uno que Haroldo amaba.

«Eres un ángel cuando lo usas, mami», le decía.

Fermín tardó en enfocar a Hortencia. Al lograrlo, se des hizo de Haroldo con una patada. El muchacho cayó de espaldas. Espesa saliva escurría de su boca, la misma que resbalaba de la verga de Fermín.

—¿Qué es...? —Hortencia sentía que el aire se le escapaba—. ¿Qué es esto?

—Mami. —Haroldo se ponía de pie con trabajo. Llevaba puestos los tacones rosas, el vestido le quedaba como guante.

Sonreía, incapaz de avergonzarse. El rojo en su piel brillaba, sus ojos saltones la veían—. Tu novio me hablaba de tus planes para irnos a Villa Alta. No quería ser malagradecida.

—¡Chiquita! No entiendes. Pensé que eras tú. La forma de hablar... No sabía...

Ambos esperaban la destrucción de la mujer. Uno intrigado, el otro aterrorizado.

Hortencia no se inmutó. Las lágrimas se le acumularon.

—Déjenme sola.

Fue lo único que logró decir. Más allá del enojo o la tristeza. La segunda vez que su esperanza se deshacía en brumosa realidad. Más dolorosa de lo normal. Traicionera.

Lo primero en que debía pensar era en su sueño perdido. No fue así. Pensó en Herminio. La idea de que él, aparte de Armando, era el único que creía capaz de traicionarla. Sintió el odio que le dedicó. Los gritos y la humillación. Todo se le regresaba en ese instante. Pensar en Fermín no dolía. No sentía nada por el tipo.

Era Haroldo. El rostro que no se atrevía a ver. La imagen que no podía conjurar y enfrentar. Su pequeño. El único que la entendía, que la amaba sin importar nada. No supo digerir la traición. Prefirió ver lo que ella había hecho. Había trastornado a su hijo a tal grado que el pobre tenía que disfrazarse de ella para sentirse pleno. Había creado a un maricón. A un enfermo.

Por primera vez, su llanto fue silencioso. No hubo necesidad de gritos. Nadie debía oírla, no esta vez. Veía a Armando, a la otra mujer, la carga de dos hijos. La miseria. La tierra de Hundida. El sol que nunca la acogería.

Se sentó en su tocador. No notó que Fermín se había ido, que Haroldo seguía ahí. Dejó que las lágrimas corrieran. Con un pañuelo removió el sudor con tierra de su frente y mejillas. Sus ojos verdes la vieron de vuelta.

Haroldo tomó un cepillo grande y dorado y lo pasó por el cabello de su madre. La cepillaba con fuerza. Ella lo permitía. Cada jalón la hacía llorar más.

—¿Por qué? —preguntó a su hijo.

—Shhh... —La calló Haroldo. El vestido de su madre se adhería a su piel—. Tú me quitas lo mío, yo te quito lo tuyo.

Entendimiento tácito. Herminio no tenía por qué aspirar a abandonar su pueblo. Sin jamás haber salido de Villa Hundida, lo que sabía del mundo se lo debía a la torre de películas pirata en su habitación, esas que lo hacían escapar de su pobre realidad. Solía divagar mientras las veía. Fantaseaba con que era un director de Hollywood, creando películas de todo género; acción, terror, comedia.

Esta vez no pensaba en cómo dirigir a sus actores. El camino lo mareaba. Varias veces se aguantó las ganas de vomitar. Después de las curvas peligrosas, cuando pasaban por el manicomio de los límites del pueblo, se percató que los cielos grises se aclaraban y adquirían pinceladas azules. El frío seco se transformaba en agradable calidez.

Un viejo letrero oxidado indicaba que salían de Hundida y entraban a la ciudad. A lo lejos, los edificios se asomaban, la promesa de la modernidad, limpia y absoluta.

No se despegó de la ventanilla. Admiraba los autos y tiendas de lujo. La gente, color en sus mejillas, sonrisas en sus rostros. Parecían felices. No enfurecidos, tampoco resignados.

Por primera vez entendió a su madre.

Minutos después, arribaron a la estación. Herminio se tuvo que quitar la chamarra. El sol en lo alto, grande y amarillo, lo hacía sudar. Caminó un rato por las calles de Villa Alta. Se daba cuenta de cómo lo veía la gente. Algunos intrigados, otros asqueados. No los culpaba. Comparado con ellos, él parecía un enfermo contagioso.

Al no encontrar la calle del sobre, decidió tomar un taxi. En cuanto lo veían, los conductores aceleraban, hasta que uno se orilló de mala gana y le permitió subir. Sin hablarle,

recibió las instrucciones e inició el trayecto. Condujo por avenidas grandes y deslumbrantes, después por unas más pequeñas.

Dejaban atrás la zona industrial y comercial. Cada vez más niños, autos y más autos. Árboles, grandes y frondosos, y lo que más sorprendió a Herminio, tan verdes como nada que hubiese visto en su vida.

En Villa Hundida, los colores no eran colores. No comparados con esos. Ahí todo tenía vida. Una vida digna de vivir.

Las calles los dirigieron a una colonia de casas grandes y hermosas. Una zona de esas que sólo existían en las películas. El pasto verde afuera de cada una de ellas. Fachadas blancas y beige. Casas de dos pisos, algunas de tres o más.

Familias caminaban por la banqueta. Se oían risas, uno que otro grito juguetón. Un domingo real, no lo que Herminio vivía encerrado en su habitación, cuidadoso de no hacer ruido para no despertar a su madre y recibir un mar de insultos.

Sin previo aviso, el taxista frenó de golpe. Señaló la casa a su derecha. Herminio vio el número 42 junto a una puerta grande de herrería.

Pagó y bajó. La casa era muy blanca, llena de ventanas. Relajada y con estilo. Dos vehículos, un auto tornasol y una camioneta roja, aptos para familias. Pudo oír la música de una película, después, las risas. Se acercó, y sin tocar la puerta, víctima de los nervios, se asomó por un gran ventanal. Ahí vio a los cuatro, en la sala, desparramados en los sillones, toda la comodidad y confianza del mundo.

Su padre abrazaba a su esposa en el sillón más largo. Le sorprendió verlo tan viejo. Aun así, lo reconoció detrás de las arrugas y las mejillas bronceadas. El mismo hombre que lo había abandonado un domingo como ese. En los sillones de los lados, estaban los hijos. No podía ver a la hija porque le daba la espalda. Sólo vislumbraba su cabellera negra, larga y

sana. Al varón, en cambio, lo tenía de frente. No más de diez años. Si el niño dejaba de ver la televisión, sus miradas se encontrarían. A Herminio le pareció que ese era el hijo que el señor merecía. Un niño normal, sin la torpeza e ignorancia de Herminio. Sin su cuerpo tosco, sin forma.

Se alejó de la ventana, de la familia perfecta. Bajó la mirada y vio sus zapatos sucios, cubiertos de polvo rojo, sobre el pasto verde. La imagen no cuadraba, la ensuciaba. Presa de la vergüenza, saltó del pasto y emprendió marcha en busca de otro taxi.

— ¿Te puedo ayudar?

La madre de familia estaba en la puerta. La mujer, tan distinta a su hermana loca, lo veía curiosa. Herminio no tuvo que decirle quién era ni a qué venía. La mujer empalideció, como si nunca hubiese dejado su pueblo. Por un momento, volteó hacia dentro, para después salir y emparejar la puerta.

— Vienes de Hundida.

— Yo...

— Eres su hijo. El mayor, ¿verdad?

Herminio asintió. La mirada de la mujer pesaba. Era más alta que él, delgada, no precisamente bonita. Ahí permanecían los rasgos del pueblo. Los pómulos resaltados, la boca delgada. Se difuminaban con el maquillaje y el tinte rubio en su cabello.

— ¿A qué vienes? ¿Ella te mandó?

— Vine por mi cuenta. Quería... verlo.

La mujer suspiró. A Herminio le pareció que se bañaba de la repentina fragilidad de su casa, de esa felicidad construida con abandono.

— No quería molestar. Sólo...

— No te culpo por buscarlo, pero no es buena idea. Armando sufrió mucho en Hundida. No se siente orgulloso de haberte dejado a ti y a tu hermano. No tenía opción. Si te ve ahora, no sé qué pasaría. Sus hijos... mis hijos...

Respiraba agitada. No dejaba de moverse, como si quisiera tomar al visitante y lanzarlo de vuelta a su casita gris. Herminio se sentía más pequeño de lo normal.

—Perdón por molestarla. No volveré. Lo prometo.

Sin esperar respuesta, reanudó su camino. Aguantaba las lágrimas.

—¡Espera! —le gritó la mujer—. Déjame llevarte a la terminal.

Herminio no supo por qué aceptó. Permanecía la sensación de ser una plaga que no termina de morir. Aun así, volvió y esperó a que la mujer regresara a su casa, ofreciera a su familia el pretexto del helado y saliera de nuevo, llaves en mano. Lo invitó a subir a la camioneta roja. Herminio obedeció, abrazado a su mochila. Esperaba que su padre se asomara. La mujer, lo contrario.

Salieron de la propiedad en segundos. Se alejaron tan rápido que Herminio dudó que el momento hubiese sido real.

Herminio no notaba la imponente puesta de sol. Lo único que quería era salir de ahí.

—Espero que me entiendas. Debo proteger a mi familia. Herminio no dijo nada.

—Tu hermano y tú, ¿están bien? ¿Necesitan dinero?

La pregunta tronó huesos. Raspó heridas.

—No vine a pedir limosna.

—Yo sé. Sólo que...

—¿Mi ropa? ¿Cómo me veo, señora? ¿Parezco hijo abandonado?

—No dije eso. Pregunto por tu mamá. Esa mujer...

—¿Sabe qué? Retiro lo dicho. Sí quiero molestar. Regrésese. Quiero hablar con mi papá.

En lugar de acceder, Anel aceleró. Alcanzó el verde de un semáforo que los sacaba a las avenidas grandes. El tránsito había bajado, la avenida para ellos solos.

Herminio sentía la furia hervir en su cabeza. La mujer, ojos humedecidos, lo ignoraba como si fuera una mascota que nadie pudiese atender.

—Acelere lo que quiera. Voy a regresar las veces que sea necesario. Necesito verlo.

—¡Él no quiere verte! ¡Odia esa parte de su vida! ¡Los odia a ti, a tu hermano y a la loca de tu madre!

Anel iba a toda velocidad. Lloraba y parpadeaba con fuerza para que las lágrimas corrieran y le permitieran ver el camino.

—Vete a tu pueblo y déjanos en paz. Mis hijos no se merecen esto.

—¿Y yo sí?

La mujer volteó a verlo. Herminio no parecía capaz de romper un plato. No importaban sus ropas sucias, tampoco su palidez. Era irónico que ese tipo inofensivo fuera su mayor amenaza.

—No me vas a quitar a mi familia.

Herminio fue lo último que la mujer vio. La carrocería, de su lado, cada vez más grande, cada vez más escandalosa, acabó con su angustia. Se había pasado un alto. Antes de lograr frenar, el camión, del tamaño de los pecados de la mujer, los embistió por decenas de metros. Dieron vueltas en trompo y sus cuerpos enemigos chocaron uno con el otro. La sangre de Anel salpicó a Herminio.

El coche se detuvo a media avenida. El ruido silbante del motor, destruido. Uno que otro vehículo a lo lejos. En Villa Alta esas cosas no ocurrían, pensó Herminio. Sin perder tiempo, mareado y adolorido, abrió su puerta y se lanzó al piso sin soltar la mochila. La pierna derecha le gritaba su dolor.

Se levantó con lentitud. Oyó al chofer del camión salir y toser. Antes de escapar, le echó un vistazo a la mujer de su padre. No pudo reconocerla. La cara bañada en sangre. La mitad de su cuerpo prensado bajo la puerta y el volante.

No respiraba. No lo veía con esa mezcla de remordimiento y coraje. No más.

Sin que lo viera el chofer del camión, Herminio corrió con todo y cojera hacia la noche de Villa Alta. Un nuevo secreto y su mochila en brazos.

De vuelta en la decadencia de Villa Hundida, Hortencia pensaba en Anel. La maldita secretaria roba maridos. Como siempre ocurría cuando se topaba con la terrible realidad de su vida, pensaba en ella. La culpaba por centésima vez de su desgracia. Esta vez, por perder a su hijo menor, así como su boleto a Villa Alta.

De igual manera, la culpaba por lo que iba a pasar en cuanto se decidiera a dejar la habitación. Hortencia parecía más fuerte de lo que en realidad era. Siempre al borde del precipicio. Siempre asomada al vacío, aun con los ojos cerrados. Su mente iba y venía entre el futuro y el pasado. Entre la vida y la muerte.

Nunca tan herida, nunca tan cansada. El amor se ensucia, se pudre, se transforma en odio. La mujer suspiró y abandonó su tocador. Sin dejar de vislumbrar su propósito, de su bolso sacó el picahielo con el que se defendía de los clientes violentos. Sostuvo el mango con fuerza y salió de su habitación.

La casa a oscuras. El olor de los frijoles se hacía dulzón. Entró a la habitación de Herminio. No era casualidad, era el que menos le interesaba. Al que menos le costaría quitarse de encima.

No había nadie. La cama tendida. Sus torres de películas en una esquina. La pequeña televisión apagada. Salió y se metió a la de Haroldo. Ropa tirada, revistas deshojadas y maltratadas. La cama hecha un desastre.

— ¿Mi amor?

Salió al pasillo, de ahí a la sala. La oscuridad no le permitía ver más allá de sus narices.

— ¿Haroldo? ¿Herminio? Vengan, por favor. Necesito verlos. Les tengo una sorpresa...

La luz se encendió. Hortencia estaba en la sala. A través del televisor vio el reflejo de la mujer detrás suyo. Alzaba algo largo, lo dirigía a ella.

Volteó cuando la empuñadura de la pistola se estrelló en el costado de su cara. Sintió su oído estallar. El dolor fue similar al que vivió la amante de su exmarido, en ese mismo instante, en la ciudad en la que siempre había querido estar.

Antes de caer, escupió un chorro de sangre que salpicó el televisor. El mundo le daba vueltas. Se decía que por fin ocurría: La zorra que le había arrebatado a su marido regresaba para acabar con ella. Quería alzar el picahielo y enterrárselo en la pierna. El brazo no respondió. No vio más que sus tacones rosas en los pies rojizos de la mujer.

No pudo mover nada de su lado izquierdo. Con su brazo y pierna derecha, se arrastró a la entrada de la casa. No estaba asustada, estaba enfurecida. No permitiría que Anel ganara. Saldría y alguien la vería. Atraparían a la zorra y se encargarían de que sufriera. Entonces escuchó el gruñido de la mujer, seguido por el golpe en sus piernas. El dolor le hizo soltar un alarido gutural.

Hortencia se retorció. Su cuerpo no hizo más que convulsionarse. Así se dio cuenta de que su atacante no era su enemiga. Era su pequeño, su hermoso Haroldo. Sangre salpicada en su rostro encendido. Ojos ardientes y saltones.

— Haroldo... — balbuceó.

—Perdiste tu oportunidad, mami.

—No. —Había confusión en su voz, casi tan grande como su tristeza...

—Me toca a mí —dijo con un deje de melancolía, antes de lanzar un último golpe a su madre.

Serían los cielos grises, la tierra roja, la gente y sus esperanzas hechas pedazos, apelmazadas en paredes y suelos. En Villa Hundida rara vez ocurría algo bueno. Se hacían festivales, tradiciones que no terminaban de enterrar. Los funerales todavía eran importantes. Un recordatorio masoquista de lo endebles que eran.

Herminio vio una de esas procesiones desde el autobús. Paseaban al muerto por las orillas opuestas a las minas. La niebla poco dejaba ver del ataúd, su madera clara y barata. Conforme el camión descendió, se percató de que era una caja pequeña. La caja de un niño. Un poco más triste, no tanto como en otras ciudades. En Villa Hundida ser niño no daba ilusión.

Herminio sintió que ese niño muerto, ahí dentro, no era tan distinto a él, de regreso a sus aires fríos y pesados.

Bajó del camión y caminó por casi una hora, la noche sobre él. La pierna adolorida. La cojera, única manera de llegar a su destino. Pese a haberse lavado las manos en el baño de la central, aún las tenía pintadas de sangre ajena.

Llegó al cabo de un rato. La casa a pocos metros, tan fea y descuidada como siempre. Sus ojos se humedecieron de alegría, regresaba al único lugar seguro en el mundo. Los gritos de su madre serían caricias; la voz chillona de su hermano, abrazos. No los cambiaría por nada. Había sido un estúpido por pensar en la posibilidad de algo mejor. Algo que no le correspondía.

La sangre y la mujer aplastada por su propio auto le rondaban la cabeza. Una vez en su verdadero hogar, se permitiría olvidar. Olvidar y fingir que nada cambiaba, que había forma de regresar a la normalidad.

Al meter la llave en la puerta, notó su incontrolable manera de temblar. Se tuvo que ayudar de ambas manos para lograrlo. Adentro, la peste de los frijoles abandonados le pareció gloriosa. Ahí, nadie aparentaba. La suciedad era suciedad, no se ocultaba.

Anel en su cabeza. Los ojos abiertos, vacíos. La cabellera rubia, empapada de rojo.

Ni una luz encendida. Ni un solo ruido. Alguien sentado en la sala, quieto y callado. Invisible.

—No creí que regresarías tan rápido.

Herminio encendió la luz de la sala. Haroldo había perdido su palidez. Su piel era roja. Parecía bronceada, tal vez quemada. Metido en la bata de su madre, vieja y manchada, veía a la nada. Una sonrisa delicada y llena de paz adornaba su nueva imagen. Las rodillas juntas, las manos encima.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Los encontré. A él y a su familia.

—¿Son felices?

—Lo eran.

Haroldo alzó la vista. Las ropas hechas jirones de su hermano, los golpes en el rostro. Sangre en sus manos. Se puso de pie.

—¿Eran? ¿Los dejó también a ellos? ¿Va a regresar?

—Yo... no me vio... la vi a ella...

—¿Qué te hizo? —El tono de Haroldo se tornó sombrío.

—Quería que los dejara en paz. No era justo. Yo sólo quería hablar con él. No quería que regresara. Yo sólo quería...

Las lágrimas escaparon. Recogieron el polvo de su cara y cayeron al piso.

—¿Qué le hiciste?

Herminio soltó el llanto. Explicó, entre balbuceos y espasmos, la escena con la que se topó. La reacción de la mujer, el auto, la riña. El camión, el cuerpo. Aquella forma grotesca, tan poco perfecta.

—No quería... —berreaba y se estremecía—. Ella...

Bajó la cabeza y vio sus lágrimas en el piso. Se combinaban con algo más. Parecía una acuarela lista para usarse. Alzó un pie y la pegajosa sensación de estar sobre un montón de jarabe cortó su llanto.

—¿Qué es esto?

Bien sabía lo que era. Lo había visto hacía pocas horas. Por un momento, pensó que aquella sustancia lo había seguido desde Villa Alta. Tuvo miedo de voltear, de encontrarse con Anel, rota de sus huesos, de su felicidad.

—Es mamá.

La tranquilidad de Haroldo era imperturbable.

—¿Qué le pasó? ¿Dónde está?

Haroldo abrazó a su hermano con fuerza. Le dio un beso en la mejilla y le limpió las lágrimas. No le importó pisar la sangre enlagrimada con los pies descalzos.

—¿Está muerta? —preguntó Haroldo.

—¿Mamá? ¿Muerta?

—No, tontito. La otra. La puta de papá.

Herminio asintió.

—Viudo. Familia rota. No tarda en acordarse de nosotros...

—Mi mamá, Haroldo...

—¡Hay que invitarlo! —Los ojos saltones de Haroldo se iluminaban—. Que venga y nos conozca. Que se acuerde. ¿Quién quita y hasta se queda? ¡Imagínate, Herminio! Imagínanos como familia, como antes. Lo que siempre has querido...

—¡Haroldo! ¿Dónde...?

—En su recámara.

Herminio se dirigió a la habitación. Sus zapatos dejaban huellas de sangre.

—Por ella no te preocupes. No molestará a papá. No gritará.

Herminio entró. Antes de encender la luz, el olor a podredumbre lo puso alerta.

—No nos lastimará.

El grito. Los gruñidos de Hortencia.

—Será una madre buena. La que nos merecemos, hermano...

Herminio, cojo y jadeante, no tardó en salir del cuarto con su madre en brazos. Un revoltijo de carnes, consciente de nuevo. El rostro, irreconocible. Las piernas, flacas y rotas, colgaban como espaguetis mal cocidos.

Haroldo no se quitó de la entrada. Del bolsillo derecho de la bata de su madre sacó una de las pistolas. Seguía manchada de la laguna roja.

—¿Qué chingados, Haroldo? ¡Suelta eso y déjame pasar! ¡Hay que llevarla a un hospital!

—¿Para qué? —No apuntaba a nadie, zarandeaba el arma como si fuese de juguete—. ¿Para que la curen y nos pase a chingar la vida? ¿Para que te vuelva a gritar lo inútil que eres? —Hizo puchero, las lágrimas nunca salieron—. No, hermanito. Ya no.

—¡Se va a morir!

—No. La vamos a cuidar. Va a estar bien. Sólo más tranquila.

Herminio quiso correr. Su cojera no le permitió gran cosa. Resbaló con la sangre de Hortencia y madre e hijo cayeron en un doloroso estrépito.

Haroldo entonces encajó el cañón del arma en el cuello de su hermano. Lo alejó de su madre y lo sostuvo del cabello. Herminio lloraba de nuevo.

—No entiendes. Estás asustado. Esto lo hago por ti, por nosotros. Vamos a estar bien. Necesito que me ayudes. Vamos a recuperar a nuestra familia.

—¿Qué te pasó?

—Ya no podía vivir así...

Herminio intentó arrebatarse el arma. Lo único que logró fue que un disparo agujerara el sillón. Ambos hermanos se quedaron quietos.

—Me vas a ayudar —dijo Haroldo con tranquilidad—. Porque si no lo haces, si traicionas a esta familia que te quiero regalar, entonces iré a Villa Alta y le contaré a tu papá la historia de un hijo malagradecido que mató a su esposa por venganza.

Lento y ceremonioso, Haroldo sacó del bolsillo de la bata la segunda arma del rapado. Se inclinó junto a su hermano, retorcido en su propio llanto.

—Tanto necesito de tu ayuda, que hasta te toca una de estas. —Colocó la pistola a un lado de Herminio—. Tú decides, hermanito. Tú decides.

La sangre despedía su aroma metálico. La noche, el día maldito, por fin terminaba. La oscuridad desistía. La egoísta luz de Hundida pronto lo cubriría todo de nuevo. Herminio se obligó a parar su llanto. No necesitaba ser un genio para saber que no había escape posible.

Se dejaría abrazar por su hermano. Lo ayudaría a recoger a su madre y a llevarla a la silla que se convertiría en su nuevo hogar. Al cubrirla con la manta, evitaría verla a los ojos. Ahí empezaría a ignorar sus gruñidos, su impotencia.

Tomaría el papel y la pluma que Haroldo le pondría enfrente. Controlaría sus temblores y escribiría una carta a su padre. Una carta conciliadora, donde Hortencia ya no existía, en busca de un reencuentro, de un poco de paz.

Paz para todos.

Así, con una madre malherida y desangrada en su recámara, junto a sus hijos, unidos por dos armas, serpientes hermanas, y un par de secretos, empezarían a convertirse en una familia de verdad.

PARTE III
La familia perfecta

*«Let me face the sound and fury,
let me face hurricanes»*

DIDO

Era como si miles de vidas hubiesen transcurrido entre el instante en que Liliana estaba en Villa Alta, acostada con su novio, envuelta en sábanas y el regalo la seguridad, a ese momento, postrada en un sillón asqueroso de Villa Hundida, sola y herida, rozada por la muerte.

El pesar estiraba las horas. Una a una, el dolor las disfrazó de eternidades. Lo único que a veces veía, era el poco cielo que le permitían las cortinas sucias de la ventana junto a la que estaba acostada. Moribunda, entre el frío del pueblo y los misterios del más allá, las nubes pasaban, siempre grises. Una que otra ave negra.

Nunca se sintió tan débil.

No supo cuánto pasó para que pudiera por fin hablar. Susurro débil y enfermo, no menos desesperado:

—Carlos... papá...

Una toalla le limpió el sudor de la frente. Le subió la gruesa cobija al cuello.

—Aguanta. Respira. Hazte fuerte.

Cuando adquiría conciencia, su salvadora la obligaba a beber un brebaje amargo. Sentía los trozos de hierba correr por su garganta. Raspaban, para después transformarse en agradable calor por todo el cuerpo, incluida la herida de bala en su costado.

Liliana tuvo sueños. En los buenos, su madre reía, carcajadas descaradas. A veces sentía el tacto de Julio. Sus manos grandes en sus caderas, en sus senos. En los malos, su madre lloraba, alaridos de dolor. En los más raros, Anel no era más que el cadáver en el auto destrozado. Rodeada de gente, apuntada por dedos desconocidos. Un trozo de carne, uno que nadie podría imaginarse haber sido alguna vez una ma-

dre. Los peores sueños eran donde se sentía alta como un edificio y hallaba los cuerpos de su padre y hermano hechos pedazos, a sus pies. No distinguía más que sus rostros. Expresiones agónicas, pieles moradas y estiradas.

Respiró profundo, como bien le había enseñado su salvadora. Sentada en el pequeño patio, en una cubeta, como lo había hecho durante las últimas dos mañanas. Apenas una semana desde que habían llegado a ese lugar, y su herida estaba casi cerrada. Rodeada de toda clase de hierbas, el olor del lugar, así como la humedad, la hacían sentir bien. La relajaban, evitaban que volviera a querer huir, presa de la culpa.

Escuchó a la mujer regresar de su travesía mañanera. No tardó en salir al huerto. Jesusa, la hierbera, decenas de prendas encima, como si se cubriera del mundo. Su cabello, largo y gris, enmarañado, indiferente a las bondades del cepillo. La piel pálida, pómulos afilados. Y esos ojos, los ojos que Liliana evitaba ver. Los mismos ojos de su madre.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó sin verla. Revisaba sus plantas, les susurraba cariños infantiles.

—Ya te dije que estoy bien.

—Bien necia, escuincla contestona. Si te hubiera dejado salir antes, ya estarías bien pinche muerta.

—¿Te enteraste de algo?

—El chisme baja. En el mercado no hay novedades. No hay quien no sepa que el marido de Hortencia regresó a vivir con ella, con todo e hijo. A nadie le parece raro que la pareja no salga de la pinche casa. Dicen que han de tener miedo de que alguien les grite sus verdades.

—Si nadie los ha visto, ¿cuáles son las probabilidades...?

—Cállate, niña. Ya te dije. Yo lo sé. En esa casa aún no se muere nadie.

—Todavía puedo ir a la policía...

—Nadie en Hundida va a ayudar a alguien de Alta. No digas pendejadas.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar para que ese loco los mate?

Jesusa vio a su sobrina con algo parecido a la lástima. ¿O era arrepentimiento?

—No mucho, niña. Ahora deja de estar de huevona y párate, que así no vas a sanar.

Carlos cambiaba. Se despedía de esa niñez de problemas insulsos que alguna vez parecían tan importantes. Hallaba una adultez deforme y corrupta donde debía haber algo de inocencia.

No sabía de la suerte de Liliana. No sabía que su hermana tenía la oportunidad de ver el cielo o las hierbas de su desconocida tía Jesusa. Carlos pasaba los días en la habitación que antes fuera de Herminio. Las cuatro paredes, grises y lisas, sin ventanas. Lo más parecido a un cielo.

La pequeña televisión, encendida desde la mañana. Películas y más películas con muy poco volumen. Carlos había aprendido a prestarles atención. Había descubierto lo que ningún niño de su edad debía: concentrarse en una sola cosa para no pensar. Huir, aunque fuera en su cabeza.

En la película, un hombre norteamericano en playera negra de tirantes, acribillaba a un montón de sauditas desde un helicóptero. Aullaba al hacerlo. Los mortales chillaban mientras eran asesinados. Todos gritaban. Todos, excepto Carlos. Sólo hablaba si Haroldo se lo pedía. No podía negarle nada. Eso no impedía que lo imaginara morir como los sauditas, con su cara rojiza y ojos saltones. Una y otra vez.

Cada que los créditos comenzaban, se abalanzaba a la torre de piratería y tomaba la siguiente película. No importaba

lo que fuera. En lo que sacaba la anterior y metía la nueva en el viejo y lento reproductor DVD, Carlos veía a su hermana. La veía correr, Haroldo detrás. No podía calmar su mente, ordenarle que no pensara en sus últimos momentos. Que no la imaginara muriendo sola en ese pueblo maldito.

Al único que debía imaginar sufrir era a su captor.

Armando apenas dormía. Durante ese par de horas de descanso, cada madrugada, desaparecía del mundo. Lo que su cuerpo se permitía perder, lo necesario para contar con la mínima energía y constante alerta. Abría los ojos y se topaba con el techo sucio. Amarillentas manchas de humedad con formas cambiantes. Les encontraba parecido a animales, como cuando de niño se acostaba a deducir lo que las nubes deseaban ser en la tierra.

No se movía para no despertar el dolor de la pierna. Daban las nueve de la mañana y el pequeño despertador empezaba su molesto pitido. Un nuevo día comenzaba, igual de miserable que el anterior.

El brazo flaco y rojo que lo abrazaba se estremecía. Un suspiro fuerte y pesado y Haroldo abría los ojos. Su mirada encima. Más que un hijo perdido, una esposa controladora.

—Buen día, papi. —Voz modorra, pastosa.

—Buen día. —Había aprendido a contestar, a ser obediente.

Haroldo se levantó y estiró los brazos hacia el cielo. El arma en su mano derecha, pegada a la piel. Llevaba puesta una de las batas de su madre. Sus hombros, esqueléticos y pintados de rojo, se asomaban. Parecía a punto de romperse. Se puso las pantuflas de Hortencia y se sentó en el tocador para peinar su corto cabello.

Armando evitaba ver la esquina, la más oscura, donde algo más respiraba y admiraba a su hijo. Esperó a que Haroldo saliera para dejar la cama y vestirse. Como siempre a esa hora, empezaron los gruñidos. Cada mañana se lamentaba de que el bulto no hubiese muerto durante la noche. No entendía cómo se mantenía con vida.

Sentada en su mecedora, apenas cubierta por una cobija sucia. No había que acercársele demasiado para oler sus orines y su mierda. Hortencia apenas vivía, aferrada a su miserable existencia. La cabeza recargada en un hombro. Los pies envueltos en calcetines, arrastrados en el piso frío. Sus brazos, a los lados, inmóviles.

—¡Papi! —gritó Haroldo desde la cocina—. Hay que lavar a mami.

La mujer que más odiaba, a su merced. Sus ojos encontrados.

Antes de empezar sus tareas, salió cojeando. La herida en la pierna no sanaba. El dolor recorría el muslo y terminaba en las costillas. Haroldo no permitía que Herminio lo curara bien. La bala había sido fácil de remover. Sin embargo, el agujero hedía y se tornaba morado. Herminio le ponía alcohol y cambiaba los vendajes cuando su hermano no veía. Armando le quería agradecer, Herminio le pedía que no hablara.

Entró a la habitación ocupada por su hijo menor. No podía evitar visualizar a Carlos en su cuarto en Villa Alta, con su pantalla y sus videojuegos, la comodidad que su pequeño merecía. Ahora, en esa cama asquerosa, en la misma ropa de hacía una semana.

—¿Todo bien?

Carlos no contestó. Le lanzó una mirada de odio disfrazada de indiferencia y regresó a la película. Un hombre con inexpresiva máscara blanca perseguía a una colegiala por

una calle desolada en medio de la noche. Armando se hincó con trabajo para besar el cabello seboso de su hijo.

Como toda mañana, se metió al baño. Se sentó en el escusado y lloró en silencio. Con una mano se tapó la boca, con la otra, contuvo el dolor de estómago, de huesos. Lloró por Lilitiana. Se obligó a aferrarse a la idea de que siguiera viva. Luego se vio en ese baño, en esa casa de locos, y se convenció de que su hija, su orgullo, estaba muerta.

Ni un solo ruido salía del baño. Haroldo no podía escuchar su pesar.

Los frijoles con huevo se terminaban de cocinar. Herminio rascaba el cochambre del día anterior con la espátula para combinarlo con el nuevo. Haroldo lo veía, a un lado.

El día apenas comenzaba.

—Tenías que estar buscando a esta hora.

—Ya no la voy a buscar. No tiene sentido.

—Debe de estar por ahí. No ha salido del pueblo. Estoy seguro.

—Pudo haberse ido escondida en alguna camioneta.

Haroldo se acercó a su hermano. Pocos centímetros los separaban, así como el humo del aceite reutilizado.

—Eres el único que me habla así.

Herminio dejó caer la espátula. Trocitos de huevo salpicaron la estufa y la pared.

—Porque no debería tenerte miedo. Yo te cuidé. Fui el único que no te abandonó. No sé qué estás haciendo, Haroldo.

—Te estoy dando una familia. —Puso una mano en la cara de su hermano, caricia fría—. Como siempre quisiste.

—Yo no quería esto. Nadie lo querría.

—Y aun así hiciste que la mamá de tus medios hermanos se fuera a la chingada.

Herminio regresó a revolver el huevo, a punto de quemarse.

—No quería... ella no se fijó.

Haroldo se dio la vuelta y dejó a su hermano hablar solo. Cada vez le cansaba más escuchar sus quejidos culposos.

La costumbre es enemiga. La peor de todas. Hace que un arma en la mesa, en medio del desayuno, mute en algo normal.

Haroldo y Armando en los extremos de la mesa. Carlos de un lado y Herminio del otro. El arma junto al plato de Haroldo. El tipo rara vez comía. Revolvía su comida, la juntaba y separaba, para meterse pequeñísimos bocados a la boca y masticarlos de forma concienzuda. Era el único que sonreía.

—Otro desayuno perfecto, Herminio. —Un beso en la mejilla—. Gracias.

Armando estaba atento a que Carlos comiera. El niño se metía el huevo que tanto odiaba sin decir o hacer gesto alguno. No había opción, no después de arrojar el primer plato que se le sirviera y Haroldo lo obligara a chupar por media hora la punta de la pistola.

—Te comes lo que yo te diga. Eso hacen los niños buenos. Los malos se mueren.

Así habían transcurrido los días. Entre el miedo y el delirio. Armando no podía pensar claro. No podía luchar, no con la pierna destrozada. Pasaba los días cuidando a Hortencia, pensando en Anel y Liliana. Se decía que debía hacer algo por Carlos. Después se convencía de que su pierna los mataría a ambos si intentaban escapar. Sabía también de la poca

empatía de Villa Hundida. De las escasas probabilidades de que alguien los ayudara.

—Familia hermosa —empezó Haroldo, más contento de lo normal—. Quiero agradecerles su esfuerzo. A ustedes, hermanitos. A ti, papi. Por eso les tengo buenas noticias. —Se puso de pie y con brazos arriba, anunció—: ¡Nos vamos a mudar!

Carlos brincó en su silla. Herminio alzó una ceja.

—¿A dónde? —preguntó Armando.

Haroldo sonrió ceremonioso, conmovido.

—Nos vamos al único lugar que puedo llamar hogar. La casa que me convenció de tomar lo que es mío, de recuperar a mi familia.

Haroldo se puso a bailar un vals imaginario alrededor del comedor, arma en mano. Su amenaza flotaba, despedía el aroma dulzón del perfume de su madre. Se imaginaba en su mansión de las minas, entre la enredadera y el humo rojo.

Feliz de no tener que salir jamás de ahí.

Jesusa, hierbera, bruja, no recordaba la última vez que había llorado. Su hermana era la sensible, la de sueños normales, esperanzas comunes. Jesusa siempre la odió. Supo que también la amaba cuando se enteró de su muerte. El día que encontró a Liliana y su rostro, tan parecido al de su madre, le dijo que algo terrible había ocurrido.

Algo terrible, provocado por ella.

Ese día, mientras curaba a una Liliana que iba y venía del final, gritó de dolor. Ese dolor que no se sabe posible. El dolor de haberle dado a Herminio Mendieta la dirección de su hermana, de haberlo guiado a ellos.

—¿Qué hiciste, pendeja? ¿Qué chingados hiciste? —se dijo a sí misma mientras extraía la bala del costado de su sobrina.

Gritos y gruñidos. Ni una sola lágrima.

Jesusa era una mujer poco común. Tenía un oído especial. Escuchaba a la naturaleza. Prestaba atención a lo que el cielo, las plantas y la tierra le murmuraban. Reía para sus adentros cuando oía a la gente decir que las entrañas de Villa Hundida estaban muertas. Ella sabía que sucedía lo contrario. Esa tierra roja, donde era imposible que algo creciera, estaba muy viva. Sin embargo, no pertenecía ahí. Jesusa no sabía de donde provenía. Estaba segura, de acuerdo con sus alaridos, dolidos y hambrientos, que no era de ningún lugar conocido por la humanidad.

Era amiga de las hierbas y sus propiedades. Sabía lo que podían hacer porque ellas se lo decían. Le ofrecían sus habilidades. Las plantas eran siempre mejores que cualquier humano. Nada de hombres. Nada de amigos. Nada de familia. Jesusa se acercaba a la felicidad cuando estaba lejos de la gente. Sola con los susurros en su herbario.

La bruja de Hundida no compartía sentimientos como la empatía o la resignación. Por ello, la lealtad a su sangre la tomó por sorpresa.

Cada mañana, en sus ropas holgadas y la cara oculta por bufandas, dejaba sola a su sobrina por un par de horas. El primer día, sacó de su armario una maleta que puso frente al sillón donde descansaba Liliana.

—Era de tu abuelo. Se la heredó a tu madre, ella me la dejó aquí —dijo y mostró una escopeta vieja—. Está cargada. Si llega un Mendieta mientras no estoy, le vuelas los sesos a la chingada.

Salía con el sol y se paraba al otro lado de la calle de la casa de los Mendieta. Esperaba escuchar algo o ver a alguien. A su otro sobrino, por ejemplo. No le importaba demasiado su cuñado.

Al segundo día de espera, se sorprendió al ver a Haroldo salir. Le apantalló su tonalidad rojiza. No era un bronceado. Conocía bien *ese rojo*.

Lo siguió por el pueblo directo a las minas prohibidas que ella evitaba a toda costa. Esa área, más que ninguna otra en Villa Hundida, estaba atestada de los alaridos de la tierra. Sabía que se concentraban en esas minas malditas, abandonadas por buena razón. Se aguantó y siguió. Los gritos no sólo la espantaban, sino que la mareaban. Sentía inflársele la cabeza. El odio se le escurría del cerebro, cuando vio al muchacho meterse a una de las casonas abandonadas. No pudo acercarse más, tampoco esperar a que saliera. Se fue, regresó al otro día y al siguiente. Haroldo hacía diario el mismo viaje. De repente, llevaba mochilas y petacas atiborradas. Jesusa entendía lo que había sucedido, la raíz del problema. Era ese tipo. En él habitaba el rojo de la tierra. Escuchó su sangre, su infección, tan fuerte como la de las profundidades escondidas bajo el pueblo.

No sintió pena por Haroldo. Lo que hizo fue analizar la nueva información y acomodarla en su plan de venganza. No tardó en aceptar que si quería que los Mendieta pagaran, tendría que lastimar una vez más a su propia sangre.

Esa misma noche, pasaría horas viendo a su sobrina dormir, descansada y fortalecida. Acariciaría su largo cabello negro y le susurraría hechizos para soñar cosas placenteras. Lo haría para sentirse mejor por la nueva desgracia que le dejaría caer.

Al día siguiente, Jesusa siguió a Haroldo una última vez. En cuanto se metió a la casa abandonada, la bruja, con los oídos repletos de papel de baño, se aventuró más allá de donde se había atrevido en su vida. Se dio cuenta que sus oídos no eran los que escuchaban. Los gritos, cada vez más fuertes, llegaban a su alma. Lenguas desconocidas, furias infinitas, desesperación como nunca había sentido.

Luchó contra los mareos y las ganas de dejarse caer. La entrada a las minas estaba bloqueada por rocas alguna vez negras, hoy cubiertas de raíces rojas. Parecían algodones de sangre. Pedían a gritos libertad.

Jesusa se acercó tambaleante y con la mano desnuda arrancó una de las raíces. El polvo rojo, casi húmedo, se elevó por los cielos. Gritos imposibles.

La bruja de Hundida corrió de regreso. Se repetía lo que tenía que hacer. Lo necesario para vengar a su hermana.

La solución, roja y terrosa, en sus manos.

Liliana no se atrevía a asomarse por la ventana. Temía que un arma la esperase para hacerle un agujero entre los ojos. El

dolor en el costado, aunque increíblemente leve por los ungüentos de su tía, era un recordatorio de lo que rondaba las calles del pueblo. Algo terrible.

Se paseaba por la diminuta casa de Jesusa. Plantas por doquier, trastes sucios y libros viejos. Alquimia, extrañas recetas. Poemas sobre otros mundos. Dibujos y esquemas incomprensibles.

No confiaba en la mujer. Le creía que era su tía. Aun así, no se sentía cómoda. Esa señora tenía la misma palidez que Herminio. Conforme el dolor de la herida bajaba, su necesidad por salir de ahí crecía.

Jesusa llegó cuando Liliana se estiraba y probaba su fuerza. La mujer, más pálida de lo normal, se internó en la cocina.

—¿A ti qué te pasó?

—Lo que hago por ti, escuincla. —La voz ronca y agitada—. Eso de tener familia es una chinga.

—¿Dónde estabas? ¿Sabes algo?

—Siéntate. Tenemos que hablar.

Liliana obedeció de mala gana y esperó. Jesusa salió de la cocina un tanto recompuesta. Llevaba dos jarritos de metal, ambos humeantes. El que puso frente a ella despedía un olor amargo.

—Tómalo. Te hará bien.

La mujer suspiró y se quitó una de sus chamarras. Su cansancio era evidente. Dio varios traguitos a su té, antes de sentarse.

—Tenía que esperar a que estuvieras mejor para hablarte de esto. Bebe, te hará bien.

Liliana aguantó la respiración con el primer sorbo. Sintió un ardor en la garganta, parecido al de un trago de tequila. Tosió e hizo gestos.

—Niña, no es coincidencia que estés aquí. No es por accidente que hayan venido acá.

—Eso ya lo sé. No soy estúpida. Herminio le escribió a mi papá. Por eso...

—Déjame hablar, chingado. Herminio les escribió después de haberlos visitado. Ese cabrón estaba en Villa Alta el día que Anel murió.

Liliana no dijo nada. La amargura del té en su cuerpo. No sabía si era el menjurje o la noticia lo que le revolvía el estómago. Un trago más y dejó la taza en sus piernas. No percibía el calor en sus rodillas desnudas. En un principio, quiso ponerse a llorar. Algo no se lo permitió. Algo caliente y abrasador. En el estómago, en la garganta.

—Él...

—Él la mató. —Jesusa se puso de pie—. Ese hijo de la chingada mató a tu madre. Su hermano te disparó y ahora tiene a tu familia atrapada. En el momento en que Carlos decida escapar, uno de esos cabrones le va a disparar. Sé lo que te digo.

Liliana se entregaba a la fiebre en su cuerpo. Las terribles ganas de llorar, junto a su miedo, se apelmazaron en algún lugar escondido. Sentía ira, necesidad de hacer algo contra sus medios hermanos. La injusticia le impedía respirar.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó entre jadeos sofocantes.

—Quiero que termines de beberte eso y hagas lo que tienes que hacer contra los Mendieta.

Liliana vio la taza, el líquido humeante. Rojo.

Se paró de golpe. No podía controlar su respiración. La garganta le quemaba, se le cerraba. La piel se le calentaba, ansiaba despegársele de los huesos. Necesitaba aire.

No alcanzó a salir al huerto. Jesusa le arrebató la taza y la regresó al sillón.

—No, escuincla. Tienes que beberlo. Tienes que sentirlo.

Acostó a su sobrina y se puso de rodillas sobre ella. Liliana intentó patalear. Los resortes del sillón, clavados en su

espalda. El odio se la comía viva. No existía nada más, suciedad y tragedia. Con una mano, Jesusa le tapó la nariz. Esperó a que Liliana dejara de respirar y abriera la boca para verter lo que restaba del té. Dejó que se atragantara hasta que el líquido desapareció en su garganta.

En cuanto dejó de poner fuerza, Liliana la empujó. Jesusa chocó de espaldas contra un muro y se deslizó al piso. Resignada, pensaba en su hermana. En que quizá, desde algún lugar desconocido para ella, viera lo que le hacía a su hija.

Liliana se retorció, se quemaba por dentro. Boca abajo, intentaba vomitar, sacar el odio.

—Tengo que confesar algo más —Jesusa sonaba rendida.

—¿Qué me diste? —Liliana lloraba y rugía al mismo tiempo. Sus arcadas no lograban deshacerse del té—. ¡Maldita bruja!

—Escúchame y deja que la raíz haga efecto, escuincla. —Jesusa suspiró—. Antes de que todo se fuera a la chingada, Herminio vino aquí. Me dijo que quería ver a tu papá. —Liliana se arrastraba al huerto. Jesusa se perdía en su historia—. El tipo parecía inofensivo, un pobre diablo. Sentí lástima. Y asco. Algo tiene, algo repulsivo. Después de todo, el tipo es hijo de Hortencia Mendieta. En este pueblo nadie se escapa del odio, de la venganza. Está en la tierra. La tierra se la lleva el viento. Nos envuelve, nos hace suyos.

Liliana dejó atrás el herbario. El aire de afuera no era mejor que el de adentro. No sabía a quién pedir que la pesadilla terminara. De ser posible, se habría metido una mano completa por su herida de bala, agrandar el agujero hasta hacerlo infinito.

Jesusa continuaba. Albergaba la esperanza de por fin poder llorar.

—Yo le di a Herminio tu dirección. Mi hermana se lo merecía por abandonarme, por decidir que era la única destinada a algo mejor.

Liliana se quedó inmóvil. No parecía respirar. Bien podría estar muerta, entre las hierbas de Jesusa, estáticas y calladas. Atentas.

—No la quería muerta. Los muertos gritan más que los vivos. Quería que se le cayera la familia, el sueño de Villa Alta. Y ahora míranos. Perdóname, escuincla. Te prometo que lo voy a arreglar. *Tú* lo vas a arreglar. Si pudiera, yo misma me lo tomaría. El problema es que si lo hago, me mata. De hecho, creo que me ha estado matando desde que lo oí por primera vez...

—Tú...

Liliana usó los brazos para incorporarse. El cabello negro y sudado le tapaba la cara. La piel, distinta, bronceada. Se quedó de rodillas, su sudor goteaba en el piso. La sangre de su herida, de nuevo abierta, traspasaba su playera en una mancha oscura.

—Por ti... por tu maldita envidia, bruja hija de puta...

Jesusa pretendía levantarse, cuando Liliana le saltó encima. A través del cabello, la bruja vio el rostro de su sobrina. Encendido con el odio de la raíz, los ojos fuera de sus órbitas. Las manos rojas encontraron su cuello. Cuando empezaban a apretar, Jesusa utilizó los codos para golpear a Liliana y alejarla. Se levantó con trabajo y corrió a la maleta junto al sillón.

Liliana se puso de pie al momento en que su tía sacaba la escopeta del abuelo. La sobrina se abalanzó una vez más. Con el mango del arma, Jesusa la golpeó en la cabeza y la mandó al piso. Sin esperar a que se recuperara, la jaló de los pies hasta meterla al baño. Salió y azotó la puerta. De su falda sacó las llaves y cerró con dos vueltas. Liliana pateó, gritó y amenazó.

—¡Te voy a matar, puta bruja maldita!

Jesusa retrocedió. Abrazaba la escopeta. La mirada gacha, entre sus plantas susurrantes, atónitas ante lo que era capaz de hacer.

Se odió más, siempre más. Por no poder llorar, por ser parte de ese pueblo. Ese pueblo de venganza y gritos interminables.

La manera en la que recargaba la espalda contra la pared fría, recta para que el cuello también recibiese frescura. Las piernas cruzadas, los pies tapados con la sábana maloliente. Herminio veía a Carlos y se veía a sí mismo de pequeño, aun sin la gordura y la palidez.

En la película de la televisión, una mujer reía a carcajadas en la parte trasera de una camioneta *pick-up*. Reía, porque al fin escapaba de su captor.

La noche caía. Haroldo había salido a conseguir el transporte para la mudanza. La anticipación se respiraba.

—Ya casi nos vamos. ¿Estás listo?

Carlos asintió.

—¿Estás bien, niño?

No contestó. Su atención cautiva en la risa de la protagonista.

Herminio se sentó a su lado. Parecía un jorobado junto a Carlos. Quería que volteara a verlo, que le sonriera. Quería dejar de sentirse secuestrador. Igual que Carlos, gustaba de perderse en la película. En la huida de la *scream queen*.

—Tú tampoco quieres estar aquí. —Carlos apenas abrió la boca, débil susurro.

Herminio iba a asentir, a soltarse a llorar ante la inocente voz del niño, cuando sintió esa extraña necesidad de protegerlo de sus propias culpas.

—No te preocupes. —No podía sonar seguro, un niño más—. Yo te voy a cuidar.

Carlos vio el miedo de su medio hermano, arrepentimiento que no entendía. Su debilidad le era reconfortante.

Se quedaron en la cama, en silencio. Ambos disfrutaban de la ausencia de Haroldo. Los créditos de la película comenzaban.

Haroldo, en jeans viejos, tenis y enorme camisa de cuadros, caminaba y levantaba tierra roja a su paso. Se turnaba las manos para cargar el pesado bote que se había robado de un taller un par de calles atrás. La luna iluminaba su camino. Silbaba el pedacito de una canción que no lograba recordar. Repetía las mismas líneas una y otra vez.

Estaba contento. El viento frío se sentía agradable en su piel. Silbaba y sonreía. Llevaba más de media hora de trayecto cuando se desvió para adentrarse al patio trasero de uno de los carpinteros del pueblo. Ante el montón de madera y basura, no tardó en elegir a su acompañante: un trozo de madera clara, pesado, del tamaño de un bate, sin demasiadas astillas.

Lo probó, pegándole a una pelota imaginaria. Lo recargó en su hombro y retomó su camino.

Silbaba y sonreía. Seguía sin recordar la canción.

En la casa de Fermín, una de las más grandes de Hundida, abundaban las cajas de cartón. Un par de muebles aún en sus lugares. No tenía muchas cosas. La mayoría, recuerdos de sus padres que no se dignaba a tirar. No quería olvidar de dónde venía cuando llegara lejos.

El momento había llegado. El logro sabía amargo. La botella de mezcal y dos vasitos en la pequeña mesa lo acompañaban. Creía que celebraba. La borrachera, en realidad, estaba dedicada a alguien más. A su flaca. A su Hortencia. O mejor dicho, a la idea de ella.

El vasito vacío, reservado para esa ilusión. La ilusión de la buena mujer a su lado, de la familia. Estaba seguro de que Hortencia sabía que esa era su última noche en el pueblo. No

dejaba de albergar la esperanza de que tocara a su puerta, lo perdonara por sus pendejadas y partiera con él. Era medianoche. Seguía solo. El vaso extra, vacío.

Quizá debía haber insistido. Tirar la puerta de su flaca aunque el hijo mayor se pusiera bravo con el arma que no soltaba. Al final de cuentas, ¿qué podía hacerle ese gordito cara de tarado?

El mezcal le permitió llorar. Las lágrimas distorsionaban el rostro de la Hortencia de su cabeza. Se difuminaba de tal manera que Haroldo se asomaba. Lo mismo sucedía con su cuerpo. Las piernas flacas, las caderas. Un momento, Hortencia; al otro, Haroldo. El joto que no se dejó ayudar. El puto vengativo que lo engañó y ensució con su asquerosa saliva.

Fermín ignoraba la erección. La ignoraba para poder seguir anclado, sin culpa, en la criatura que era Hortencia y Haroldo a la vez. La desnudez, el interminable contoneo.

Tenía que haber cargado su camioneta desde hacía rato. Según él, saldría del pueblo antes que el sol. A ese paso, la cruda que se avecinaba se encargaría de amarrarlo a Hundida para siempre.

Se resbaló en la silla hasta que la espalda quedó en el asiento. Borracho, cerró los ojos para unirse al ángel andrógino de sus sueños.

Los ruidos de afuera no lo despertaron. Tampoco la manera poco sigilosa en que su ventana se abría. Menos, el ruido del líquido vertido en las esquinas. No sintió el trozo de madera rozar su cara fruncida, cansada de tanto amor.

Haroldo pasó unos minutos frente al hombre. Analizaba al único capaz de fijarse en su madre. El único al que no le importaba que la mujer fuera veneno puro.

Alzó el bote de gasolina. Sin nada solemne que pensar o decir, lo terminó de vaciar en el que planeaba convertirse en su padrastro. Acarició su cabello empapado. Le agradeció haber ilusionado a su madre, aunque fuera en vano.

De la mesa, tomó las llaves de la camioneta. Al salir, aspiró con fuerza el viento frío, libre de la peste de adentro. Pese a la furia escarlata en sus venas, se sintió tranquilo. La vida era mejor así, con menos pendientes. Su sueño se acercaba a la realidad.

De su bolsillo sacó una caja de cerillos. Encendió uno y admiró su luz, tan pequeña y poderosa. Se imaginó dentro de la flama. Bailando, siendo él mismo. Sonrió y la arrojó dentro de la misma ventana por donde había entrado.

Subió a la destartalada camioneta de Fermín. El escándalo del motor no le permitió escuchar a su dueño gritar al arder en llamas, todo mientras soñaba que hacía suya a la criatura madre-hijo en medio de la soleada Villa Alta.

Una vez ubicado y concentrado en el siguiente destino, Haroldo retomó el pedacito de melodía. Lo acompañaba el trozo de madera en el asiento del copiloto. Silbaba más fuerte para que el motor de la camioneta no lo opacara.

Poco a poco recordaba la canción. Algo sobre el amor y la luz. Soledad y esclavitud. El final de la tristeza y el principio de la felicidad.

El par de dientes en el piso, envueltos en saliva y sangre, lo sacó de su trance. El señor Arnulfo no era violento. Se consideraba inteligente, incluso más que cualquier otro comerciante de Hundida. Jamás se había peleado por un puesto en el mercado. En cuanto el rumor que su mujer había esquivado de la familia llegó a sus oídos, se dijo que no haría lo

que otro macho idiota del pueblo. Aun así, el par de puñetazos fue lo único que supo ofrecer en cuanto vio a su hijo entrar.

Patético. Un maricón más.

No lloró, quiso evitar la ironía. Bufó para que las lágrimas se le regresaran a ese lugar donde se transformaron en fuerza para los puños. Mateo, hecho un ovillo en el piso de la cocina, le hizo recordar al muchacho cuando había nacido. Pegado a su madre, dormido, sin una sola preocupación. ¿Qué había hecho mal? ¿Quién habría tenido más culpa? ¿La madre o él? ¿Importaba acaso?

—Lárgate de mi casa.

La esposa intervino. Gritó que buscarían ayuda en la ciudad. Que no todo estaba perdido. Que era culpa de Haroldo, producto de una familia asquerosa de gente promiscua y de perdición.

—Haz lo que quieras.

Se encerró en su recámara. Escuchó a su hijo pasar. Los pies arrastrados, igual que sus sollozos.

Un par de horas después, la esposa entró. Su palidez estaba adornada con un par de chapas de enojo y vergüenza.

—Es nuestro hijo. En nuestras familias nadie tiene esa enfermedad. Lo vamos a curar.

Ante la poquita esperanza que se asomaba, Arnulfo, con el puño adolorido, incapaz de albergar más angustia, lloró.

—No es mal muchacho. Estoy bien pendejo. ¿Pa' qué le pegaba?

Ella acarició su cabeza. Se abrazaron hasta quedarse dormidos, como cuando eran novios y se iban a dormir después de clases a los árboles secos de los parques.

Arnulfo soñaba con su mejor amigo de la infancia, tipo alto y fornido. No recordaba el nombre. Sólo la sonrisa, amable y traviesa.

Lo despertó su mujer. Lo empujaba.

—¡Alguien se metió!

Arnulfo no se terminaba de levantar, cuando ya había sacado su pistola de abajo del colchón. Se quedó quieto para ubicar los ruidos del intruso. Los pasos venían del fondo de su casa, de la habitación de su hijo.

Salió de prisa y alcanzó a ver cerrarse la puerta de Mateo.

—¡Déjame! —gruñía el muchacho, temeroso—. ¡No quiero! ¡Papá!

La oportunidad de salvar a su hijo, después de tirarle un par de dientes, hizo a Arnulfo inflar el pecho, como los luchadores de las películas que veía con Mateo hacía años.

—¡Deja a mi niño en paz!

Apenas abrió la puerta, el trozo de madera se balanceó hacia su cara. La explosión del impacto no le dejó ver a su hijo. Lo tiró al piso. El dolor se extendió de su cabeza a la espalda y de ahí al estómago. El segundo golpe, en las piernas, se sintió lejano. Un dolor pendiente para cuando el de la cabeza se disipara.

Cuando la esposa se atrevió a entrar, encontró a su marido en medio de convulsiones, el ojo derecho reventado. Escupía dientes como si fueran las balas de su pistola. No había rastro de Mateo.

Las cortinas de la ventana abierta se meneaban con el aire de la noche, más frío de lo normal.

Haroldo conducía y cantaba. No se le había ocurrido encender la radio antes. La estación favorita de Fermín ofrecía clásicos del ayer, y el que sonaba era nada más y nada menos que la canción de los silbidos. La música hacía desaparecer el escándalo del motor. El ruido no importaba. A Hundida no le interesaba.

—¡El día que de mí te enamores tú, voy a ver por fin, de una vez la luz! —cantaba Haroldo, feliz de recordar.

Amarrado y atrapado debajo del lado del copiloto, Mateo lloraba y gruñía a través del trapo en su boca. Haroldo no lo veía, sólo le cantaba.

—¡Y me desharé de esta soledad, de la esclavitud, ese día que...!

No pasó mucho tiempo para que detuviera la camioneta y la apagara. El súbito silencio le permitió oír los lamentos del amor de su vida. Sonaba como niño indefenso.

Con una mano, le apuntó el arma a la cara. Con la otra, le quitó el trapo de la boca.

—¿Qué tanto dices?

—¿Qué haces, Haroldo? —Mateo berreaba—. ¿A dónde me llevas?

Haroldo, sonriente, le limpió las lágrimas con un dedo rojizo.

—¿A dónde más podría llevarte? Vamos a casa, *robustito*.

El agua tibia, la suave esponja sobre la piel. Paz en el erotismo, en el tacto que se conoce, al que uno se acostumbra y no por eso deja de desear. Armando sintió el hormigueo de la erección. Recordaba la última vez que había hecho el amor con Anel. La esponja en el brazo de la mujer.

Otra mujer. Engañoso pasado. Piel pálida. Un color que nunca había estado ahí.

Armando se sobresaltó. No estaba en el jacuzzi de su habitación, en su casa de cuatro habitaciones, tres baños y jardín. Tampoco bañaba a su esposa, como solía hacer antes del evento principal en la cama. No, la esponja que sostenía oprimía la piel pálida de su exmujer.

El dolor de la pierna, siempre presente, le recordó su cautiverio.

Desnuda, en la pequeña tina, sus piernas moradas y llenas de nudos, Hortencia pasaba la mirada de la esponja en su antebrazo a Armando. Sabía que el tipo no estaba ahí, con ella. Logró ver una probadita de lo que la vida con Anel había sido.

—¿Tienes frío? —preguntó Armando sin verla a los ojos. La tallaba rápido.

Hortencia parpadeó dos veces, lo que indicaba la negativa.

Sin atención médica, ni un diagnóstico claro, el padecimiento de Hortencia era impredecible. Sus días buenos consistían en que no hubiese movimiento alguno. Los malos estaban plagados de dolor y quejidos, pequeñas convulsiones que la atacaban al despertar o a la media noche. Durante esos días, también podía articular frases. La mitad de la cara estaba paralizada, por lo que sus palabras salían arrastradas y frustradas. Avisaba que le dolía, pedía que le ayudaran.

Sin haberle visto la cara por años, Armando no la reconoció por completo. Se adaptó a sus necesidades. La limpiaba, cambiaba y bañaba. Ella lo veía, lo evadía cuando tenía que encargarse de sus suciedades. A veces parecía no reconocerlo. Otras, se veía sorprendida de tenerlo enfrente. Esta vez, por fin daba la impresión de entender sus circunstancias.

Había tristeza en su semblante. Resignación. Una mujer sin otra opción más que aceptar sus fracasos.

Armando terminaba de lavarla. Sus ojos, llenos de lágrimas por recordar a Anel. Por perderse con tanta facilidad en el recuerdo de una muerta. Preparaba la toalla y la silla para sacar a Hortencia. La mujer derramaba un par de lágrimas que se unían con el agua sucia de la tina.

Armando dejó caer la toalla al piso.

—Hortencia... perdóname. Porirme, por abandonar a los niños. Nadie se lo merecía.

Después de verlo por largo rato, Hortencia parpadeó una vez.

El agua se enfriaba con tanta lágrima.

La noche cayó. Su negra espesura cubrió la casa. Los cuatro, reunidos en la sala, incómodos, cautivos. Herminio se asomaba por la ventana.

Menos de una hora después, la camioneta de Fermín aparcó frente a la casa. Al entrar, Haroldo sonrió de ver a la familia reunida. Parecía que se pondría a llorar. La expresión de alguien al que se le acaba de cumplir más de un sueño.

— ¿Listos, familia?

—Hijo... —Aparte de tenso, Armando sonó dulce—, ¿a dónde nos llevas?

—Papi, tienes que prometerme que no harán pendejadas. Es por el bien de todos.

—Sólo quiero saber...

—El primero que se pase de chingón se muere. —El arma al aire—. No me prueben. —Sintió la mirada de su madre encima, sus ojitos negros gritaban que sabía dónde había estado—. Vámonos.

Parecían una comuna de gitanos. A medianoche, en medio de la oscuridad de luna opaca, más profunda en Villa Hundida que en ningún otro lado.

Herminio subió las cajas a la camioneta, mientras Haroldo se cambiaba de ropa y Armando envolvía a Hortencia con más cobijas.

Carlos veía a su padre desde una silla en el comedor. Lo veía cojear y atender a esa mujer medio muerta, medio podrida por culpa de sus papás. Recordaba esa única vez, hacía años, donde se había defendido de un niño que lo molestaba. Un empujón que le había ocasionado un castigo y una llamada a sus padres, así como la ahora vacía enseñanza de Anel:

«Somos gente buena, Carlos. No le hacemos daño a los demás. Somos mejores que eso».

Una vez listos, Hortencia fue subida por sus hijos. La sentaron con poco tacto y muchos jalones. Después subió Armando, Carlos en su pierna sana. Haroldo en la ventana del copiloto. Herminio al volante.

—Ve despacio —ordenó Haroldo, envuelto hasta el cuello en el chal negro de su madre—. No queremos que nadie se entere de nuestro nuevo hogar.

Herminio arrancó. Había que andar lento para que el motor no rugiera, como si supiera que esos no eran sus dueños. Como si gritara por auxilio.

Lentos pero seguros, anduvieron por calles angostas y uniformes. Se meneaban de un lado a otro con los baches. Armando veía con desilusión lo desolado de Villa Hundida a

esa hora. Ni un alma que pudiera verlo. Se vio corriendo entre casitas, internado en la oscuridad. No podría llegar lejos. El arma en la mano de Haroldo, siempre lista para cualquier contratiempo.

Tuvieron que tomar la avenida principal por un par de kilómetros. El tramo estaba, cosa rara, iluminado. Carlos y Armando voltearon atrás, Herminio lo vio por el espejo retrovisor. Detrás de ellos, una luz amarilla se elevaba, acompañada por bolas de humo negro. Se oían las sirenas de los bomberos y la policía. Haroldo no volteó. Disfrutaba del camino adelante, ignoraba el de atrás.

Herminio volvió la mirada al frente. De reojo veía a su hermano. Pensó en Fermín, el bienintencionado e idiota de Fermín. Un estorbo menos.

Atajos, angostos como tripas. Villa Hundida los digería. Así llegaron a los límites del pueblo con las tierras prohibidas. Carlos alcanzó a ver las máquinas de las minas, abandonadas y negras. Fósiles de monstruos gigantes, alguna vez magnos, hoy esqueletos inservibles, no menos temibles.

—Para.

Herminio frenó de golpe. Hortencia estuvo a punto de caer, sostenida por su propio peso muerto. Haroldo se volvió a los demás. Se rascó el entrecejo con la pistola.

—La camioneta no puede entrar. Debemos caminar. Cada uno cargue algo. Herminio, tú te llevas a mami. Hermanito, papi, no queremos problemas. De este lado del pueblo nadie oye nada. Aquí no se existe igual...

Salieron a lo helado de la noche. El taconeo de Haroldo llamó la atención de los demás. Llevaba las zapatillas rosas de su madre. Le quedaban perfectas, torneaban sus pantorritas.

—Vamos, familia. Yo les digo por dónde.

Caminaron en fila india. Herminio, con Hortencia en brazos, al frente, seguido de Carlos y Armando, y al final, Haroldo. Treparon cerros de basura. Levantaron tierra roja, como brillantina con la débil luz de la luna. El sulfuroso aroma se intensificaba.

Pasaron junto a las entradas a las minas. Carlos se sentía en un mundo de fantasía. Temía que algo saltara de la oscuridad, de las raíces que brotaban como dolorosas varices de la tierra.

Al llegar al área residencial, Herminio confirmó sus sospechas. Haroldo se había topado con los mitos que los más ancianos de Hundida contaban para que nadie se acercara a las tierras. Aquello que acechaba, de lo que nadie regresaba igual. Eso que se había comido a su hermano. Temió por él, incluso por su madre en brazos. Temió por su padre y por Carlos.

La mansión del paraíso de Haroldo se asomó como visión en un desierto de sangre. Haroldo rebasó a su familia y admiró su nuevo hogar. Las lianas rojas cubrían la fachada y ventanas. Parecía el capullo de una oruga gigante.

Era grotesco. También hermoso.

Varios metros atrás, escondida detrás de un montón de metal oxidado, la bruja Jesusa se comprimía la cabeza con las manos. Bañada en sudor, rogaba a los gritos de la tierra que cesaran, que callaran mientras descubría el nuevo secreto de los Mendieta.

La familia se detuvo, maravillada y asqueada ante el edén de Haroldo, que con lágrimas en los ojos y brazos abiertos, reconocía su más grande logro.

—Familia querida, familia adorada. ¡Bienvenidos a nuestro nuevo hogar!

La noche era distinta, libre para mostrar sus secretos. Cielos oscuros, quietud adormilada y misteriosa. La noche se estiraba lo necesario para valer la pena.

Después de dar indicaciones y dejar que los miembros de su familia se bañaran de la majestuosidad de la casa, Haroldo se internó en la cocina, cuadro gigante de azulejo alguna vez blanco, amplia isla en medio, cajones y alacenas a los lados. Igual que todo en su casa, cubierto por la enredadera roja.

El chal de su madre le caía hacia atrás como cascada negra, descubría sus hombros esqueléticos. Capa larga y ondeante. En la isla, la caja con la cacerola, llena de carne, verduras y hierbas. Era la cena de la madrugada, la cena que terminaría de unir a la familia.

Mientras se preparaba, oía arriba los pasos de los demás. La casa, por fin llena. Por fin, libre del solitario crujir de las lianas.

Sin luz eléctrica, todo cuarto estaba equipado con velas y cerillos. En la habitación más alejada, con una gran ventana cubierta del Rojo, Herminio esperaba que su padre instalara a su madre. Carlos no se despegaba de su lado. Parecía tan asqueado como él de la casa. El olor azufroso les picaba las narices.

Armando acomodaba a Hortencia en la cama sucia. No la veía a los ojos. Tampoco a su miedo. Dejó su maleta a un lado y se unió a sus hijos.

La mujer no entendía lo que sucedía. En su casita, entre las mismas paredes, por tantos años, se había sentido segura. Fuera de ahí, estaba confundida. La cabeza dolía. El cuerpo que no conseguía mover, ardía. El bulto despertaba de su letargo, del claustro que había aceptado. Ahí, sola, gruñó como animal herido. Pensaba en Haroldo. Su amor, su castigo.

Su gruñido, hundido en la magnitud de su nuevo hogar, escondía un grito gigante. El más grande de todos.

Siguieron su recorrido al cuarto de Carlos. Un poco más grande que el de Hortencia. Igual de abrumador, igual de rojo. El calor húmedo los hacía sentir sucios.

—Déjame quedarme con él —pidió Armando, lastimoso. La pierna le chillaba.

—Cada uno en su lugar. —Cerró el cuarto con el niño adentro—. Esa fue la orden.

Herminio dejó a su padre en su habitación, al final del pasillo. Otra cama vieja, llena de tierra y enredadera. La ventana más pequeña, igual de tapizada.

—Vendré por ti cuando la cena esté lista.

Armando no dejó que su hijo saliera. Cerró la puerta. Más humo rojo suspendido. La luz de la luna, a través de las raíces, pintaba sus caras de alarmante carmín. No se veían más que los ojos y sombras de sus rostros.

—¿Por qué le sigues el juego? Tú no estás loco.

Su voz era autoritaria, la de un padre de verdad. Herminio clavó la mirada al piso.

—Veme a los ojos. ¡Que me veas! —No le importó que su hijo llevara el arma. Lo tomó de la camisa y lo estrelló contra la pared—. ¿Vas a dejar que ese degenerado mate a Carlos? Me quitó a mi niña. No puedo...

La luz roja brillaba más en Herminio. El tipo mostró los dientes amarillos y empujó a su padre. Armando, sin la fuerza de la pierna baleada, cayó sentado en la alfombra. Herminio le apuntó el arma a la cabeza.

—Ese degenerado también es tu hijo. Hace lo que hace porque no estuviste, porque nos dejaste con ella. Nosotros no tuvimos opción.

—Tú no eres así. No eres un asesino...

—¿No te has preguntado si yo también quería a mi familia de vuelta? —Se acercó lo suficiente para que Armando pudiese ver el arma en su totalidad—. No me vuelvas a tocar.

Salió y cerró. Armando tuvo miedo de la soledad. Extrañó tener lo que quedaba de Hortencia frente a él. Prefería ver los pecados de la mujer a los suyos.

Herminio se encerró en la habitación que su hermano le había asignado, la más repleta de raíces y suciedad. No era coincidencia. Haroldo quería que lo entendiera y fuera parte de aquello que tuviese en la sangre.

Encendió su vela y se sentó en el piso. La cama, cubierta y palpitante, le daba asco. Una de las raíces de la ventana bajaba, se enredaba entre la cama y terminaba en medio de la habitación, frente a Herminio.

Tomó la punta de la raíz y la arrancó con un satisfactorio chasquido. La vio de cerca. La parte cortada parecía una mezcla entre planta y carne. Demasiado roja, demasiado sangre. Sin dejar de verla como algo vivo, algo empeñado en arrebatarse a su hermano, la bajó a la flama de la vela y la hizo dar vueltas sobre el amarillento calor. De inmediato despidió humo. No pasó un minuto para que el resto de la rama, en la cama y ventana, empezara, de igual manera, a despedir humo. Como si nunca la hubiese partido. Como si no hubiera forma de separarse del Rojo.

Antes de que la cama empezara a arder, la retiró de la flama. Analizó su dolor, su poder. Atada al pueblo. A su hermano. A su odio.

La noche, cada vez más desenvuelta, admiraba los nudos desatarse.

Jesusa corría lejos de las minas. Cada ciertos pasos perdía el equilibrio. De noche, los gritos de las rocas tenían una furia especial. Lobos, libres de rondar por el bosque, en busca de su presa. No hay límites cuando el sol termina su guardia. Tropezaba y se levantaba. No hacía caso de las explosiones en su cabeza. Los gritos le recorrían los brazos y piernas. Le inundaban los ojos de visiones, rojas y alarmantes. Criaturas veloces, desalmadas.

Antes de dejar atrás las minas, sintió los oídos calientes. Finos hilos de sangre escurrían. Hilos negros con la luz de la luna, suspendidos en el aire, deseosos de llegar a la tierra. El tiempo se detenía. Amable con los secretos y lo escondido en las cuevas. En las mansiones abandonadas.

Llegó a su casa arrastrando los pies. Los oídos le zumbaban chillidos permanentes. Olvidaba lo que había hecho, hacia dónde iba. Su misión. El olor evitó que se echara en el sillón. La peste azufrosa de las minas plagaba las telas y paredes.

Entonces recordó el plan.

Notó algo extraño. Un silencio, una penumbra. No escuchaba el susurro de sus plantas. Como madre abnegada, sin notar la chapa del baño rota, corrió a su herbario. Ahí, sus plantas tapizaban el piso. Secas, quemadas. No quedaba hierba viva. Residuos de sus voces, serenas y generosas, flotaban en el aire. Lo último que Jesusa tendría de ellas.

La bruja se tiró de rodillas. Tomó lo que sus manos pudieron y se llevó las hojas a la cara. No podía hacerse llorar para mojarlas con sus lágrimas, para hidratarlas y devolverles vida.

Tanta muerte. Tanto odio. Tantas víctimas.

Desde la oscuridad, detrás de ella, Liliana contemplaba a su tía.

—Cosechas lo que siembras.

Sin soltar sus plantas, Jesusa se puso de pie. Se sintió estúpida por no haber tomado la escopeta del sillón.

—¿Por qué? —Jadeaba de dolor y cansancio—. ¿Por qué matarlas?

—El té. ¿Qué me hiciste?

—Te di lo que te faltaba para salvar a tu familia.

Liliana se acercó. Su piel, encendida con el rojo de la perdición. Sus ojos, un segundo fuera de sí; el otro, hundidos en confusa tristeza. Estaba descalza. Su costado, el de la herida, manchado con sangre seca.

—A ti no te importa mi familia. ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que todos queremos, escuincla. Venganza.

—Eso es todo lo que soy. Venganza. En eso me convertiste.

Liliana pareció regresar a su antiguo ser y se agachó para llorar. Se rodeaba el estómago y aquello que la llenaba y cambiaba. Jesusa soltó sus hojas muertas y acarició el cabello de su sobrina, negro y brillante, igual que el suyo y el de su hermana cuando eran jóvenes.

—Fueron los Mendieta. Esa primera camada fue la que los destruyó, niña.

—Venganza...

—Sí, escuincla. Mata al menor. Está lleno de la tierra. Más que tú. Si no lo haces, matará a tu hermano y a tu papá. Están en las minas. En una de las casas abandonadas. Hazlo y venga a tu madre.

—Para eso —dijo Liliana—, tengo que empezar con la que llevó a Herminio a mi casa...

Su mirada, al alzar la cabeza, fue lo que Jesusa necesitó para alejarse. Pisó el cementerio de plantas y bondad. Liliana

se agachó lo suficiente para llenar sus puños de hojas muertas, restregarlas en su cara y olerlas.

—Eres igual a Anel —hablaba el miedo de Jesusa—. Creen que se merecen el mundo sólo por haber nacido.

—Mi mamá nunca habló de ti. No le hiciste falta tú y tu pueblo de mierda...

—Convenció a tu padre de abandonar a su familia. Dudo que esa cabrona haya sido muy feliz. Lo que le pasó a mi hermana era lo único que se merecía.

Liliana saltó como felino. Empujó a su tía y le cayó encima. La mujer gritó por el golpe en la espalda. Su sobrina entonces aprovechó para meter un puñado de hojas muertas en su boca, en su garganta. Jesusa no pudo luchar. Sus brazos, atrapados bajo las rodillas de Liliana.

Hierbas, hojas, tierra. Liliana se encargó de que todas se hicieran parte de la bruja. Igual que el Rojo en ella, las metió hasta que no pudo empujarlas más.

Los ojos de Jesusa, abiertos como platos, aterrados y a la vez asombrados, esperaron hasta ese último momento para cumplir su deseo. Regalo de despedida.

Derramaron el preciado tesoro perdido. Una lágrima, hermosa y pesada.

Así se fue la bruja de Hundida. Así dejó de escuchar lo que los demás no podían.

Liliana dejó la casa de su tía. El camino, empedrado y frío, lastimaba sus pies descalzos. No necesitaba preguntar por la dirección de las minas. El cielo se lo decía. Negro sobre ella, rojo en el horizonte. Su piel también la dirigía. La protegía de las sombras de la madrugada. De uno que otro borracho tambaleante, de los rateros y los violadores. Decidida, llegó a las

orillas del pueblo, al final de lo que esa gente consideraba civilizado. Seguía un instinto desconocido. Sólo aceleraba al recordar a su hermano y a su padre.

Una vez cruzadas las mallas, el calor de su cuerpo incrementó. La furia era necesidad. Al pasar por la mina taponada con rocas, Liliana se detuvo. Los pies le sangraban. Las raíces y la tierra en las rocas brillaban escarlata, como reflejo de luna en el agua.

A lo lejos, otra luz llamó su atención. Amarillenta y parpadeante. Velas en el segundo piso de una de las viejas mansiones abandonadas.

Liliana continuó su trayecto.

Arrastraba los pies. También la escopeta de su tía Jesusa.

Las velas, guardias de la mansión, vigilaban que nadie desapareciera en la oscuridad del nuevo hogar.

Hortencia llevaba más de una hora alterada y confundida. Asustada, pensaba que las raíces de la ventana eran víboras dispuestas a comérsela. Intentaba gritar, cuando su puerta se abrió. Por un momento, su mente la engañó. Creyó que era Haroldo. La figura tosca y desparramada le hizo reconocer a su primogénito.

Herminio arrastraba los pies. Su cara, más hinchada de lo normal, evidenciaba que había llorado. Sin hablarle a su madre, la rodeó con los brazos para cargarla. Hortencia se retorció como animal malherido. Quería a Haroldo. Exigía al único hijo que amaba.

—¿Ahora qué? —Herminio sonaba harto.

Hortencia contestó con gruñidos ilegibles.

Herminio vio a su madre con más que cansancio. Antes, siempre había algo su mirada que suplicaba un poquito de amor.

Ya no.

—Es hora de cenar.

La cargó sin el cuidado de antes. El cuerpo de Hortencia se zangoloteó en los brazos de Herminio. Todo le dolió a la mujer, mas no gruñó. Quedó atenta a su hijo mayor, tan cambiado, tan vacío.

Tan similar a ella.

Haroldo, en la cocina, concentrado en el caldo, escuchaba bajar a los demás. Pasos lentos y asustados. Imaginaba que en

un tiempo aquello cambiaría. Serían alegres, ansiosos por la nueva hora de la cena.

Al caldo frío se le empezaba a formar una capa de grasa encima. De sus pantalones, pegada a su piel, sacó la raíz con la que había asfixiado al rapado de las pistolas. La misma que le había salvado la vida. Roja y gruesa, sus espinas almacenaban la sangre de ambos. Sin más, la dejó caer en el caldo y revolvió hasta que la grasa se unió con lo demás.

Pasó unos minutos viendo el consomé teñirse de color sangre. Suspiró y agradeció a la rama. Al Rojo.

Con la olla en brazos y suspiros de entusiasmo, caminó al comedor. Niño en su fiesta sorpresa, ignoró las caras largas, el miedo que no se dignaba a irse. Vio a su familia, más grande de lo que creía posible. El sueño hecho realidad.

—Los amo.

El comedor, salón de exageradas proporciones, parecía un espacio de negrura sin fin. Los ventanales, obstruidos por las raíces, destellaban con la poca luz del exterior.

La gran mesa, doce sillas a su alrededor, adornadas con velas largas en medio. Armando se sentó en el lado que daba al ventanal. Las flamas lo hacían parecer más viejo y ojeroso. Frente a él, el bulto que alguna vez había sido Hortencia. La mujer se movía como nunca desde la golpiza. Babeaba y gruñía. Junto a ella, Herminio, y frente a él, Carlos. El niño tenía la mirada clavada en la vela delante suyo.

Haroldo puso la olla en el otro extremo de la mesa. Sirvió uno a uno los platos, dándole un beso en la frente a cada comensal. Su taconeó hacía eco en la casa. Una vez terminado, se sentó en el lugar principal, junto a su inquieta madre.

—Gracias por estar conmigo. Por aceptar estar juntos. Esta es nuestra primera comida en nuestro nuevo hogar, familia querida. Tendremos que acostumbrarnos a los horarios. Así nadie nos encontrará. Dormiremos en el día. Durante las noches, haremos nuestras vidas aquí adentro. Nos divertiremos como nunca. ¡Como nunca! No necesitaremos nada más. Nada más que nosotros, familia adorada.

El sollozo de Armando captó la atención de Carlos. La derrota de su padre ya no lo alarmaba. Sabía que el hombre no tendría la fuerza para escapar. Carlos estaba solo y lo entendía. Su sopa brillaba como si fuese diamantina roja.

—Gracias por regresar, papi. —Haroldo estaba fascinado con las lágrimas—. Todo queda perdonado. Empezamos desde cero. Ahora comamos. Espero les guste.

Haroldo tomó un poco del caldo. Antes de darle una cucharada a su madre, esperó a que los demás hicieran lo mismo. Armando, sin detener su llanto, se obligó a hablar e impedir que los demás comieran:

—Podrás tenerme aquí todo el tiempo que quieras, Haroldo. Pero grábate una cosa. Yo no soy tu papi. Tú, para mí, no eres más que un loco de mierda. Te juro por mi hijo que vamos a salir de aquí. Y si algo le pasó a mi niña, con estas manos te voy a matar.

Silencio. El leve crujir de las flamas.

Haroldo, entero y controlado, se levantó con lentitud.

—¿Sabes, papi? —Su voz temblaba— Si algo me ha enseñado mami —Puso una mano en el hombro de su turbulenta madre—, es que todo tiene solución. Esta puta parálitica que ves aquí vivió para hacernos daño. Hubo que enseñarle. Y aprendió. Yo te prometo, papi, que de una u otra... —Sacó el arma y apuntó a Carlos—. vas a aprender.

Por primera vez desde el secuestro, Armando mostró signos de querer vivir. Sus labios y puños temblaron, no de miedo, sino de coraje. Carlos no sintió nada. Una parte de él

quería que todo acabara; otra, muy en el fondo, que la bala terminara en su padre.

Ninguna de las dos ocurrió. Dos disparos mucho más potentes y furiosos entraron de la oscuridad de afuera por el ventanal detrás de Armando. El arma de Haroldo y trozos de raíz volaron. El aire se cubrió de la nube roja. Todos, menos Carlos y Hortencia, se agacharon. Un gran agujero se había formado en el ventanal. Un rayo blanco y lechoso de luna entró y alumbró las astillas de madera al caer.

Haroldo buscaba el arma en el piso.

Apareció una silueta, grande y poderosa, criatura de otro mundo. Poco a poco, conforme se acercó, tomó forma humana. Liliana, escopeta en mano, entró por el agujero. La primera mirada que encontró fue la de su hermano, ojitos tímidos y lastimados. Después vio a su padre. Sin saberlo, los tres sonrieron por verse vivos.

Sin embargo, la atención de la repentina visita se clavó en Herminio.

—Perro, hijo de puta.

Alzó y apuntó el arma. Su piel roja era una vela más.

—¡No, Liliana! —Carlos saltó de su silla. Sus manitas pedían que se detuviera—. A él no.

—No sabes. —Vio a su hermano y a su padre—. No saben...

—Hija... Déjalos y vámonos.

Hortencia, la cara tapizada de escombros, se retorció en su silla. Entendía muy bien lo que ocurría. Veía en la cara de la joven con el arma las facciones de la otra mujer. Sabía lo que su adorado hijito había hecho. Se retorció lo suficiente para ver a Haroldo en el piso, en busca de su pistola. Aún parecía su bebé, el mismo que la había dejado como bulto. No lo odió. Sintió pena por él y por su plan fallido. También se sintió orgullosa de lo lejos que había llegado.

Herminio no se movía. No se atrevía a tomar su arma de la mesa.

—Diles lo que hiciste —ordenó Liliana entre dientes—. Lo que le hiciste a mi mamá.

El puchero de Herminio distorsionaba su ya desgraciada cara. Negaba, y en silencio, pedía que una bala callara las imágenes en su cabeza.

—¡Diles lo que hiciste!

—No quería... lo juro... no quería pero... yo... Anel... yo hice que chocara...

Armando no pudo controlar su cuerpo y vomitó en la mesa, en su caldo rojo. Carlos bajó los brazos, rendido.

—La mataste. —Liliana apuntaba, el rojo en su cuerpo hervía—. Ahora me vas a pagar con la misma moneda.

Apenas movió la escopeta un par de centímetros. Respiró odio. Y disparó.

La bala no era para Herminio, tampoco para Haroldo. Era para su madre. Justo en la cara babeante de Hortencia, fija en Haroldo. Su cabeza, su insatisfacción, estalló con un crujido. Sesos y trozos de cráneo volaron, y junto con la tristeza infinita de la temida Hortencia, aterrizaron en los demás presentes.

El comedor se tornó aún más rojo. Bañado en sangre. Bañado en venganza.

Por un par de minutos, no hubo más que el resonante pitido del disparo, astillas y trozos de raíz en el aire. Lo único que se movía era el cuerpo de Hortencia al resbalarse de su silla.

No terminaba de caer al piso, cuando un grito llenó cada centímetro de la casa.

Era Haroldo, ante lo que quedaba de su madre. Se arrojó al cuerpo, irreconocible, y lo alzó. Entre gritos y lamentos, intentó acomodarla en la silla. Luchaba por ver su cara en el espacio vacío, grabarse su hermosa expresión pesimista. Por un instante, el Haroldo de antes supo lo que el Haroldo de ahora había hecho a su madre. Las lágrimas salieron en forma de espesas gotas rojas que partieron su rostro polvoriento.

Al ver lo ocurrido, Herminio, por primera vez en mucho tiempo, se sintió tranquilo.

Liliana bajó la escopeta. De pronto, el cansancio era mayor que la ira.

—Vámonos —le dijo a Carlos y a Armando—. Esta no es nuestra casa.

Tomó la mano de su padre, acabado y confundido, y lo obligó a caminar. Llamó a Carlos, paralizado frente al arma de Herminio, en la mesa. Iban al ventanal roto. Al frío de la madrugada.

Sólo Liliana escuchó detrás los pasos sigilosos y veloces. No alcanzó a voltear. Sintió el jalón de cabello y cayó de espaldas. Soltó la escopeta.

Haroldo la jaló como si se tratara de un trapo. Ya no llevaba el chal de su madre. Su camisa estaba rota. Su piel, más roja que nunca. Sus pies se aferraban a los tacones rosas. Sin dejar de bufar como animal, arrastró a su hermana lejos del

comedor, hacia la puerta bajo las escaleras, tapizada de raíces. La abrió de golpe y levantó a Liliana. Se vieron por un instante, ambos rojos. Lágrimas tatuadas.

—Vamos a jugar...

Con todas sus fuerzas, la arrojó.

Liliana rodó escaleras abajo. Haroldo cerró la puerta y bajó. Lo hizo lento, para así planear todo lo que le haría a su invitada.

Herminio tenía lo que restaba de su madre junto a él. Sorprendido de no sentir pena, se esforzó, mas no encontró ningún recuerdo donde la mujer hubiese sido una buena madre, donde aquella parte que amaba a Haroldo se asomara con él. Nada. Lo único que pensó fue que ahora sólo le quedaba un miembro en su familia, sólo uno que lo quisiera como era.

El clic del seguro de su arma lo hizo voltear. Carlos, sucio y falto de expresión, sostenía la pistola, tembloroso. Se veía enorme en sus pequeñas manos. Parecía pesarle. El peso del mundo entero en manos del tímido niño de Villa Alta.

—Dijiste que me cuidarías... te creí... —El puchero deformaba su cara hasta adquirir un ligero parecido con su medio hermano—. Y tú la mataste...

—Lo dije en serio. No quería que tu mamá muriera. Ella estaba enojada y...

—¡Carlos, dame eso! —intervino Armando, detrás de Herminio.

En lugar de obedecer, el niño apuntó también a su padre.

—¿Por qué los abandonaste?

—Hijo, no...

—Mamá y tú tienen la culpa de todo...

Apretaba la boca. Lloraba sin control. El niño estaba por reventar. Oscilaba el arma de uno a otro.

Armando bajó los hombros. Su duda jadeaba. Su cuerpo apenas resistía.

—Yo... No amaba a Hortencia... Tu mamá... Tu mamá quería darme una familia...

—¿Te convenció de abandonar a tus hijos?

—Me dijo... —Armando olvidaba que hablaba con su hijo de once años—, dijo que los niños crecerían bien. Que juntos crearíamos la familia perfecta...

Herminio y Carlos se vieron las caras. El deshecho y el prodigio.

Tanto Herminio como Armando desearon el disparo.

Carlos deseó desaparecer, no sin antes apretar el gatillo.

El disparo despabiló a Liliana. En la oscuridad, arañó al aire. No veía nada más que infinita negrura. La peste azufrosa. El pesado ambiente al que su cuerpo infectado se veía obligado a acercarse.

Iba a ponerse de pie, cuando una patada en el vientre le sacó el aire. Le siguió la fuerte respiración de Haroldo, toro malherido.

—Concéntrate y verás. Sé que lo tienes adentro. Anda, concéntrate.

En lo que recobraba oxígeno, Liliana siguió el consejo. Un poco de atención y el panorama se amplió. Como si se pusiera lentes de infrarrojo, el sótano adquirió dimensión y forma. Aun así, no alcanzó a ver dónde terminaba. El piso era de tierra. A unos cuantos metros de ella, empezaba la laguna. El líquido espeso se meneaba. De repente, brillaba como todo lo infectado con el mineral de Hundida.

Quiso ubicar a Haroldo, justo cuando el tipo le lanzó un puñetazo. Sintió el tronar de su nariz al romperse. El bufido de su medio hermano sonaba doloroso.

—¿Qué se siente ser la otra familia? ¿Qué se siente saber que tu mamá muerta era una zorra egoísta? Qué injusto que no esté aquí. No sé qué hubiera dado para que los viera. Así, como los perros asquerosos que son.

—Lo que oí es que tu madre sí era puta. La carne más barata de este pueblo de porquería.

La siguiente patada en el estómago tuvo una fuerza especial. La necesaria para que Liliana sintiera que se le salía el odio. Vomitó con coraje. Expulsó un líquido caliente, amargo. Espeso y tóxico.

—Ay, hermanita. Pudimos haber sido una buena familia.

—Estás imbécil...

—No soy imbécil. Estas aguas me dieron la idea. Me iluminaron. Si queremos ser felices, hay que arreglar nuestras cagadas. Las de nuestros padres. No soy imbécil, hermanita. Sabía que no sería fácil. Ustedes, con su vida resuelta. Sabía que papi no los abandonaría. Menos con la esposa recién muerta. Por eso me preparé, Lili. Verás, no estoy solo. En este pueblo nadie se extraña de nada. La gente desaparece. Nadie pregunta. Vivir en Hundida tiene lo suyo.

Haroldo se llevó dos dedos a la boca y soltó un chiflido que retumbó en el sótano. Casi de inmediato, las aguas frente a ellos se perturbaron. Burbujearon, como si hirvieran. Liliana tuvo miedo, poderoso y paralizante.

Ante lo increíble que ocurría frente a ella, lo único que pudo pensar, fue en lo maravilloso que sería rendirse y no tener que huir del par de criaturas que emergían de las aguas rojas.

El arma, como si cargara con los pecados de cada uno, vivos o muertos, pesó demasiado. Las manos de Carlos no pudieron sostenerla y la soltó. Caliente, recién descargada. El niño se dejó caer de rodillas en el piso alfombrado, repleto de astillas y trozos de vidrio. Desde ahí, vio a su hermano mayor retroceder, manos en el estómago. La sangre, negra y centelleante, se expandía a través de la ropa.

Armando no supo a quién acudir. Al hijo herido o al catatónico. Herminio se pegó a la pared al fondo del salón y se deslizó hasta quedar sentado. Temblaba. El dolor le sorprendía. No molestó a nadie con sus lloriqueos, como bien se lo había enseñado su madre.

Armando fue hacia Carlos, su pequeño. El bebé con el que Anel había conectado en cuanto se vieron las caras. No tuvo el valor de cargarlo. A lo lejos escuchaba los gruñidos y golpes del sótano.

—¿Te vas a quedar ahí parado? —Herminio tosía las palabras. Armando lo escuchaba sin verlo—. ¿A esperar que tus hijos se matan entre ellos? ¿Me vas a confirmar lo cobarde que eres?

Carlos lo vio. Esperaba la respuesta de su padre.

Liliana también pensaba en su madre. Pensaba en ella siempre que tenía miedo. Ella podía con todo y con todos. La que jamás dejaría que algo malo le sucediera. La mujer engaño. Las palabras de Jesusa hacían eco.

No podía pelear. Ya no sentía el coraje. Lo había vomitado casi todo. Poco quedaba de su conexión a ese asqueroso lugar, nada más que el miedo de terminar sus días ahí, al lado de su hermano mayor.

El par de masas de carne vivientes abandonaban el lago de sangre. Se acercaban a ella.

Haroldo los veía con gusto. Sus bellas mascotas, sus guardias. El rapado con el que descubrió el sótano era el que había sufrido más cambios. Atrás quedaba el idiota homofóbico. El monstruo que salía de la brillante espesura era sofisticado, conectado al origen, al Rojo, muy dentro de las profundidades de las minas. Sus manos se habían transformado. Sus dedos eran ahora raíces, enlazadas al todo, a Villa Hundida. Sin uñas, cada una de las raíces se extendían a donde fuera necesario para informarse. Su cuerpo desnudo, más rojo que nunca, brillaba mientras se contorsionaba como si sus huesos fueran de hule. Su cara apenas conservaba los ojos, cicatrices infectadas. Su nariz y boca, en cambio, se habían ampliado. Se arrastraba como serpiente, o bien, como animal atropellado que lucha por llegar al otro lado de la carretera. Su instinto lo conducía a Liliana.

La otra criatura llevaba poco tiempo de transformación. Mateo aún conservaba sus dedos, aunque sin uñas. Igual que sus ojos, bien abiertos, sedientos de luz. Su sufrimiento era evidente. Tortura en cada movimiento. Sus huesos se quebraban. Gemía y chillaba mientras avanzaba. Su cuerpo era obediente, unido a aquello que revolvía y quemaba sus entrañas. Su mirada, en cambio, inspiraba lástima. Haroldo lo admiraba, no sin un dejo de culpa. Quería que su metamorfosis terminara. Que dejara de ser el Mateo que lo había abandonado.

—Carne joven, queridos. Pueden empezar por la cabeza. Tributo a mami.

A través de los restos de la tierra que quedaba en su sistema, Liliana sintió cómo las criaturas comprendían lo que Haroldo decía. No a nivel intelectual, no por medio del oído, sino por las raíces en sus dedos, en sus rojas pieles.

Se arrastró lenta, sin esfuerzo. Se alejaba y se convencía de que su hora había llegado. Esperaba que Carlos no sufriera mucho. Que no viviera demasiado para convertirse en parte de esa familia. En su padre no se atrevió a pensar.

El rapado enredó sus raíces en el tobillo de Liliana. En cuanto lo hizo, lanzó un grito de animal malherido. Dolor y satisfacción. De un jalón la tuvo bajo él. Mateo se unió. Su grito fue menos gutural, más humano.

Haroldo se acercó. Liliana perdía la visión. Nada más que sombras rojizas, movimiento y brillo. Sintió el par de lenguas en su piel, en la cara. Se dejó saborear. Esperaba la mordida. El agasajo.

Segundos después de que regresara a su forma humana y mundana, envuelta en oscuridad, un haz de luz, amarillo y débil, proveniente de arriba, iluminó a Haroldo. Armando, con un puñado de velas en mano, vio a su hijo, para después alumbrar a las criaturas, y por último, a su hija. Se detuvo un momento para ver el vómito rojo y burbujeante alrededor de Liliana, así como su piel, que parecía recobrar su color original. Temeroso del riesgo, no tuvo opción más que seguir el consejo de Herminio. Al buscar raíces para quemar, encontró la laguna. Sin detenerse a considerar, desde lo alto, arrojó las velas a la roja espesura. Los cuatro de abajo vieron las llamas descender, pequeños ángeles de fuego destinados al abismo.

En un principio, no ocurrió nada. La oscuridad regresó. El rapado le rugió a Mateo, y juntos, abrieron los hocicos. Sus dientes, podridos y afilados, brillaron. Entonces, una muralla de fuego se elevó del agua roja, y junto a ella, un chillido proveniente de la espesura, mezcla entre gritos de agonía y trompetas desafinadas.

De un momento a otro, gran parte del sótano se iluminó.

Haroldo y sus criaturas no sólo se deslumbraron con la repentina luz, sino que sintieron lo que la enredadera cortada por Herminio. La conexión con el Rojo hizo de las suyas. El calor que quemaba a la laguna los quemaba también a ellos.

Haroldo se alejó de las llamas, como si así pudiera dejar de sentir su piel arder. Las criaturas saltaron como gatos espantados. Armando, con la mano libre, elevó la escopeta. Apuntaba a su hijo.

—¡No te muevas!

Haroldo se quedó quieto. El fuego se extendía a lo largo y ancho de la laguna. Su cuerpo se calentaba. Su piel se encendía. Su furia, regalo de las profundidades, brotaba en forma de ámpulas en brazos y espalda.

Sin quitarle la vista de encima, y en medio de tropiezos, Armando bajó las escaleras y llegó a su hija. Con un brazo la puso de pie. Liliana ofreció poca cooperación. La fuerza que la hizo recargarse en ese hombro familiar, fue la misma que recordaba de su padre, del hombre antes de la muerte de su madre, antes de los secretos destapados.

—Vámonos de aquí.

Haroldo estaba ante el padre ausente. El que nunca llegaría a tener, sin importar cuánto lo obligase, ni cuántas veces le disparase en las piernas.

Ese no era su papá. Jamás lo había sido.

No por eso era justo.

—Eres tu propia versión de Dios, ¿verdad, papi? Benévolo, todopoderoso. —La voz se le cortaba con el dolor en la piel, en las entrañas—. Herminio y yo somos tus primeras creaciones. Ensayo y error. Ángeles defectuosos que no pudiste amar. Te fuiste para crear a tus mortales y vivir tu vida de elogios. ¿Y ahora nosotros somos los malos? ¿Los caídos de tu reino? Papi querido, no somos más que ángeles abandonados.

El desahogo salía junto con las ámpulas, con el fuego que quería brotar de su ser. Sin saber lo que le ocurría, el rapado se retorció en la tierra. Mateo, en cambio, supo que se quemaba vivo. Gritó, y con sus dedos sin uñas se arrancó la piel. La piel y el recuerdo de Haroldo.

—No eres mi papi... no eres papi de nadie.

Como serpiente en agonía, Haroldo abrió la boca, hambriento, rabioso. Sus pasos pesados, hacia Armando y Lilliana. Ambos, iluminados por el fuego sobre el agua roja, ahora extendido a las raíces del techo. Un mar de llamas de cabeza. Cielo encendido y prohibido. Ira contenida, sedienta del siglo de afuera, de la vida del exterior. Padre e hija eran pureza dentro de un infierno. Así los vio Haroldo. Los ojos rojos de tanto calor. Su rostro deforme, ámpulas que aparecían y estallaban. Una se llevó su nariz y un líquido rojo, sangre o la tierra de Hundida, salió disparado como pus.

—Pudimos... —La lengua se le hinchaba— pudimos ser perfectos...

Armando admiró la cruel belleza de su hijo. Alzó la escopeta y apuntó a la cabeza. El fuego en el agua crujió, parecido al incesante llanto de Haroldo cuando era bebé, siempre inconforme con su alrededor, con los brazos que lo arrullaban, con la vida que le ofrecía la injusta providencia.

—Pudimos... —dijo Armando— perdóname.

Una última lágrima roja salió del ojo inservible de Haroldo. Sus dedos, como si se derritieran, se alargaron al punto de parecer ramas torcidas. Las dirigió a su padre. Al arma.

Armando estaba por apretar el gatillo, cuando su hijo liberó el Rojo de su cuerpo. Las llamas brotaron, y de un momento a otro, lo envolvieron. Haroldo se iluminó como una estrella estática, atada a la tierra. Las orejas se consumieron, el ojo restante reventó. Haroldo no se movió de su lugar. Aguantó el dolor, nada que no conociera.

Recibió su muerte de pie, en los tacones rosas de su madre. La mano estirada a su familia, sin dejar de exigir lo que le correspondía.

Armando le lloró al monumento de fuego. Lloró mientras jalaba a su hija, y una vez más, huía. Subieron las escaleras. El fuego no les haría daño. No estaba conectado a ellos. Ya no.

Los tres cuerpos corrompidos brillaron como nunca, rebosantes de luz. Tardaron en perder su forma. Árboles secos, aferrados a su historia. Haroldo fue el último en calcinarse. Su cuerpo, delgado y macizo, se aferró a su lugar en el mundo. Cuando por fin cedió y se tornó en tierra roja, el fuego paró. Se retiró de los techos y paredes y se disolvió en la laguna.

La luz del sótano, vela gigante, se extinguió hasta hundirse en terrible oscuridad. La necesaria para permanecer escondida, en espera de volver a ser descubierta.

Descubierta para recibir ofrendas.

Deliciosas ofrendas, consumidas en un instante, saboreadas por una eternidad.

Las velas protectoras vivieron rápida vida. Sincronizadas con la noche, entendieron que su propósito terminaba. La oscuridad de Villa Hundida, nunca del todo muerta, se escondió poco a poco. Su sol no era el mismo ahí. Pálido y grisáceo, amenazaba con iluminar la tierra y extinguir sus brillos escarlata.

Carlos estaba en el piso, sentado frente a su hermano mayor, el que lo cuidó después de traicionarlo. Herminio tosía, no dejaba de hacer presión en su herida. Parecía que el cadáver de Hortencia los vigilaba. Un denso y rojo humo salía por debajo de la puerta del sótano.

—Mi mamá tampoco fue buena —admitió Carlos—. Mi papá debió quedarse contigo. Perdón.

—Nunca pidas perdón por los errores de tus padres. — Su voz era ronca.

Carlos veía los zapatos sucios de Herminio. Apretaba sus pequeños puños.

—Alguien debe pagar.

Herminio sonrió.

—Ya todos pagamos.

En cuanto se abrió la puerta del sótano, una bola de humo se esparció en el comedor, cubriendo el cuerpo de Hortencia. Armando apareció de entre la fumarola rojiza, Liliana recargada en su brazo. Ambos cojeaban. Carlos se levantó, corrió y abrazó a su hermana. No importaba si no era ella, si Villa Hundida se la había comido. Era la única que le quedaba en un mundo de mentirosos y traicioneros.

Liliana soltó a su papá y se dejó caer en los brazos de su hermano. Armando no pudo unirlos. En lugar de eso, caminó hacia su hijo mayor.

—¿Funcionó? —preguntó Herminio en débil susurro.

Armando asintió.

—¿Está muerto?

Bajó la mirada.

Herminio suspiró aliviado, adolorido.

—Bien... eso es... eso es bueno. —No pudo contener las lágrimas. No dejaba de ver el abrazo de los dos hermanos—. No era malo. Pese a mamá... no fue malo. Fue este maldito pueblo, su tierra. Si lo hubieras conocido antes, me entenderías. Era el único... el único que se preocupaba por mí. El único que me quiso bien.

Su llanto cesó. Su semblante se hizo sombrío. El crudo aceptar de un hombre al saberse solo.

Al finalizar el abrazo, Liliana se paró derecha. Reunía la energía para la retirada.

—Vámonos, papá.

Herminio asintió.

—No hagan paradas. No volteen atrás.

Sin decir nada, Armando se inclinó para dar un beso en la frente a su hijo herido. Le sacó de su chamarra la llave de la camioneta. Cojeó y se detuvo ante sus hijo legítimos. Hermosos, como su madre. Los únicos que habían importado. Juntos y fuertes. El mundo por delante.

Demasiado buenos para él. Lo decían sus miradas de cansancio y decepción.

—¿Saben cuánto los amo?

—Vámonos ya. —Liliana no quería esa conversación.

—Los amo con toda el alma. Su madre los amó más que a nada. Por ustedes todo valió la pena. —Se aclaró la garganta para no llorar—. Sólo quiero que lo sepan. Y que entiendan que no puedo ir con ustedes.

Carlos vio a Herminio, solo en su rincón.

—¿Entiendes lo que hizo? —reclamó Liliana—. ¿Qué no oíste lo que...?

—Cúidalo bien —dijo Carlos, fuerte y claro. Liliana calló.

—Soy lo único que tiene.

—Nunca te tuvo —dictaminó Lilibana.

Armando tendió la llave a su hija. Lilibana la vio un rato, antes de tomarla despacio, solemne. Estaban ante una despedida trunca. Una que no convencería a nadie de que eran familia.

Los hermanos se tomaron de las manos. No vieron a Herminio, no dijeron nada más. Se dieron la vuelta, y a paso torpe y cansino, abandonaron la mansión.

Armando no se movió por un buen rato. Grababa la imagen de sus hijos.

Sabía que no los volvería a ver.

Los hermanos corrieron por el cementerio de basura sin detenerse. Al salir de la zona prohibida, Lilibana arrancó la camioneta. No esperó a que calentara. Aceleró con el pie descalzo y lastimado. Una nube de tierra roja se elevó detrás. No dejaba de ver el espejo retrovisor. Aguardaba que su padre saliera de entre los escombros e implorara que lo esperaran. No dejó de buscarlo entre las angostas calles de Hundida. Carlos, en cambio, veía al frente. Se limpiaba las lágrimas.

Al pasar junto a la casa de Jesusa, Lilibana aceleró. Daba vueltas en las esquinas sin precaución. Se subía a las banquetas. La camioneta brincaba y rechinaba.

El escándalo despertó al pueblo. Algunos se levantaron de sus camas. Se asomaron, sin intención de hacer nada. Vieron por sus ventanas las luces de la camioneta. Bien sabían que algo terrible había ocurrido. Nada distinto a lo que estaban acostumbrados. Eventualmente, regresaron a sus camas. No pensaron ni sintieron de más. Después de todo, cada uno respiraba el mismo aire sucio.

Los hermanos no tardaron en hallar la salida del pueblo. El sol empezaba a salir. Los contornos de las colinas que rodeaban a Hundida se iluminaron con suavidad. Las nubes grises hacían lo posible para que no fuera una mañana triunfal.

Llegaron a las subidas mortales, las que les habían causado desconfianza hacía poco más de una semana. A Carlos, el camino ya no le parecía tan peligroso. No se marearía esta vez, su estómago era más fuerte.

—¿Vamos a estar bien? —preguntó a su hermana.

—No necesitamos a nadie más.

Había rencor en su voz. Rencor y tristeza. Quizá fueran los residuos del Rojo en su sistema, ardor constante, fuego lento en sus entrañas. Quizás no.

—Vamos a estar bien —confirmó Carlos.

Subieron por las colinas, guiados por el sol familiar de Villa Alta.

El padre, acabado y triste, se tornó derecho y fuerte. Sin importar su pierna herida, cargó a su hijo mayor. A su Herminio. Jadeante, Armando subió las escaleras y lo llevó a la habitación principal, la que Haroldo tenía apartada para él. Un candelabro ostentoso, cubierto de polvo escarlata, captaba la luz de las velas casi extintas e iluminaba la habitación de manera sutil. Era un sueño privado del horror de afuera.

Armando lo depositó en la cama. Arrancó las ramas y las tiró al piso.

—No te muevas. No quites la presión.

Fue a la recámara de al lado por el material que Herminio había usado para curarlo. Con cuidado y sin experiencia, sacó la bala de su hijo. Gemidos y dolor. Herminio mordió su chamarra durante todo el rato. Ninguno se dio cuenta de que

amanecía. La clandestina luz del sol halló la manera de burlar la enredadera de las ventanas.

La sangre de la herida se combinó con la de las ramas carnosas en la cama y el piso. Padre e hijo no supieron cuánta sangre se había perdido, ni qué órganos estaban dañados. Armando no quería saberlo. Decidía que en esa casa, en ese pueblo, no cabía otra mala noticia, no en medio de esa intimidad tan especial.

—Vas a estar bien. —Le dijo después de cerciorarse que se tomara las pastillas para el dolor.

—¿Ahora los abandonas a ellos? —preguntó, bañado en sudor.

—Van a estar bien.

—¿Y yo?

—Tú decides.

Permanecieron callados. Herminio se acomodó en la cama. Mientras su padre le limpiaba el sudor de la cara, planeaba lo que le diría. Reclamarle o perdonarlo, aún no se decidía. En lugar de eso, por primera vez en mucho tiempo, se sintió seguro. La herida en el costado no impidió su comodidad. Con Armando a su lado, se quedó dormido. Su semblante se tranquilizó.

Soñó con Haroldo, de bebé. La cuna en la sala. Jugaban con los muñecos que su padre les había regalado en navidad. Reían. Trataban de no hacer ruido para que mamá y papá no despertaran. No lograban reprimir las carcajadas.

La vida era graciosa. La vida era buena.



Gracias por haber escogido este libro de
Ediciones Alas de Cuervo

Esperamos que la lectura le haya complacido.
Puede encontrarnos en Facebook como @alasdecuervoterror y en
Instagram como @alasdecuervo_terror. Allí podrá descubrir rese-
ñas, convocatorias literarias, autores, libros, etc.
Esperamos pronto estar de nuevo en su compañía para conocer
nuevos personajes y universos.

Equipo editorial Alas de Cuervo
www.alasdecuervo.com

OTROS DE NUESTROS TÍTULOS

